SEMENOF

EL AÑO DEL HAMBRE

NOVELA

LOS NOVELISTAS DE LA RUSIA ROJA

EDICIONES JASON

Ediciones JASON

COLECCIÓN LITERARIA:

KNUT HAMSUN

(OBRAS COMPLETAS)

Pesetas

I.—Soñadores 4,00
II.—Tierra nueva 4,00
III.—Bajo la estrella de otoño 5,00
IV.—Un vagabundo toca con sordina .... [illegible]
V.—Victoria .... [illegible]
VI.—En el país de los cuentos .... [illegible]
VII.—Hambre .... [illegible]
VIII.—La última alegría .... [illegible]
IX.—La ciudad de Segelfoss .... [illegible]

MÁXIMO GORKI

El sentido de la vida 4,00

COLECCIÓN CONFESIONES

MÁXIMO GORKI

Ganándome el pan (páginas autobiográficas de intensa emoción).......................... 5,00

STENDHAL

La vida de Enrique Brulard (novela autobiográfica) 5,00

COLECCIÓN SEXUAL ::::

Dr. PAUL VOIVENEL

La castidad perversa. (Peligros, trastornos, aberraciones y crímenes de la castidad)... 5,00

Dr. PIERRE VACHET

La inquietud sexual 5,00

EL AÑO DEL HAMBRE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

LOS NOVELISTAS DE LA RUSIA ANTIGUA

Dostoiewsky

El sueño de un hombre ridículo. (Narraciones fantásticas) .... 3,50 pesetas.

Katia. (La novela de un alma atormentada) .... 3,50 —

La voz interior. (La novela del subterráneo) .... 3,50 —

Tolstoy

La sonata a Kreutzer .... 3,50 —

LOS NOVELISTAS DE LA RUSIA ROJA

Lidia Sefulina

Virineya .... 4,00 pesetas.

Boris Pilniak

El año desnudo .... 4,00 —

Semenof

El año del hambre .... 4,00 —

Fedor Gladkof

El cemento .... 4,00 —

Nevierof

La ciudad de la abundancia .... 4,00 —

Lebedinsky

La semana .... 4,00 —

Ognief

El diario de Kostia Riatzef .... 4,00 —

LOS NOVELISTAS DE LA RUSIA ROJA

SERGIO SEMENOF

EL AÑO DEL HAMBRE

NOVELA

Versión española
de EDUARDO DE GUZMÁN

EDICIONES
JASON

CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LIBRERÍAS:
CENTRAL DE EDICIONES Y PUBLICACIONES
ALCALÁ, 65, MADRID

DERECHOS
RESERVADOS

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Talleres tipográficos J. Martínez, Concordia, 11.—Santander.

"Nací en octubre de 1895; soy el hijo segundo de un tornero de Petersburgo. Fuímos, entre vivos y muertos, trece hermanos y hermanas.

El abuelo fué un aldeano del Gobierno de Kostroma, que desde muy joven trabajó a destajo en diversas partes. Pero después se instaló, definitivamente, en Petersburgo, donde entró como carpintero en una "Fábrica de railes, alambres y clavos". Según mis recuerdos y los relatos de mis padres, me lo represento como un hombre avaro, de limitada inteligencia, pero astuto, con esa astucia propia del campesino predestinado a hacerse rico.

No dió ninguna facilidad a mi padre para que se instruyera, no enviándole siquiera a la escuela de la parroquia (en Parfeniovo, en el Gobierno de Kostroma). Cuando mi padre tenía doce años se lo llevó consigo a trabajar en Petersburgo y le "hizo entrar" en una fábrica. Para conseguirlo tuvo que poner en el pasaporte que tenía quince años en lugar de doce.

La historia de mi padre es todavía más clara y sencilla que la de mi abuelo. Mi padre tra-

BIBLIOT... SECCI...

bajó cerca de cuarenta años en la misma fábrica. A los diez y ocho se casó. Tuvo varios hijos. En los primeros años de su vida conyugal pudo por las tardes, después del trabajo, aprender lo que debiera haber aprendido en la escuela de la parroquia. Al mismo tiempo que crecía en él—como crecía la conciencia de clase de los obreros metalúrgicos de Petersburgo en aquella misma época—el interés por los estudios, mi padre comenzó a transformarse y tuvo distintas aspiraciones. En 1905 formaba ya parte de la Comisión Childlofski y se presentó en el Consejo de los Diputados Obreros. Durante la reacción se calmó para siempre su ardor revolucionario. Continuó trabajando en su oficio. Murió en 1919 "de hambre", sin haber abandonado el torno hasta la víspera de su muerte.

De mi infancia guardo recuerdos de un ruído ensordecedor, de la estrechez de la casa, de los golpes de mi madre, de multitud de cucarachas negras que inundaban la vivienda y de disputas sin fin. Vivíamos en un barrio de Petrogrado cerca de las fábricas y de los almacenes de alcohol del Estado. Recuerdo las largas colas que se formaban ante estos almacenes y el gesto extraordinariamente expresivo, uniforme, con que todos los que forma-

ban la cola vaciaban en sus gargantas los vasos de vodka. En mi memoria, aquel gesto evoca el recuerdo de unos viejos alegres semejantes a cuervos. Estaban sentados cerca de sus cestos y vendían chucherías para comer entre vaso y vaso. Mi madre fué quien me dió las primeras impresiones del mundo exterior. Me enseñó que la fábrica de papá tenía once chimeneas muy altas, y que en la más alta estaba colgado un gongo que sonaba a las doce de la mañana en punto; a esa hora papá venía a comer.

Me acuerdo mucho mejor de mi infancia desde el momento en que comencé a andar. Y, también desde el instante en que libré mis primeras batallas. Batallas con mis hermanos y hermanas—en los rincones obscuros de la habitación, en el pasillo o debajo de la cama de papá—. Después llegaron las batallas, mucho más graves, con los muchachos de los corrales y las calles, a veces con "pogroms" organizados de chicos de la "Casa de Kek" o bien combates con los "ratones del asilo", como llamábamos a los muchachos de un orfelinato vecino. Palos, piedras, bastones, hondas y cinturones nos servían de armas de combate,

La escuela. Primero en la "primaria", después en las "cuatro clases" continué bata-

bando. Luchábamos clase contra clase, la de Andrevskoi contra la de Blagobechtchenskoi, etcétera. Luego, tomé parte en los grandiosos combates del Puerto, en que "cada bando disponía de quinientos hombres". Diez años después tuve ocasión de participar en una lucha gigantesca que se llamó la "guerra civil". Luché durante tres años. Fuí herido, contusionado, tomé bajo Constandi un baño de hielo; después fuí desmovilizado con el ojo derecho enfermo.

Pertenezco hace ocho años al partido, y mi biografía como miembro del partido, como soldado rojo y como Comisario militar, es, acaso, más interesante y más larga que como escritor. Hasta los veintiocho años no comencé a brillar como literato. En todo caso, una y otra vida se las debo a la Revolución.

Para mí, personalmente, octubre fué un salto formidable en una vida agitada, cegadora. Un torbellino, una tormenta, un avance. Parecía que el espacio se había agrandado y por ese espacio pasaban ciudades, personas, negocios, años maravillosos. He derramado sangre ajena y propia. He estado en todos los frentes, en las fronteras de Mongolia y más allá del círculo polar. Después de mi baño de hielo tuve una pleuresía aguda. Tan pronto

como curé fuí enviado de viaje a la Comisión del Gobierno de Petrogrado para mejorar las condiciones de vida de los obreros. Pero algunos meses después me enviaron al Sanatorio "Zaretchvreni", para enfermos del pecho, y fué entonces cuando comencé a escribir.

¿Por qué comencé a escribir? No puedo responder a esta pregunta con entera claridad. No recuerdo bien el momento en que me decidí a hacerlo. Mi primer relato "El tifus", era una crónica médica de la marcha de la enfermedad que yo mismo había sufrido. Aquella crónica era, sin embargo, lo suficientemente novelesca para que Voronski la imprimiese en enero de 1922 en las "Tierras vírgenes Rojas". Debo decir que después de haber escrito aquel "Tifus" y de haberle cuidadosamente copiado con lápiz, me encontré bastante embarazado, no sabiendo qué hacer con el manuscrito. Al fin, tuve la idea de dirigirme, "según la jerarquía del partido", al segundo grado del Partido Comunista Ruso. Había entonces, en los Comités de dicho grado, varios "colegas literarios" especiales. Encontré en un Comité a Iasinki que me condujo a una reunión de personas medio instruídas. Iasinki me forzó a leer mi manuscrito aquella misma noche y, después de mi lectura, me proclamó, delante de todos, el in-

discutible León Tolstoi del proletariado. A pesar de aquel gesto imprudente, recuerdo y recordaré siempre a Iasinki con un sentimiento de profundo y sincero reconocimiento.

Envié a Gorki un segundo relato "Sobre los caminos de la guerra", que llevaba anteriormente el título más franco de "Contra los bandidos". Gorki, según su costumbre, no tardó en responderme con una carta corta, pero extraordinariamente cordial.

"¡Hambre!" (1) mi tercera obra, fué la prueba decisiva, la que me lanzó definitivamente en el duro vivir de la literatura rusa. La publicación de "Hambre", en el primer número de los almanaques "Nuestros días", suscitó un gran interés, mayor en los círculos del partido que en los literarios, y, sin duda, ese interés era suscitado, no por la obra, sino por el autor, como representante de una nueva pléyade de escritores de origen obrero.

He empleado estos dos últimos años más en aprender el oficio de escritor, que en escribir. Como la mayoría de los escritores proletarios de nuestra época, llegue a la literatura hace

(1) El editor ha preferido titular esta novela *El Año del Hambre*, tanto por referirse a aquella época horrible, como por distinguirla de la titulada *Hambre* de Knut Hamsun, que figura en el mismo Catálogo.

tres años completamente "iletrado artísticamente", sin tener la menor idea de lo que significa la forma en una obra artística, sin deber ni desear trabajar con paciencia en el cincelamiento de un libro. Frecuenté durante algún tiempo el "Prolet-Kult", pero no aprendí nada en él. He estudiado, y sigo estudiando todavía, toda la serie de clásicos rusos (entre los que incluyo a Gorki), pero, sobre todo, esa pléyade de escritores post-revolucionarios, a los cuales hemos dado el título falso e inútil de "Compañeros de camino".

Sergio SEMENOF.

Leningrado, 15 de febrero de 1925.

25 de abril 1919.

¡Cuánto me gusta Petrogrado! Ya desde la ventanilla del vagón se veían las chimeneas de las fábricas, las iglesias y tejados, tejados, tejados. Por encima de todo se extendía un cielo infinito color de humo. ¡Cómo me late el corazón! ¡Voy a llegar!

Desciendo al andén de un salto y de pronto pierdo la cabeza. Todo el mundo corre, grita, se agita. Llevo algunas provisiones. Las traigo para mi papá hambriento; pero, según parece, al bajar del tren se registra a todo el mundo en la puerta para acaparar las provisiones. En

torno los soldados está reunida una multitud. Unos lloran, otros chillan. ¿Me quitarán lo que llevo?

¡Alabado sea Dios! He pasado por la puerta sin tropiezos. ¡Señor! ¿Qué pasa? El reloj de la estación señala las seis menos diez. El tranvía sale a las seis en punto. ¡Tengo que ir lejos!... ¡Al puerto!... ¿Tendré tiempo?

Atravieso corriendo la estación sin ver a nadie. Empujo a todo el mundo sin pararme a hacer distinciones. Y siento, siento que sobre la espalda me cuelgan, deshechas, mis dos desgraciadas trenzas. Seguramente todos se ríen de mí. Y todavía llevo sombrero... Llego a Petrogrado para trabajar en una oficina. Tengo quince años.

Caigo como una loca en la plaza Znamenskaia. ¡Cómo me aturden estos muchachos! Se acercan a mí, me rodean.

—¿Señorita, señorita, un coche?

—¡Atrás, diablillos! ¡Habéis acorralado entre vosotros a la señorita!

Es verdad; levanto los ojos y doy las gracias; si tarda un momento más, hubiese llorado. Tiene nua cara corriente, ancha y colorada, unos ojos bondadosos, una barba color castaño. Seguramente no me engañará.

—¡Deme su equipaje, señorita! No tenga usted miedo... ¿Va a tomar el tranvía?

—Muchas gracias. Voy a tomar el número 5. No sé dónde... Le ruego... ¿Pero dónde me mete usted? Yo voy al puerto... ¿Y éste, adónde va? ¿Adónde?

—¡Pronto, pronto, señorita! ¡Va usted a perder el último! ¡Este es el que necesita tomar!... Va a Vassilevski.

¡Alabado sea Dios! Ya estoy en el tranvía. El que me ha conducido hasta allí tiende hacia mí la mano:

—La propina, señorita.

Me avergüenzo un poco. Siempre me pongo colorada cuando tengo que dar dinero. Debo ser algo tonta... ¿Pero, cuánto debo darle a este... camarada?

Me pongo más colorada aún y le doy un billete de 20 rublos Kerenski.

—¿Es... bastante?

¡Dios mío! Todos los que me rodean han sonreído. Miran el billete Kerenski en mi mano extendida y sonríen. ¡Sin duda, doy demasiado poco!

Y el camarada dice:

—Es poco, señorita.

¡Oh, cómo me avergüenzo! La cara de este hombre no tiene expresión de bondad, sino de

astucia. Los que me rodean ríen más fuerte. Un señor con lentes mira, frunce el ceño y me vuelve la espalda. Y el camarada sigue tendiendo la mano.

Busco en mi bolsillo algún otro billete. ¡Dios mío, todos se burlan de mí! Y cada vez me pongo más colorada. Tiendo otro billete.

—¿Tiene algunas monedas... para darme la vuelta?

—No, señorita

¡Bandido! ¡Y se ríe! Cierra un poco los ojos y ríe.

—No, no... tenga... no me dé nada de vuelta.

Cruzamos la perspectiva Newski. ¡Qué triste, qué desierta está! ¡Mi querida Newski! Diríase que las gentes se mueren de hambre en las calles. ¿Cómo voy a vivir, Dios mío? ¿Tiene papa trabajo?

El Puente Nicolás. Después la 5.ª Línea. Llego.

Llamo con todas mis fuerzas.

—¿Quién llama?

¡Que voz más aspera, menos acogedora! Es Antonina. Debe tener hambre. Y no traigo casi nada...

—Abreme, Antonina... Soy yo, yo... ¿No me has reconocido?

Me arrojo a sus brazos. Lloro y la abrazo.

¡Que extraño! ¿Por qué me alegra tanto verla? No tengo nada con ella, sin embargo. Es la mujer de mi hermano. No es buena; está delgada, seca. Y ahora no se alegra de verme. Lo veo a través de mis lágrimas. Y, sin embargo, la abrazo; la abrazo sin saber por qué.

—¿Has traído algo?

—Perdóname Antonina, no he traído pan. También yo he ayunado durante todo el viaje. Aquí, en el bolso queda un trocito, unas cortezas... voy por ello, Antonina...

Pero Antonina me mira con tristeza y considera el bolso con curiosidad. Crée, sin duda, que mamá no ha querido enviarles nada desde el campo. Pero allá no teníamos nosotros mismos pan, no teníamos más que patatas... ¡Qué mirada más avarienta y malintencionada echa al bolso! Me tiemblan las manos. Desato nerviosamente el bolso y dejo las cortezas sobre la mesa de la cocina.

—Mamá me ha dado unos hongos secos para papá y para Alejandro..., un poco de manteca..., otro poco de queso blanco. Esto es todo.

Antonina se desilusiona, pero dice:

—¡Bah! ¡Bah! No lo necesitamos. No nos hace falta nada. Unicamente papá tiene un poco de hambre. Va a gruñir porque no le traes más.

—¿Cómo? ¿Vosotros tenéis que comer y papá tiene hambre? ¿Entonces, vivís separados?

—Sí, sí... Y fué papá quien lo quiso así. ¡No sabes todavía lo avaro que se ha vuelto! Cuando se va a trabajar cierra con llave su puerta. ¡Como si fuésemos ladrones! En fin, está bien, ven a tomar el té conmigo.

¡Qué angustiada me siento, Dios mío! ¿Es posible vivir así entre parientes? ¿Será posible que papá se haya vuelto tan avariento? Hace ocho meses que no lo veo. ¿Si realmente es tan avaro, que va a decir al verme?

Entro en la habitación de Antonina; en la cama está sentada Tamara. Acaba de despertarse y está todavía en camisa.

—¡Tamara, mi querida Tamara! ¡Soy yo, tu tía Fenia! ¿No has reconocido a tu tía? Antonina, mira, mírala—¡es un ángel! ¿Es un ángel, verdad?

Quiero mucho a Tamara. Juego con ella en la habitación como una loca. Aparece Alejandro.

Me ha visto y pretende sonreir. ¡Qué delgado y pálido está, Dios mío! Sé que me quiere más que ninguno, y siempre soy grosera con él. Y, no obstante, le quiero, pero es tan tímido, tan

miserable... Es mi hermano mayor, pero es un poco tonto.

Ahora, después de contemplar su semblante enflaquecido, tengo compasión de él. Le he dado los buenos días, como de costumbre, sin cordialidad, y en lugar de estar amable con él le he preguntado:

—¿No trabajas todavía?

Sabía que se turbaría. ¡Qué aire de abatimiento tiene! Seguramente todos los días le maltratan con la misma pregunta. Y yo también... ¡Ah, malvada! ¡Pobre Alejandro! Se siente herido y se marcha de la habitación.

Antonina corta el pan en pedazos chiquitines.

—Siéntate, vamos a tomar el té. Ayer, desgraciadamente, no tuvimos tiempo de comprar pan. De no ser por ésto, nada nos faltaría hoy.

Devora el pan con los ojos y apenas me mira.

—Espera, Antonina, no tengo hambre. He dejado unas cortezas en la cocina y un cachito... Voy a buscarlas...

—Déjalo, come. No nos hace falta.

—No, no, voy...

Corro a la cocina. ¿Dónde está el pan, señor? ¡Alguien se lo ha comido! Estaba ahí, ahí, hace un momento. Ahora, nada.

—Antonina, Antonina, ven... ¿Dónde está el

pan? Estaba ahí hace un momento; alguien ha debido comérselo...

Antonina acude colérica.

—¿Cómo? No sé quien. Seguramente Alejandro...

—¿Alejandro? ¡No es posible! ¿Tan hambriento está? ¡Pero ahí viene!

—¿Has comido tú el pan?

Alejandro calla. Pero bien veo que ha sido él. Un hombre mayor... Tiene veinticinco años; el labio inferior le tiembla cobardemente. Tengo compasión de él y al mismo tiempo ganas de matarle.

—No sabía. Creí que el pan no era de nadie.

—¿Cómo de nadie? ¿No podías esperarte a que tomásemos el te? ¿No te da vergüenza? No comprendes que todos tenemos hambre.

—¡No había gran cosa!

—Poco o mucho, debiste esperar.

Alejandro se turba completamente. No sabe qué decir. Está avergonzado y encima le estoy chillando. Yo misma me avergüenzo; pero le grito.

Antonina mira, después interviene.

—Déjale tranquilo, Fenia. Tiene mucha hambre. Papá le tiene a dieta. Está bien, tengo pan, vamos a tomar el te.

Mi corazón ha comenzado a llorar. Traba-

pan? Estaba ahí hace un momento; alguien ha debido comérselo...

Antonina acude colérica.

—¿Cómo? No sé quien. Seguramente Alejandro...

—¿Alejandro? ¡No es posible! ¿Tan hambriento está? ¡Pero ahí viene!

—¿Has comido tú el pan?

Alejandro calla. Pero bien veo que ha sido él. Un hombre mayor... Tiene veinticinco años; el labio inferior le tiembla cobardemente. Tengo compasión de él y al mismo tiempo ganas de matarle.

—No sabía. Creí que el pan no era de nadie.

—¿Cómo de nadie? ¿No podías esperarte a que tomásemos el te? ¿No te da vergüenza? No comprendes que todos tenemos hambre.

—¡No había gran cosa!

—Poco o mucho, debiste esperar.

Alejandro se turba completamente. No sabe qué decir. Está avergonzado y encima le estoy chillando. Yo misma me avergüenzo; pero le grito.

Antonina mira, después interviene.

—Déjale tranquilo, Fenia. Tiene mucha hambre. Papá le tiene a dieta. Está bien, tengo pan, vamos a tomar el te.

Mi corazón ha comenzado a llorar. Traba-

josamente puedo contener las lágrimas que pugnan por salir de mis ojos. ¡Pobre Alejandro! Papá le deja morirse de hambre. ¡Cómo se habrá vuelto tan cruel, señor! Alejandro ha enflaquecido mucho y tiene los ojos hundidos. ¿Cómo voy a poder vivir con papá?

Mientras tomamos el té, Antonina cuenta. Tiene una expresión malévola y ojos sonrientes.

—...No sé, verdaderamente, cómo vas a vivir con él. ¡Es tan avaro! Yo no miro siquiera su pan y Dmitri tampoco, pero papá cierra con llave su habitación. ¿Somos ladrones acaso? Ayer no teníamos tampoco pan. El sí tenía. Le invité a cenar con nosotros y le pregunté: ¿Tiene usted pan, papá? Nosotros no tenemos hoy. Me miró como una bestia feroz: "Sí, tengo"—dijo. Trajo de su habitación un buen pedazo. Después nos cortó a cada uno un microscópico trocito y se llevó lo demás. Sufrí como no te puedes imaginar. ¿Podríamos nosotros tratarle de esa manera?

La escuchaba y mi corazón se estremecía de angustia. ¡Qué horror! Me dejará morir de hambre a mí también. ¡Si mamá regresara pronto del campo! Antonina me odia también. Se alegra seguramente al contarme todo ésto. Pero es igual, me pondré alegre.

Yo también comienzo a contar. ¡Qué alegre ha sido mi viaje! Frenef me ha acompañado hasta Vologda. Frenef es mi novio. En Vologda nos besamos. ¿Pero, por qué no come pan Alejandro? Tiene un aire temeroso, como si no se atreviera.

Le miro interrogativamente.

Antonina adivina inmediatamente. Frunce el ceño y dice:

—¡Come, Fenia, y tú también, Alejandro, coge pan!

¡Es verdad! Alejandro no se atreve a comer sin pedir permiso. ¡Qué manera de comer! Y trata de que los demás no lo observen.

Quiere aparentar no conceder importancia al pan y pregunta:

—¿Llegará pronto mamá?

—Pronto. ¿Por qué?

Cierra a medias los ojos con aire miserable y mastica ruidosamente.

—Por nada.

Y coge otro pedazo, después otro, luego otro. Antonina vela por el pan. Siento compasión por Alejandro. Le digo con los ojos que deje de comer. Pero, de pronto, me siento avergonzada. Sabe que come demasiado, pero tiene hambre y no puede contenerse cuando hay

pan sobre la mesa. Ya se marcha. ¡Alabado sea Dios!

Antonina le acompaña con una mirada malévola.

Después me mira. ¿Qué va a decir?

—...Y, además... Es vergonzoso *cómo* papá se descuida. Está cubierto de piojos.

La miro abriendo bien los ojos. ¡No faltaba más que ésto, señor! No puedo ya poner cara alegre y le grito indignada en sus propias narices, en su nariz alargada, puntiaguda:

—¡No es posible, no es posible!

—¿Y por qué, idiota, no es posible si se baña una vez al mes? Economiza, comprendes, incluso la limpieza. Los lleva consigo. Los deja en todas partes, en el suelo, en las sillas. He prohibido a Tamara ir a su habitación.

Estoy indignada contra mi propio padre... ¡Qué horror! ¡Por nada del mundo me acostaría en su cama! ¡Antes en la habitación de Antonina, en el suelo! ¿Cómo ha podido llegar a ese extremo? Siento que voy a odiarlo.

—Me acostaré en tu habitación, Antonina. No puedo dormir en la suya.

Pero Antonina deja caer su mirada sobre la nena. Tengo miedo. ¿Va a decirme que no?

—Pero si no tenemos sitio. Ya ves que todo está lleno.

—Me acostaré en el suelo, Antonina, donde sea.

—Arréglate como puedas. Pero no hay sitio.

Reemprende su relato sobre papá. Veinte veces me repite que no tiene confianza en su propio hijo: cierra con llave la habitación. Y vive miserablemente. Tiene pan: le dan bastante en la fábrica. Quiere almacenarlo, y el pan se le ha enmohecido. Los arenques se le han podrido también. Sería capaz de dejar morir de hambre a Alejandro. ¡Si ella no le cuidase! Y todo porque no tiene trabajo. Le han prometido para mañana una colocación de último portero en el Hotel Europa.

Alargo el cuello y escucho ávidamente. ¡Cómo le ha cambiado el hambre, Dios mío! Felizmente funciona ya la fábrica; si no estaría peor. Se veía, por sus cartas, que había cambiado. Nos hablaba de ir con nosotras, pero entre líneas se leía que no lo deseaba. Mamá vendrá pronto. ¿Cómo podremos vivir todos juntos?

Llaman.

Antonina salta. Siento latir mi corazón. Late de miedo. Es... papá.

Sigo a Antonina a la cocina. Abre la puerta. Miro fijamente y mi corazón, late, late, late.

Papá entra.

Una ráfaga de ternura pasa por su rostro flaco y cansado.

—¿Ya has venido? ¿Y mamá?

—Sí, papá. Buenos días.

Es asombroso: no le he besado. Nunca me había sucedido ésto. Hasta cuando me ha dado la mano mi corazón se ha llenado de inquietud, de temor. Tiene piojos, ¡piojos!... Pero me mira con ternura. Por encima de los ojos tiene las pestañas pegadas. Esto no me gusta. No, no creo que tu cara sea bondadosa. Lo haces a propósito. Eres un avaro...

Dejas morir de hambre a Alejandro. Y a mi también me vas a... Y tú tienes piojos.

No, no me ha engañado. Antonina ha dicho la verdad, papá continúa:

—¡Alejandro está todavía sin colocación y así andamos todos!

El tono y las palabras me hieren. No se atreve a hablar francamente a su hija; la previene con alusiones. Está bien, no comeré de tu pan. Con tal de que tenga pronto trabajo...

—Papá, venga usted a tomar el te con nosotros.

Antonina le invita.

Papá saca del bolsillo un trozo de pan. Me estremezco al verle cortar el pedazo en pedacitos igualmente delgados. Corta para él...

Para Alejandro... ¿Y yo? ¿Qué quiere decir esto?

De pronto me dice:

—Como vienes del campo no tendrás hambre. Seguramente habrás comido algo durante el viaje.

La sangre se me sube a la cabeza. Siento que en mis ojos brilla el odio y los cierro para que no lo vea.

—No, no tengo hambre.

—Eso está bien. Pero nosotros aquí no acabamos de saciar la nuestra.

Al terminar de cortar, envuelve el pan en un periódico y se lo guarda en un bolsillo.

Le miro a través de mis pestañas y veo sus dedos enflaquecidos; me da lástima y, al mismo tiempo, le odio. ¡Cómo ha cambiado! Envuelve el pan con movimientos de avaro. Lo sepulta en su bolsillo.

—Ahora, a la cama.

Otra vez me mira con aire bondadoso, y de pronto tengo miedo. ¿Voy a acostarme en su misma habitación? ¡Tengo miedo de él, Dios mío! Y los piojos...

—¿Dónde duerme usted, papá?

—En mi habitación. ¿No la has visto? Ven, voy a enseñártela.

Le miro estupefacta. Otra mentira: trata de

engañarme. Sabe perfectamente que su habitación está cerrada con llave.

Entramos.

Penetro con miedo. Seguramente todo está aquí lleno de piojos. En los rincones dos camas. No tengo, pues, donde acostarme.

—Aquí no hay sitio, papá. No quiero molestarles; dormiré en la habitación de Antonina.

—No seas tonta. Tampoco allí hay sitio.

—Dormiré en el suelo.

—No digas tonterías. Dormirás donde yo te diga.

El tono es amenazador. Está enfadado. Acaso va a pegarme. Todo hay que temerlo.

Me arreglan una cama para mí; ellos se acuestan juntos.

Al cabo de diez minutos, papá ronca ruidosamente. Estoy tumbada con la cara aplastada contra la almohada; lloro amargamente. ¡Dios mío, Dios mío! Me ha hecho venir a Petrogrado. Dice que debo ganar yo misma lo necesario para mantenerme. No me ha dejado terminar el quinto año del Instituto. Me ha arrancado brutalmente de la escuela. Me faltaban tres semanas de estudios; no me ha dejado terminarlos. Nos escribió diciéndonos que todos viviamos a sus expensas. ¡Y se ha vuelto

avaro, piojoso, seco! Deja morir de hambre a Alejandro. Y a mí también me abandonará si no encuentro pronto colocación.

Dormía ya cuando oí a través de la pared que volvía Dmitri. Es mi hermano. No le quiero mucho. Tiene veinte años.

Dmitri y Antonina hablaron bastante. Mi nombre sonaba de cuando en cuando en su conversación. No sabía por qué, pero me sentía estremecida y angustiada. De repente, una frase dicha en voz baja, pero clara, me hirió como un martillazo:

—Si solamente fuesen estos piojosos podíamos contentarnos. Pero la madre vendrá pronto también y no tendremos que comer.

Bruscamente papá dió una vuelta en la cama. ¿Oyó lo que decían al otro lado de la pared y mis sollozos?

En la oscuridad sonó su voz sorda, áspera:

—Mañana no cerraré la puerta... Ten cuidado.

Un escalofrío de disgusto sacudió mi cuerpo. Sentí hasta rabia y mis dientes mordieron nerviosamente la almohada.

26 DE ABRIL

Por la noche tuve sueños azules.

Soñé con Sergio Frenef. Me acompañaba de

nuevo hasta Vologda. Después del beso de despedida, luego del tercer toque de la campanilla, me arrojé a su cuello y murmuré casi inconscientemente:

—Sergio, Sergio no pienses mal de mí. Dentro de dos años seré tú mujer.

¡Y él me miraba con tanta ternura! Me besó en la frente y me dijo con tristeza:

—Pero no me olvides, Fenia. ¿Verdad que no me olvidarás? ¿No?

—¡Nunca, Sergio, jamás!

Se tiró del tren en marcha ya. Estuvo un rato despidiéndome agitando la gorra. Y todo cantaba en mí:

—¡Me quiere, a mí que soy casi una chiquilla, con mis trencitas!

Desperté porque alguien me tiraba del pelo.

—Levántate, Fenia...

Miré y ví a Tamara. Era ella quien me tiraba del pelo.

Salté alegremente. La besé y, de pronto, recordé la víspera.

Nerviosamente comencé a inspeccionar mi ropa.

Era verdad: dos, dos... Pero, a Dios gracias, sólo dos. Antonina, como de costumbre, había exagerado. Ya la llamaría embustera.

En la mesa encuentro un trocito de pan. Es,

evidentemente, mi ración. Es pequeña, demasiado exigua. La como y quedo igual que antes Si como lo mismo todos los días no tardaré en adelgazar.

Me visto y corro a la habitación de Antonina.

—¿Por qué me asustastes? Sólo he encontrado dos...

—¿Dos? Está bien; ya te enseñaré después del te...

Bien sé por qué Antonina me invita hoy también a tomar el té. mientras que no trabaje me ocuparé de Tamara. Trabaja en Correos y está ocupada unas veces por la mañana, otras por tarde. Dmitri trabaja también en Correos. Siempre por la mañana. Ya se ha marchado.

Después del te, Antonina me lleva a la habitación de papá. Tamara corre tras nosotras.

—¡Mira!

Sin mirar, pasa dos dedos sobre la manta y un minuto después me enseña un enorme piojo gris.

—¿Lo ves? ¿Y ahora?

Está enfadada. Con gran furor, aplasta contra el suelo el piojo.

Estoy más muerta que viva. Antonina se vuelve con aire triunfal y dice victoriosamente:

—¿Ves cómo era verdad?

—¡Déjalo, Antonina, vámonos!

No nos hemos dado cuenta de que Tamara se ha acercado a la cama. De pronto grita:

—¡Mira cómo corre, mira!...

A las tres tenía que marcharse Antonina a trabajar. Con el sombrero puesto ya da unas cuantas vueltas en torno mío indecisa. Lo veo: tiene algo que decirme y no se atreve. ¡Al fin habla!

—¡Que Dios te proteja! Cuida de los niños. Y si se marcha Dmitri pregúntale a dónde va... Y mira bien a qué hora...

Habla sin mirarme. Tiene celos de su marido. ¡Qué vil, qué mal está esto! Yo no seré nunca celosa. Si tuviese un marido y no tuviese confianza en él, le diría francamente: "Separémonos, puesto que somos de distintos caracteres". Me disgusta mirarla y no sé qué decir. Pero Antonina habla nuevamente:

—¿Lo harás?

No la miro, pero la contesto entre dientes:

—Sí, puedes marcharte.

Se marcha y en seguida llega Alejandro. A la luz del día tiene un aspecto todavía más humilde, más miserable. Bajo los ojos, dos sombras. Dulcemente le digo:

—¿Cómo van tus asuntos?

Alejandro mira de lado.

No nos hemos dado cuenta de que Tamara se ha acercado a la cama. De pronto grita:

—¡Mira cómo corre, mira!...

A las tres tenía que marcharse Antonina a trabajar. Con el sombrero puesto ya da unas cuantas vueltas en torno mío indecisa. Lo veo: tiene algo que decirme y no se atreve. ¡Al fin habla!

—¡Que Dios te proteja! Cuida de los niños. Y si se marcha Dmitri pregúntale a dónde va... Y mira bien a qué hora...

Habla sin mirarme. Tiene celos de su marido. ¡Qué vil, qué mal está esto! Yo no seré nunca celosa. Si tuviese un marido y no tuviese confianza en él, le diría francamente: "Separémonos, puesto que somos de distintos caracteres". Me disgusta mirarla y no sé qué decir. Pero Antonina habla nuevamente:

—¿Lo harás?

No la miro, pero la contesto entre dientes:

—Sí, puedes marcharte.

Se marcha y en seguida llega Alejandro. A la luz del día tiene un aspecto todavía más humilde, más miserable. Bajo los ojos, dos sombras. Dulcemente le digo:

—¿Cómo van tus asuntos?

Alejandro mira de lado.

—Pasado mañana entro como último portero en el Hotel Europa.

—¡Alabado sea Dios! ¿Y qué ración te darán?

—Una ración ínfima, tres cuartos de pan. ¡Ah, Fenia, si supieras qué hambre tengo!...

Frunce el ceño. Después se vuelve de lado. Luego me mira otra vez. Se infantilizan sus ojos lastimosos, suplicantes. ¿Pero dónde encontrar? Yo misma no tengo nada. Seguramente Alejandro piensa: "Fenia ha traído pan del campo y lo esconde".

—¿Pero qué puedo darte yo? No tengo nada.

—¿No te ha dejado nada papá?

—Nada. ¡Ah, espera... parece que hay algo en la ventana de la cocina! Ven a ver conmigo.

En la ventana encontramos una remolacha cocida y una patata. Me pongo muy contenta. Pero pronto veo que la remolacha está medio podrida y la patata helada. ¡Ah, papá, papá!... Antonina tenía razón: deja pudrirse los comestibles. ¡Qué avaro! es repugnante.

Digo a Alejandro con lágrimas en la voz:

—Ya ves, Alejandro, que está todo podrido.

Mira y sonríe de tal manera que me dan ganas de llorar.

—Comemos siempre cosas podridas. Pero ni de lo podrido nos da lo suficiente para calmar

nuestra hambre. Ya oirás cómo va a ponerse porque hayamos comido esto.

—No importa, no le tengo miedo.

—¿Quieres algo tú?

—Yo... no, para tí.

En realidad no es que no tenga hambre, sino que me dan nauseas esta remolacha y esta patata podridas. Alejandro come ávidamente, ávidamente. Yo... no podría comer esa remolacha.

Una hora después de la marcha de Antonina, llega Dmitri. Tiene una cara rosada, alegre, feliz. Tenía razón Antonina: no les falta el pan. ¿Cómo no les da vergüenza no ayudar a Alejandro? ¡Si es su hermano!

Al verme, pregunta indiferentemente:

—¿Ya has llegado, Fenia?

Y nada más.

Después, sin haberse quitado el abrigo, da vueltas en torno mío y pregunta prudentemente:

—¿Se ha ido a trabajar Antonina?

—Sí.

—Tengo que hablarte, Fenia.

Pero sé de qué va a hablarme y digo riendo:

—¡Ten cuidado, Dmitri!...

Se echa a reir él también. ¿Por qué no se limpia los dientes? Me dice con aire de broma:

BIBLIOTECA

—No hay nada que hacer, Fenia, "ella" me espera... Dices a Antonina que he salido a buscarla.

Me mira como se mira a una chiquilla. Lo comprendo y me molesta, pero contesto como si en realidad lo fuese. Sé que no está bien engañarse uno al otro. Harían mejor en separarse. Pero le digo:

—¡Vete, vete a lo que tengas que hacer!

Pero por la noche hubo un gran escándalo en su habitación. Antonina gritaba como una loca:

—Está mal, Fenia, está muy mal: no has hecho más que llegar y ya empiezas a mentir... ¡Mala, perversa!...

Yo gritaba también. Estaba enfadada contra los dos y golpeaba nerviosamente el suelo con el pie.

—¡A mí no me importa nada, nada, nada!...

27 DE ABRIL

Me he engañado: ayer papá me dejó en la mesa, no el pan para el desayuno, sino para el día entero. Papá recibe como obrero una libra y cuarto de pan y además una especie de ración suplementaria fija: media libra por cada día de trabajo. De esa media libra papá me da un trocito y para todo el día. Dice que no puede darme más. El desayuna en el res-

torán de la fábrica. Yo, momentáneamente, desayuno en la habitación de Antonina, pero ésta me mira con malos ojos.

Alejandro recibe por día media libra de pan. Tiene también un carnet para comer en el restorán. Por la noche nos preparamos, aparte de Antonina, una cena fría: un arenque más una patata y una remolacha.

Parece ser que la patata y la remolacha que di ayer a Alejandro estaban preparadas para la cena. Papá me preguntó seriamente: "¿Dónde están? Y nada más. Pero pasamos la noche sin comer nada. Al marcharse por la mañana lo ha cerrado todo con llave.

Dmitri me ha prometido encontrarme trabajo en Correos. ¡Lo más pronto posible!... Papá me recuerda todos los días que no he venido para ser una señorita, sino para trabajar y ayudar al mantenimiento de la familia.

¡Qué duro es, Dios mío, soportar esto cuando debiera estar estudiando! Me acuesto y lloro...

28 DE ABRIL

Me había acostumbrado ya a pensar que papá se había convertido en un avaro egoísta que no se preocupaba más que de sí mismo, pero hoy me ha dejado estupefacta.

Anoche ha traído de la fábrica cinco o seis

libras de pan. Alejandro se había quejado todo el día de hambre, pero no había pedido nada. Sabía que todo estaba cerrado con llave. Me duele mucho no poderle dar nada.

Tan pronto como llegó papá le dije:

—¡Qué hambre tengo, papá!

Frunció el ceño y me dijo:

—Prepara un arenque.

El mismo va al armario y saca un arenque y remolacha cocida. Hay remolacha cocida en el armario para toda la semana.

Quiero lavar el arenque, pero huele mal. La remolacha está medio podrida, lo mismo que la de ayer.

—¡Está todo podrido, papá!

Papá, sin mirarme, me contesta sentenciosamente:

—No está podrido, sino helado. No hay que tirarlo, corren malos tiempos... Todo eso cuesta dinero.

¿Sí, pero entonces? No hay que tirarlo, no lo tiremos. Lo preparo y comemos. Papá nos corta a Alejandro y a mí un pedazo de pan fresco. Acabamos pronto de comer. De pronto papá me pregunta muy amablemente: (Acaba de darme otro pedazo de pan).

—¿Qué, no te hartas todavía?

Me disgusta esta pregunta. Si hubiera po-

dido, me habría sacado el pan de la garganta y se lo hubiera devuelto. Le digo lentamente:

—No.

No esperaba esa contestación y me miró atenta, severamente. Silenciosamente me cortó otro pedazo de pan y envolvió el resto en un papel. Alejandro no ha comido apenas. Me da vergüenza continuar comiendo delante de Alejandro. Le miro y él se vuelve y mira por la ventana. Me da mucha lástima. No toco a mi trozo de pan y pregunto a papá:

—¿Y Alejandro?

Alejandro continúa mirando por la ventana. Por la frente de papá pasa un pensamiento que no se atreve a explayar. Sin decir palabra saca el pan y le corta un pedazo. Alejandro, sin mirar, lo agarra ansiosamente y se marcha de la cocina.

Tan pronto como ha salido, el rostro de papá se transforma súbitamente. Me miró con aire extraño, casi reprobativo, pero al mismo tiempo triunfal. Estoy de mal humor. Sin esperar a que yo diga nada, saca del bolsillo una libra de pan blanco y me la enseña. Después dice en voz alta:

—Con una tarjeta... blanco... bueno...

Corta dos pedazos: uno, el más grande, para él; otro, más pequeño, para mí y continúa mi-

rándome con aire reprobativo y triunfal. Me pongo colorada. Quiero decir: "Es vergonzoso, vergonzoso porque Alejandro es también hijo tuyo"; pero yo misma no sé lo que me obliga a no decirlo. Está bien; más tarde daré a Alejandro la mitad de mi pedazo.

Pero papá parece haber adivinado mi pensamiento:

—¿No tienes hambre hoy?

—No.

—Entonces, dáme, voy a guardarlo. Te lo daré mañana para el desayuno.

29 DE ABRIL

Primer domingo.

Alejandro está en nuestra casa por última vez. A partir del lunes trabajará y no vivirá más con nosotros.

Hoy papá se marchó por la mañana, para evitar, según creo, que le pida de comer otra vez. Sufro amargamente. Después de la comida, llega a ver a Dmitri, Nicolás Pavlovitch Ivakoftef. Le conozco.

No me puedo resistir y entro en la habitación de Dmitri. Nicolás Pavlovitch es mi primer amor. Le quise dos años antes de encontrar a Frenef.

¡Cómo ha cambiado, Dios mío, en estos ocho

meses! Delgado, pálido, con los ojos rojos, ojos de anémico. La cabeza completamente rasurada. Me escribió una vez que se ocupaba ahora de la teología. Y es por esto seguramente por lo que se ha cortado el pelo al rape. Es una lástima porque tenía un pelo muy bonito. Tiene una voz preciosa. ¡Qué bien cantaba cuando lo hacía para mí!...

Ahora su rostro está tranquilo, sus ojos húmedos. Y, en general, se ha afeado.

Se alegra mucho al verme... Me estrecha las manos y me mira alborozadamente.

—¿Ha venido usted a terminar sus estudios, sin duda? ¿Qué tal lo ha pasado en el campo? ¿Cómo está Sergio?

No se trata de Sergio Frenef. Nicolás Pavlovitch no le conoce. Tengo otro hermano. Sergio, que está ahora en el frente. Sergio es el mejor amigo de Nicolás Paulovitch.

Me sobresalté un poco al oirle hablar. Y en seguida me apresuré a contarle todo. Que se me había arrancado de mis estudios, que tenía, pese a todo, intenciones de continuar estudiando... El imbécil de Dmitri, sonriendo satisfecho y sarcástico, quiso cortarme la palabra:

—¡Buena educación! ¿No hacías más que

flirtear con los alumnos? ¿Os escribíais muchas cartas?

Conozco su costumbre de tratarme sin miramientos y no puedo sufrirlo. Por desgracia soy una muchacha. Si no me enredaría a puñetazos con él hasta dejarlo tendido.

¡No es verdad, no es verdad!... Acaso al principio, mientras no estaba una acostumbrada... Pero ahora todo el mundo estudia mucho. Y yo... no me intereso por los demás alumnos.

Veo que Dmitri me mira con aire venenoso y pregunta:

—¿Por quién te interesas entonces?

Dmitri no comprende que he suscitado a propósito esta cuestión. Lo he hecho para excitar un poco a Nicolás Pavlovitch. Como le he amado hace dos años creo que aún le quiero y que me quiere un poco. Le miré furtivamente y respondí con repentina turbación:

—¡Yo... no... sólo por los profesores!

Dmitri ríe con todas sus fuerzas.

—¡Mejor todavía! ¡Ya lo sabía! ¡Ah, Fenia, todas sois iguales!

Nicolás Pavlovitch sonríe también furtiva, dulce, cortésmente.

—¿Y cómo se las va a arreglar usted, Fenia Alexandorfna? ¿Tiene intención de estudiar?

—¡Sí, sí, Nicolás Pavlovitch, naturalmente!

Dmitri vuelve a ironizar:

—¿De palabra, Fenia, no?

—No, de ninguna manera. Estudiaré, estudiaré.

—¿Y trabajar?

¿Trabajar? No sé que contestar, pero Nicolás viene en mi ayuda. Apoya sus manos en las rodillas y me mira tiernamente.

—Se puede trabajar y estudiar. ¿Qué tiene esto de sorprendente?

Me turbo siempre un poco cuando Dmitri me ataca con su tono irónico e impertinente. Pierdo la cabeza y no sé qué responder. Y estoy a punto de llorar de rabia. Gracias por esta vez a Nicolás Pavlovitch. Me ha sacado del atolladero. Le digo a Dmitri:

—¡Nicolás Pavlovitch ha dicho la verdad! ¡Trabajaré y estudiaré!.

Dmitri dice fríamente:

—¡Está bien, hazlo, Fenia!

Coge un cigarro, lo hace y dice:

—Bueno, supongamos que estudias. Irás, hasta al fin, al Instituto. Supongamos, incluso, que entras en la Universidad. ¿Y después?

—Después, después... tendré una instrucción superior. Encontraré una vocación. Esto es todo.

Hablo y me pongo colorada. Nicolás Pavlovich me mira fijamente. Dmitri ríe tranquilamente.

—Voy a decirte tu vocación si quieres.

—¿Sí?

—Te casarás.

¡Dios mío, qué idiota! Nunca, nunca. No me casaré. ¿Y Frenef?... Pero este ya es otro asunto. Dmitri me disgusta, trata siempre á turbarme delante de todo el mundo.

—¡No me casaré, no me casaré!... Te equivocas. No se puede medir a todas las mujeres con el mismo rasero. ¿No comprendes que hay otras vías, otros caminos?

Dmitri me escucha y entorna los ojos.

—Hace muchos siglos, Fenia, que todo el mundo está de acuerdo en que la mujer, quien quiera que sea..., sí, la mujer, en general, es siempre inferior al hombre.

—No del todo inferior... no del todo. Acaso físicamente, pero nunca intelectualmente, nunca...

—Lo mismo física que intelectualmente, Fenia.

Sé que no hay medio de convencer a Dmitri. Siempre quiere tener razón. Con él es imposible discutir. Con lágrimas en la voz grito:

—¡No te da vergüenza, Dmitri! ¡Qué ideas más atrasadas tienes!

He cambiado la discusión a propósito. Pero Dmitri me contesta tranquilamente:

—No te inquietes, Fenia, no vivo retrasado mentalmente. Pienso como un hombre de mi tiempo. Recuerda, de una vez para siempre, que una mujer no puede ser nunca más que una mujer.

—Es idiota ese odio contra las mujeres. Voy a probarte...

—Está bien, Fenia, inténtalo, te escucho con atención.

—¿No ha habido mujeres gloriosas?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Cómo "y qué"? ¿Es que no prueba eso nada?

—¿Cuántas ha habido, querida Fenia? ¿Quieres que las cuente con los dedos?

Dmitri lentamente comienza a contar.

—No cuentes, no cuentes, te lo ruego. Te probaré que nos habéis mantenido forzosamente en la oscuridad. ¡Puaf, coser, lavar, hacer la comida! ¡Qué horror! La mujer no es del todo inferior...

Repentinamente intervino Antonina:

—Sí, cualquier mujer es cien veces más inteligente que un hombre...

Dmitri se volvió bruscamente y enfadado preguntó secamente:

—Supongo que no pensarás en mí al hablar así.

Y sin esperar respuesta, con sonrisa satisfecha e inocente, continuó burlándose de mí. Siento que me pongo colorada. Estoy a punto de llorar. Me escondo detrás del samovar y grito:

—No importa, no me convencerás, no me convencerás...

—No quiero convencerte, Fenia. ¿Confiesas que discutes por amor propio?

—No, nunca. Te conozco: me tratas como a otra cualquiera... Si fuera Sergio; Sergio me comprende, pero tú...

—Deja tranquilo a Sergio. Tú y él estáis siempre en las nubes.

Sergio es dos años mayor que Dmitri. Es comunista y ahora está en el frente de comisario militar. A Dmitri no le gusta que le pongan a Sergio como ejemplo, y dice que Sergio está siempre en las nubes.

—Está siempre en las nubes, pero en el frente. Tú no quieres ir al frente. Voy a escribirle...

—Escríbele todo lo que quieras.

Nicolás Pavlovitch nos mira a los dos con

el ceño fruncido unas veces, otras sonriente. Luego se despide. Al hacerlo me dice con calor y ternura:

—¡Estudie, estudie, Fenia Alexandrofna!...

¡Con qué cordialidad me mira! Sí, sí, voy a estudiar. Papá querrá quizá impedírmelo, pero lo haré. Dmitri se burlará seguramente, pero no importa. Sergio me dice siempre que estudie. Estudiaré y trabajaré.

30 DE ABRIL

Antonina y Dmitri tienen realmente de todo. No sé de dónde sacan su dinero, pero todos los días compran pan y carne.

Es muy raro que me inviten a comer. ¡Esto son los parientes! ¡Dios mío, si mamá llegara pronto! Nuestra vida es aquí odiosa. Por las noches oigo siempre a Antonina, al otro lado de la pared, gruñir contra papá. Y papá hace como que no oye nada. Después del cierre de la fábrica papá ha vivido cerca de seis meses en el campo con nosotros y no ha vuelto a Petrogrado hasta hace poco, cuando la fábrica ha reanudado sus tareas. Ya no tenía su antiguo alojamiento y Dmitri le ha dejado vivir en su casa, casi por compasión. ¿Qué vida lleva ahora? No sin motivo habrá experimentado cambio tan rotundo. ¿Acaso no es

sólo el hambre? No puede decir nada y hace como que no oye. Se ha vuelto completamente taciturno. Sufro por él, le quiero y le odio al mismo tiempo. Se ha vuelto avaro, seco, sombrío. Es espantoso estar cerca de él toda la noche. Llega silencioso. Come sin decir palabra. Después se pone los lentes y lee el periódico. Y siempre en silencio. ¡Dios mío, cómo le odio entonces! A veces mira por encima del periódico, maliciosamente, sin decir palabra. Entonces me siento enferma, se me oprime el corazón. Y sus ojos hundidos me asustan tanto como su cara chupada, enflaquecida. Alabado sea Dios, porque estoy en un rincón obscuro y no ve mis lágrimas.

Observo a veces que se avergüenza un poco. Tiene mucho cuidado de no desnudarse y ponerse a buscarse los piojos delante de mí. Cuando le sorprendo en esta ocupación adopta el aire de un escolar sorprendido fumando. De pronto, se alza en mí una gran piedad, algo de odio y un asco invencible.

Ayer, una vez acostada, me acordé: "desde que he vuelto no he comido una sola vez hasta saciar mi hambre..."

Lo recordé y de pronto sentí un gran miedo. No supe cómo aquel miedo me atenazó. Me sentí como ahogada por aquel pensamiento.

Aquel pensamiento era enorme, enorme. Todos los demás se habian callado.

Después, me estremecí y comencé a llorar. Y en cuanto comencé a llorar los demás pensamientos comenzaron a presentárseme. Me escondí de ellos y de los ronquidos de papá tapándome la cara con la ropa y me puse a llorar, a llorar...

Por la mañana me miré al espejo. Llegué con una cara rosada, agradable; ya soy otra distinta. Mis mejillas han perdido casi todo su colorido. Hace poco eran rojas como el fuego.

Todo el día lo he pasado echada perezosamente. No tenía ganas de levantarme. Al anochecer me levanté para leer. Pero leí sin placer. Solo pensaba en el hambre y en los hambrientos.

1.° DE MAYO

Hoy es el 1.° de Mayo.

Papá no trabaja. Desde por la mañana se puso una chaqueta nueva y volvió a ser el de meses atrás. Estaba mucho más alegre que los días anteriores. Yo me sentí aliviada.

Después observé de pronto que tenía ganas de hablar. Daba vueltas en torno mío mirándome con aire prudente y culpable. Yo, sin decir palabra, estaba en guardia. Tomé, por adelantado un aire vejado.

Al fin, dijo:

—Bueno, con motivo de la fiesta, podríamos comer. Y me miró con aire, más que paternal, tímido. Pero mi corazón se endureció de un golpe. Respondí cruelmente:

—¡Como nunca ponemos comida no la hemos preparado para hoy!

Pero papá hizo como que no se daba cuenta y explicó:

—Vamos al restorán de la 7.ª Línea...

—¿Al restorán? ¡Es una buena idea! ¿Pero cómo iré yo?

Me molestó la proposición. En el restorán comen todos los hombres...

—¿Es que las mujeres y las muchachas van al restorán, papá?

—Tonta. Hay familias enteras que comen allí. ¿Por qué te inquietas?

Salimos. El cielo está claro, soleado. Unos obreros y varios soldados se pasean con unas banderas y cantan la "Internacional". Según cantan el cielo parece más claro, el sol más caliente. Las caras de todos son alegres, fuertes. Hasta papá abomba su pecho hundido y seco. Sigue por la acera y canturrea la "Internacional". De pronto observo que yo misma la voy tarareando. Diríase que nadie ha tenido hambre nunca.

Después de la comida papá me pregunta amablemente:

—¿Y qué—te has hartado?

—Sí, papá, hartado del todo.

Sonríe satisfecho y vuelve a tararear la "Internacional".

—No lejos de aquí hay un café... Vamos a tomar el te...

—¿Qué dice usted, papá? ¡Al café! Pero si no habrá más que obreros...

Papa replica un poco enfadado:

—No digas tonterías. ¿Qué tiene eso de particular? ¿No has estado bien en el restorán?

—No, no, papá, no iré.

—Bueno, como quieras, no iban a comerte.

Papá se encoge de hombros y saca del bolsillo dos caramelos. Dice con aire tímido:

—Toma, para tí y para mí. Ayer me los dieron, por ser hoy fiesta.

Coge su caramelo y me dice:

¿Adónde quieres... ir? ¿A casa?

—No, papá, voy a ver a una amiga.

—Adiós. Pero no vuelvas después de las nueve.

¡Ah, papá, papá! Seguramente ha comprado los caramelos y dice que se los han regalado.

Me estremezco angustiada. Como si me hu-

4

biesen hundido el pecho. El hambre ha trastornado a mi papá, el hambre...

3 DE MAYO

¿Estoy o no estoy alegre?

Ayer Dmitri volvió tarde. Estaba ya acostada. Sentí que me decían del otro lado de la pared:

—Prepárate, Fenia, para trabajar mañana... en Correos, en el 5.° servicio, con Alejandro Andreitch...

¡Qué ridícula soy! Pensé de pronto que no tenía todavía moño, sino dos trenzas tan sólo. Parezco una chiquilla. Van a reirse de mí. Seguramente en Correos todos son mayores.

En seguida me asaltaron otros pensamientos. Me acordé de Nicolás Pavlovitch... Si trabajo, puedo estudiar. Desde el momento en que yo misma gane el dinero, papá no podrá decirme nada. Después me puse triste. Estuve llorando un rato Luego torné a pensar en mis trenzas. Decidí no ceder ante nadie aun siendo una chiquilla. No dormí en toda la noche.

Por la mañana entró Dmitri. Me examinó de pies a cabeza con aire sospechoso y triunfal. Después, dijo de pronto:

—Pero, por lo menos, haz desaparecer tus trenzas. Alejandro Andreitch me lo ha pedido insistentemente.

Dijo esto intencionadamente para molestarme. Me puse colorada y no repliqué.

En la calle me repitió nuevamente la lección con tono impertinente:

—... no charles de más, sino por el contrario aprende a callarte, a no hablar más que lo necesario. Demuestra que ya eres... una señorita...

Pronto se lo demostré.

Las ventanas de la Casa de Correos son grandes, severas. Un enorme reloj adorna la fachada. Miro el edificio y me siento, de pronto, algo aturdida:

—¿Dime, Dmitri, no es en ese balcón donde voy a trabajar?

Dmitri murmura enfadado:

—¿Qué dices? Eso no es un balcón, sino un comedor. Une la dirección económica con las oficinas.

Antes de que Dmitri me contestase me había dado perfecta cuenta de que había preguntado una tontería, pero no podía enmendarlo. Me callé, me puse colorada y me reí interiormente al ver tan enfadado a Dmitri. ¿Habrá pensado que soy tan tonta?...

Entré y no era aquello ciertamente para reirse. Siempre he sido un poco tímida en cuanto me veo delante de unas cuantas per-

sonas. La enorme oficina de Correos está llena de gente. Todos corrían, gritaban, se agitaban incesantemente. Dmitri tiene un montón de amigos... A cada instante le saluda alguien. Si es una señorita, me mira de lado. A Dmitri le da vergüenza pasear con una chiquilla y anda cada vez con mayor rapidez. Y todavía discute la independencia de las mujeres... ¿Pero él? A él le avergüenza estar con una chiquilla.

Le sigo para no perderme. Al caminar tropiezo con una señorita gorda, roja, y tengo tiempo únicamente para avergonzarme sin acordarme de pedirla perdón. ¡Qué torpe!... Al saltar a un lado de la señorita gorda, caigo sobre un señor de enormes bigotes... No había conseguido recobrar aún mi sangre fría, cuando ya Dmitri me había conducido a una habitación llena completamente de paquetes donde trabaja Antonina...

—Ten cuidado de ella, Antonina.

Dmitri desaparece.

Antonina, ante todo, observa cómo estoy vestida; después me mira la cara. Me pregunta irónicamente:

—¿No irás a echarte a llorar?

—¡Oh, no, Antonina!... ¿Por qué lo preguntas?

—Ten cuidado. Va a llegar Alejandro Andreitch. Te preguntará bastantes cosas.

Tengo un verdadero pánico a todas esas preguntas anunciadas. ¡Dios mío, si no acertase a responderle!... ¡Seguramente no me admitiría!

—¿Y qué va a decirme, Antonina?

—Te echará un sermón... Hay que ser buena empleada, trabajar con celo... Te dirá lo mismo que un patrón cualquiera...

—¿Y qué debo contestarle?

—Tú, tonta, no tendrás más que acercarte a él y decirle: "Lo procuraré". El resto ya lo verás tú por ti misma.

Apenas había terminado de hablar cuando entró Dmitri seguido de un señor muy digno, con larga barba. Me estremecí un poco. ¡Dios mío, es él, es Alejandro Andreitch! Dmitri me ha dicho que procure tener desenvoltura... Oigo una voz como a través de una niebla:

—He aquí a mi hermana.

Siento que Alejandro Andreitch me mira y los pelos se me erizan de vergüenza. Me he olvidado por completo de lo que debo hacer. Pero Antonina murmura en mis oídos:

—Pero adelántate, idiota...

Doy dos pasos hacia adelante y digo, con

una vez tan falsa y tan aguda que al oirla me pongo aún más encarnada:

—¡Buenos días!

Pero Alejandro Andreitch me coge una mano y me la estrecha con energía, como debe hacer un hombre

—¡Está bien, usted será una unidad útil en nuestro formidable organismo... necesitamos empleados útiles!...

Alejandro Andreitch salió. Antonina saltó inmediatamente como un gallo de combate:

—Y han nombrado a una idiota como esta para las oficinas. Has estado a punto de echarte a llorar. Debiera darte vergüenza... Una muchacha ya...

Llegó con Dmitri a las oficinas. ¡Alabado sea Dios!; aquí no hay más que señoritas y un hombre sólo. Aquí todo el mundo conoce a Dmitri... Desde todas partes le gritan:

—¡Hola, Dmitri Alexandrovitch!...

—¡Buenos días, Dmitri Alexandrovitch!...

Pero Dmitri es un imbécil. Me lleva al medio de la habitación y dice:

—Esta es mi hermana. No tengo tiempo... Buenos días...

A punto estoy de marcharme tras él. Estoy aturdida y miro a todo el mundo.

Una muchacha rubia se me acerca. Tiene

un pelo color de oro espeso y rizado, unos ojos grandes y negros, un rostro pálido. Pero de una belleza sosa...

—Bueno, querida, usted trabajará con nosotras. Voy a enseñarla su trabajo.

Me coloca en una mesa al lado de una morena. La morena me mira maliciosamente y las demás con una curiosidad malévola. Una de labios abultados, de rostro orgulloso y feo, me hace un gesto burlón... ¡Qué idiota!...

La pago en la misma moneda...

La rubia va explicándome. No sabe que estoy completamente angustiada. Ni una sola cara amable, Dios mío. La morena es todo mi horizonte. Me desagrada. ¿Y por qué trabajar cuando sólo tengo deseos de estudiar? Ahora tendré que venir aquí todos los días. Y acaso continúe viniendo durante toda mi vida, hasta que me muera.

—¿Me oye usted?

Levanto la cabeza y veo los cabellos de oro.

—Sí, sí.

—Mire usted esos estantes. Ahí están los libros en que tiene usted que escribir.

Miro los estantes que suben hasta el techo. ¿Cómo subir hasta allá arriba, Dios mío?

—¿Y tiene que ir una misma a buscar los libros?

—No, querida, no, tenemos un chico.

A mediodía todos se fueron al restorán. El restorán está dentro de las oficinas de Correos. No como porque todavía no tengo carnet. Para conseguirlo hay que ir a ver a no sé qué director de nuestra Administración. Hacen unas preguntas y dan el carnet. Papá me ha ordenado que consiga inmediatamente el mío. ¿Pero cómo iré? Tengo un miedo espantoso a todos los directores.

La morena no se ha ido al restorán. Ha sacado del cajón un trozo de pan y come. ¡Pan con manteca, Dios mío!... De pronto siento un hambre feroz. No he comido en todo el día más que un pedacito insignificante de pan. Me duele la cabeza. No pienso ni en Alejandro Andrevitch ni en la de los cabellos de oro. Tengo la cabeza llena de pedazos de pan untados con manteca como el que la morena tiene en sus manos. ¡Con qué apetito come! ¡No debo mirarla, Dios mío! Va a creer que tengo hambre. Se me llenan de lágrimas los ojos... Me voy al tocador. No puedo verla comer. Tengo que ir a ver al director y no puedo...

4 DE MAYO

Ayer no he podido decidirme a ir a ver al director para que me diese el carnet. Hoy tampoco.

Pero ayer noche, nada más volver de Correos, me preguntó papá:

—¿Te han dado tu carnet?

Y me miró como si se hubiese desprendido de un peso de 1.000 toneladas. En mí estalló un odio ardiente contra sus ojos grises, contra su cara delgada, anémica.

—No.

—¿Por qué?

—Se me ha olvidado.

—¿Te has olvidado? ¿Y no te olvidarás de comer? Me gasto todo mi pan en nutrirte. Y lo necesito para mí porque tengo hambre.

Rechiné rabiosamente los dientes. Oí este rechinar y tuve compasión de mí misma... ¿Y esto es un padre? ¡Dispuesto a dejar morir de hambre a una hija! ¿Es posible, Dios mío? ¡Qué avaro! ¡Qué voraz! Le odio, le odio, le odio...

Fué ayer.

Esta mañana, al levantarme, no encontré sobre la mesa el pedazo de pan habitual. Papá nó me había dejado nada.

Estuve un momento pensativa ante la mesa. Allí, en aquel sitio, debía estar mi pan. Y no estaba.

Lloré mucho. La habitación se desvaneció

como envuelta por la niebla. Me puse el sombrero y marché corriendo a Correos.

En las calles, mucha alegría extraña, un sol de mayo, un cielo profundamente azul, calor. Un viento primaveral me azota el rostro y seca en mis ojos las lágrimas. Todo el mundo corre, se apresura, las caras son alegres, vivas. Nadie me mira. Miro a todo el mundo y nadie me mira... Si mamá llegase pronto, Señor... ¿Y adónde van todas estas personas? ¿No tendrán hambre?

Llego una hora antes del comienzo del trabajo. Nadie todavía. El edificio de Correos es inmenso y silencioso. No se oye el menor ruido. Al mirarlo desde el balcón del segundo piso parece muerto.

Mi corazón se estremece de angustia ante este desierto. Me apoyo contra una columna y lloro.

De pronto me sobresalto. Se oyen tras de mí unos pasos. ¡Ah, es una señorita solitaria que anda interrumpiendo el silencio. No la saludaré antes de que ella lo haga...

La morena me saludó inmediatamente. Está cerca de mí y mira al suelo. Su mentón, falto, poco enérgico, está apoyado en la palma de una de sus manos. Estamos las dos juntas y las dos callamos.

Las nueve. Las oficinas de Correos se abren al público. A la puerta, sin duda, espera una multitud. Desde arriba puede verse cómo han hecho irrupción en el edificio y lo han llenado todo como una inundación. Mis lágrimas se han secado ya. El edificio se ha llenado de ruídos. A cada momento me siento más angustiada.

¿Qué? La morena habla...

—¿No ha firmado usted en el registro?

—¿Eh?... ¡No!... ¿Es necesario?

—Naturalmente. Está abajo. Si no descuentan de la paga.

¡Otro tormento! No sé dónde está. Dmitri no me ha dicho una sola palabra.

La morena ha adivinado mi embarazo. Delicadamente me propone acompañarme. ¡Qué simpática y buena es!

Por el camino hacemos amistad. Se llama Marussia. Volvimos juntas a la oficina y nos pusimos a trabajar.

A mediodía llegó un chico que comenzó a gritar con todos sus fuerzas:

—¡Guisantes y lentejas!... ¡Lentejas y guisantes!...

No comprendo qué quiere decir, pero, de pronto, siento mucha hambre. Esta mañana no he comido nada. Marussia sonríe y explica:

—Es el chico del restorán. El "menú" de hoy.

Es verdad. Como ayer, todos a la vez, se marchan al restorán.

Nuevamente Marussia saca pan con manteca. No esperaba su pregunta:

—¿Por qué no come usted, Fenia Alexadrofna?

Me turbo. Se colorean mis mejillas con un rojo vivo. Estoy encarnada hasta las orejas.

—He olvidado hoy mi comida.

Marussia tiene en cada mano un trozo de pan y no se atreve a levantar los ojos.

—¿Acaso... quizá si le ofrezco un pedazo? Puesto que tengo dos.

—¡Oh, qué dice usted! No tengo hambre.

—Coja un pedazo, sinceramente, Fenia Alexadrofna.

—No, no, gracias. No... no puedo aceptar.

Tengo voz llorosa. Estamos avergonzadas las dos y no nos miramos. De pronto siento que me falta la saliva. Tiemblan mis mandíbulas. Aprieto los dientes para disimular. No puedo, no puedo...

Marussia repite:

—Cójalo, Fenia. Cójalo, sinceramente. No sé suplicar. Pero cójalo, querida...

Ha dejado prudentemente ante mí un pedazo de pan.

¡Buena, compasiva, santa muchacha! No podré recompensarla jamás. ¿Cómo lo aceptaría? Las lágrimas suben a mis ojos. Es hambre y algo más...

—¡Gra... cias... Ma...russia!...

Durante todo el día me ha ayudado en mi trabajo. ¡Buena, compasiva, santa muchacha!

5 DE MAYO

No he podido decidirme todavía a ir a por mi carnet al despacho del director. Y también hoy papá se ha marchado sin dejarme mi acostumbrado pedazo de pan. Dos días seguidos no he comido nada de las siete de la mañana al anochecer. Por la noche, una remolacha podrida, una patata y un arenque. Hace pocos días me asombraba de que Alejandro pudiese comer una remolacha podrida, y ahora yo misma las devoro.

Hoy, mientras trabajaba, me he mareado por primera vez. Al volver me he precipitado al espejo y me he mirado la cara. ¡Qué pálida y delgada me voy quedando! Papá me dejará morir de hambre antes de que vuelva mamá.

6 DE MAYO

Al fin, ya tengo mi carnet.

Ahora, tengo cada día media libra de pan. Dan para dos días a la vez. Hoy el chico me ha traído una libra entera. La he comido en el mismo sitio en que me la dieron. Me daba vergüenza comerme todo mi pan ante los demás, pero no podía resistirme. Y todavía tengo hambre.

Abro por casualidad el cajón de mi mesa y quedo asombrada. Nuevamente hay allí un pedazo de pan con manteca. Pregunto:

—¿Qué es... esto, Marussia?

No me mira, pero veo que sonríe un poco.

—Nada, Fenia.

—No puedo, no puedo...

—Cójalo, sinceramente tengo más...

El pan está en un rincón del cajón y la manteca es blanca, apetitosa, tentadora. Ah!... Miro tan pronto al pan como a Marussia. Una sonrisa resbala por su cara. Pero no me mira para no turbarme más. Es duro vejatorio, pero, sin embargo, cojo el pan. ¡Tengo tanta hambre! ¡Qué dulce y buena es! Acaso cada día esconda un pedazo de pan...

Y mentalmente decido que no lo aceptaré más que cada dos días.

Papá está cada vez más seco. Para él es una catástrofe que la provisión de arenques y remolacha esté completamente podrida. El mismo ha tenido que tirarlos. Nunca me envía a los almacenes a comprar nada. Lo compra siempre él mismo. Trae sus provisiones y las encierra bajo llave. Ahora parece que no tiene confianza en nadie absolutamente. ¿Cómo se arreglará mamá con él cuando vuelva? Es sombrío, reconcentrado, severo y cada día parece más delgado, más pálido. Me da miedo estar con él toda la noche.

Salgo siempre a trabajar sin haber bebido ni comido nada. El día en que me dan pan en Correos no tengo hambre; ¡pero el siguiente!...

¡Si mamá volviera pronto!...

8 DE MAYO

Nicolás Pavlovitch trabaja también en Correos. Hoy me he encontrado con él en el restorán.

La comida se componía de un arenque seco. Los que tenían pan se lo comían en el restorán mismo. Los otros se lo llevaban a casa.

Pero yo pasé gran trabajo para no morder el mío tan pronto me lo dieron en la ventanilla. Corrí hacia el restorán con el arenque cogido por la cabeza con dos dedos. La cola

se balanceaba. Sentía el zumbido de oídos producido por el hambre. Tenía hambre, hambre, hambre.

Llego. Sin casi haberlo limpiado me lo como sin necesitar cuchillo. Lo he cogido con las dos manos y lo como rápidamente, pero de pronto me sobresalto:

—Buenos días, Fenia Alexadrofna.

¡Ah, es Nicolás Pavlovitch! Me puse completamente encarnada. ¡Qué vergüenza que me haya sorprendido en este momento! ¡Soy una hambrienta! Como el arenque sin pan. Con los dientes.

—¿Se está usted comiendo su arenque? Yo me lo llevo a mi casa. Lo he envuelto en un papel. Y mi hermana me lo asará.

He dejado caer mi arenque. Cae sobre la mesa. No sé qué decir.

—¿Qué, cómo está usted?

Su voz es reconfortadora. Me avergüenzo más todavía. Ha observado que estaba comiendo sin pan... con los dientes...

Digo con indiferencia:

—Bien, gracias.

—¿No se ha inscrito todavía usted para estudiar?

—No tengo tiempo. He ido al teatro dos o tres veces... Paso las tardes en casa de unos

amigos... Petrogrado es alegre viniendo del campo. ¿No?

Miro de lado mi arenque... ¡Dios mío, la cola está aún intacta. Hasta en el medio hay todavía algo de carne. ¡Qué bueno está! De buena gana acabaría de comérmelo.

Pero mi mano lo rechaza con desdén.

—¡Puaf, Nicolás Pavlovitch, qué mala comida la que nos han dado hoy! Es imposible absolutamente, comerla. ¡Qué restorán más indecente!... Seguramente me inscribiré para estudiar. Sólo que no sé para qué.

—Yo se lo indicaré con mucho gusto.

—Muchas gracias. Se lo agradeceré.

Salimos juntos del restorán. Conmigo habla siempre con un calor particular. ¿Por qué se preocupaba tanto de mi instrucción? Es dulce y bueno.

Siento en mí un deseo: estudiar, estudiar, estudiar... Primero acabar los cursos, luego en la Universidad. Instrucción superior. Pero al llegar a las oficinas me siento en mi mesa y me angustio. ¡No podré estudiar, Dios mío, no podré! Sin tener que estudiar ya estoy medio muerta estos últimos días. Una apatía constante. En casa paso todo el tiempo tumbada en la cama. Me siento sin fuerzas. Y no hay la menor luz en el porvenir...

Bajo al lavabo y lloro.

9 DE MAYO

He vuelto del trabajo y el resto del día he estado tumbada en la cama. ¡Qué extraño! No tengo ganas de pensar en nada. Incluso el recuerdo de Frenel se queda en mi pensamiento y no cae al corazón.

10 DE MAYO

Era ya bastante desgraciada y ahora me llega una nueva tragedia.

No sé cómo ayer han cortado dos cupones en vez de uno de mi tarjeta de restorán. Hoy no comeré. Y tampoco me darán el pan de mañana.

Llego como de costumbre al restorán. Doy mi tarjeta a la sirviente.

—No tiene usted derecho a comer. Ha comido ya y quiere todavía... No se tiene nunca derecho doble.

La sirvienta me mira con aire sospechoso y me da miedo. No comprendo nada. ¡Dios mío, me acusa de querer robar una segunda comida! ¿Cómo se atreve?... Comienzo a gritar tan fuerte que todos se vuelven:

—¡Usted está loca! ¿Cómo, por qué no?

—Es muy sencillo. Nadie tiene derecho a comer dos veces. Márchese. No me entretenga

Después, de pronto, debió comprender al ver mi rostro contristado que era inocente. Me dijo más dulcemente:

—No tiene usted cupón. Han debido cortar equivocadamente dos ayer.

Me marcho. La sirvienta, excusándose ya, murmura detrás de mí que ella no tiene la culpa, que no estaba de servicio ayer. La angustia me aplasta. Todo, todo el día tendré hambre. Nunca hasta ahora he tenido tanto miedo al hambre. Es un miedo más terrible que el hambre misma.

En la oficina me preguntan como de costumbre:

—¿Le ha gustado la comida, Fenia Alexadrofna?

—¡Puaf, qué suciedad! Hoy no he comido siquiera. E... imagínese usted: ayer me han cortado dos cupones en lugar de uno. Felizmente era una comida pésima. No lo lamento del todo...

Volví a casa tan debilitada que no pude hacer hervir el agua para papá. Estaba tumbada sobre la cama, con la cabeza vacía. No tenía ni un sólo pensamiento. Incluso mi odio contra papá se había extinguido. Desde que cerré los ojos la cabeza comenzó a darme

vueltas. Y sentía como una gran fatiga al respirar. No me atrevía a moverme.

De pronto, sin saber por qué, dí un salto y me precipité hacia el espejo. Me miré con ojos espantados y creo que me voy pareciendo...

Pero miro, miro, y nada más. Vuelvo lentamente a la cama.

Ha llegado papá. Todo lo inspecciona rápidamente. No hay agua hervida sobre la mesa.

—¿No has hervido el agua?

—No.

—¿Por qué?

—Tengo hambre.

Por su rostro pasó de pronto una expresión dura de irritación.

—Todos comemos lo mismo. ¿No has comido?

—No.

—¿Cómo no?

Y me mira atentamente. Siento que su mirada odiosa hace nacer en mí una gran cólera contra mi padre. ¿Creo, seguramente, que miento? ¡Qué hombre, Dios mío!

—Ayer me cortaron dos cupones.

Me cree. Pero se irrita todavía más.

—¿Piensas en las musarañas? Hay que ir

ner cuidado. Si te dejases te cortarían la cabeza.

No tengo fuerzas para replicar. Me vuelvo contra la pared. Oigo que anda a mi espalda. Anda, anda. Se ha parado.

—Por desgracia, tampoco yo tengo pan hoy.

Callo.

Anda nuevamente con pasos enervantes.

—¿Y tú no has guardado nada de pan?

Me vuelvo rápida. Comienzo a hablar rápidamente, llena de odio:

—¿Pero usted... no lo sabe? Me como todo el pan de una vez. ¿Qué pregunta usted?

—Entonces, está bien... Continúa hambrienta.

El tono es ya más tranquilo. ¡Tiene razón! Después se para y dice con aire lastimoso:

—Tengo... dos libras de harina blanca. Hazte unas galletas con ellas.

Oigo alborozada estas palabras. Pero, en lugar de reconocimiento, experimento un odio insensato, casi epiléptico. Me levanto en silencio y voy a la cocina. Me sigue como una sombra y susurra:

—Me la dieron por Pascuas... Pensaba. . mamá va a llegar... La recibiré teniendo harina blanca. Hierve el agua ahora...

Es curioso, pero estas últimas palabras me

han llegado al corazón y ya no siento odio contra papá... Pobre, pobre papá... No son precisamente las satisfacciones lo que le ha transformado. Antes era bueno, generoso.

En la cocina coge su harina y me ordena que haga la pasta. Después, de repente, dice:

—Espera un poco, la haré yo mismo... si no vas a gastar toda la harina.

Esto es grotesco. Miro su enfadado rostro y me pongo a reír con todas mis fuerzas, después salgo de la habitación.

Pero al cabo de cinco minutos me grita:

—¡Fenia, Fenia, esto está demasiado líquido!

Acudo y comienzo a reír. Ha cogido una libra de harina y la ha echado en agua suficiente para tres libras lo menos. Y riendo le digo:

—Dios le ha castigado. Ahora hay que echar toda la harina.

Papá ríe también.

—Está bien, está bien..., toma, hazlas tú misma...

Comienzo a cocer las galletas y papá da vueltas en torno mío. Echa miradas furtivas a la sartén por sobre mis hombros. Luego vuelve a pasear.

De repente, acabada ya su paciencia:

—Date prisa, Fenia, rápida... Cuece...

Se cruzan nuestras miradas y los dos sonreímos.

—En seguida, papá, en seguida estarán.

¡Pero Dios mío!... ¡Qué delgado se ha quedado! Hasta ahora no me he dado cuenta completa. En la cara no tiene más que los huesos muy salientes y una piel amarillenta y arrugada. Es alto y está seco, encorvado. La mano que sale de la manga es fina, fina. Sobre la piel corren unas venas verdosas. La palma de la mano es inmensa y los dedos, delgados, puntiagudos. ¡Horrible!... La mano es ancha y está seca, arrugada... ¡Y sus bigotes, Dios mío, son aún más horribles! Pelos descoloridos, pegados unos con otros. ¡Tengo lástima de papá, Dios mío!... ¡Y cuántas arrugas en la frente! Y el pelo de la cabeza comienza a clareársele. ¡Era tan espeso hace poco aún! ¿Qué le ha pasado, Dios mío? ¿Qué? ¡Ah, y los ojos, los ojos!... Parecen los de un muerto.

—¿Bueno, están ya?...

—Tenga, papá.

—Cuántas nos tocan a cada uno?

—Siete, papá... coma...

—¡Señor! Tiemblo horrorizada, pero pongo una cara alegre. En vez de la mitad, he cogido para mí nada más que dos galletas. ¡Y ni

siquiera se ha dado cuenta de que le he engañado!...

13 DE MAYO

Otro domingo.

Es el tercer domingo que paso aquí y me parece que una eternidad gris y hambrienta ha transcurrido desde mi retorno.

Por la mañana, al despertarme, me acuerdo de papá. De un salto me he precipitado al espejo y he estado un rato contemplando mi cara. Me he olvidado por completo de papá. Después la cabeza comienza a darme vueltas, me caigo de debilidad y vuelvo a tumbarme.

He estado el día tumbada, unas veces con los ojos abiertos y otras cerrados. No he pensado en nada.

14 DE MAYO

En Correos me conduzco de una manera particular. Hace tiempo que he hecho amistad con todo el mundo, pero apenas hablo más que con Marussia.

Lentamente, lentamente se desliza el tiempo hasta la hora de la comida... Se come rápidamente. Después se encuentra una algo mejor. No como mucho, sin embargo. Y tengo un miedo horrible a que noten todos que tengo mucha hambre. Bromeo, río, charlo, pero mi corazón y mi estómago me duelen bastante.

A veces ironizo. Me burlo sobre todo de los que comienzan a hablar de comestibles. Una amiga prefiere esto, otra aquello, la tercera otra cosa cualquiera. Me burlo de ellas. Les llamo animales que no piensan más que en la comida. Pero en el fondo sé que no soy sincera, que miento.

Después de la comida recobro un poco de vida. Me esfuerzo por pensar en Frenef... ¡Qué insensible me he vuelto, ¡Señor! ¿Por qué se ha vuelto tan gris, tan triste el mes de mayo? Nicolás Pavlovitch dice que hay que estudiar... Yo misma sé que hay que hacerlo. Hoy, sí, hoy iré a inscribirme. Esta noche misma.

Pero ya estoy de vuelta en casa. Unas paredes sucias y un suelo en otro tiempo limpio, reluciente. Unos techos bajos con basura y telas de araña en los rincones. De pronto todo se borra en mi mente: Correos y el atardecer de mayo en la calle. Me miro con trabajo en el espejo; cara pálida y arrugada. Ahora me miro todos los días. Elena Ilinichna, nuestra jefe de oficina, dice que estoy más guapa. Me tiene sin cuidado. Me acuesto y espero a papá. Cuando llega hago hervir el agua. Cenamos juntos. Después vuelvo a acostarme. La habitación está obscura y papá ronca. Pero yo estoy un buen rato sin dormirme.

Y miro al rincón obscuro donde cuelga la sombra obscura del traje de papá, y no pienso en nada, en nada, en nada...

15 DE MAYO

Hoy en Correos teníamos mucho trabajo. Trabajé intensamente todo el día y salí a las once de la noche. Y desde por la mañana no había ingerido más que la comida del restorán. Una comida: sopa con legumbres. Y, naturalmente, agua clara.

Me arrastro paso a paso por la calle caliente y obscura. Está llena de gente. Las lumbres de los cigarros iluminan la noche blanca. Unas frases alegres resuenan en mis oídos. Pero no veo nada, no oigo nada... Mi cabeza sigue dando vueltas y el corazón palpita con dolor.

Me paro sobre el puente Nicolás y miro correr el agua. Estoy apoyada con todo mi cuerpo en la balaustrada y tengo los ojos cerrados. De pronto torna la cabeza a dolerme. Una nueva enfermedad me martillea las sienes.

Abro los ojos y veo bajo el puente las luces verdes de un barco. Más lejos unas luces rojas. ¿Me tiro al agua, Dios mío? ¡Quién llorará a una chiquilla de mi edad! Papá es avaro y egoista. Se alegrará de tener que alimentar una boca menos. Unicamente. Y, sino habrá, sin duda, que morir de hambre.

Un ruído de caída en el agua. Se abren unos círculos bajo la claridad lunar. Seguramente es un pez grande. ¡No, no puedo! Ahí abajo hay peces grandes. Van a comerse mi cuerpo. Y los cangrejos participarán en el festín. ¡Puaf, qué asco!... No puedo, me falta energía. Soy una cobarde. Una chiquilla. En casa todo el mundo duerme. Papá no saldrá seguramente a recibirme. Estará roncando ya. ¡Si alguien hubiera encendido el samovar y preparado el te! Nadie, nadie...

He llamado un buen rato... Seguro, seguro es que todos están durmiendo. Nadie piensa en mí. Pero, de pronto, una voz...

Me sobresalto. No había comprendido todavía de quién era aquella voz cuando ya mi corazón comenzó a latir con mayor violencia, a saltar como un loco.

—¡Mamá, mamá, mi querida mamá, soy yo, Fenia!...

—¡Fenia, hija mía, buenas noches! ¡Buenas noches, querida!...

Estoy colgada de su cuello estremecida por los sollozos. ¡Ah, mamá, mi buena mamá, mi querida mamá! Y a través de mis lágrimas advierto que mamá está conmovida.

—¿Pero qué te pasa, tonta? ¿Qué haces,

Fania, hija mía? No hay que llorar, sino alegrarse. Ven a la habitación, ven, ven...

—¡Ah, mamá, querida mamá, qué duro es vivir lejos de usted! Nunca viviré separada de usted, nunca, ¡nunca!...

—Bueno, bueno, cálmate, querida. ¡Pobre hija mía! Todo se ha terminado, todo. Siéntate y come.

¡Dios mío, en la mesa hay queso blanco, leche y pan del campo. Y mamá ha hecho el té para mí. Como rápidamente hablando y llorando.

—¡Oh, mamá, papá se ha vuelto avaro, egoísta! ¡Qué duro es vivir lejos de usted! Antonina gruñe contra papá y yo voy imitándola. No viviré nunca lejos de usted...

—Come, come, pequeña...

—Y papá tiene piojos. Es el hambre ¿no es verdad, mamá?

—Sí, sí, ya lo he visto. Pero no quiero tratar de comprender lo que ha pasado. Cuando llegamos Boris y yo nos acogió con indiferencia, ni contento ni descontento.

—Descontento, mamá, descontento. ¿Está ya durmiendo Boris? ¡No me ha esperado siquiera el tonto ese! ¿Y cómo os ha recibido papá?

—Así: Entramos Boris y yo y Antonina

abrió la puerta. Ya la conoces tú bien... se puso en seguida a decir... mamá, mi querida mamá, buenos días...

—¿Y no ha llorado?

—¿Llorar? Dijo tan solo: "Bueno, ya está usted de vuelta... la esperábamos", esto es todo.

—No se ha esperado.

— ...Sí, escucha, pues... Nos quitamos los abrigos, y él salió de su habitación. Y así... contento o descontento... "Ya has llegado, dijo, buenos días..." Si hubiéramos podido leer algo en su rostro. Pero nada. Fué una cosa muy desagradable. ¡Que Dios le proteja!

Unas lágrimas brotaron de los ojos de mamá. La abracé y la besé.

—No llore usted, mamá, no llore.

—No, pero es muy doloroso, pequeña...

¿Tendré todavía, Dios mío, que defender a mamá contra papá? Me parece que sí... ¿Pero y si no duerme y lo ha oído todo?

—¿Duerme, mamá?

—Hace un buen rato. Está roncando.

Y mamá hizo un gesto divertido, muy divertido con su mano roja, quemada por la lejía, y frunció las cejas. Se arrugó su nariz y los pelos le cayeron sobre la frente... Siento grandes deseos de besarla. Y tiene una mano

que, aunque roja, es bonita y pequeña. Y unos dedos finos de extremidades carnosas.

—¡Oh mamá, mi querida mamá, deja morirse de hambre a Alejandro! Alejandro trabaja ahora en el Hotel Europa. No ha venido ni una sola vez a casa.

—Está bien, está bien, hija mía. Ahora todo marchará bien. Desnúdate, acuéstate. Estás ya cansada...

—... Y el trabajo es muy aburrido. Alejandro Andreitch es pasable, pero Zaitzev es un idiota. Es el subdirector. No tengo más que una amiga allí. Muy buena... Me da pan con manteca.

—Duerme, hija mía, duerme y que Dios te proteja...

Mamá hace sobre mí el signo de la cruz, me besa en la frente, mientras la abrazo.

—¡Qué feliz soy ahora, mamá, mi querida mamá!

—Duerme, pequeña, duerme.

—Ha venido Nicolás Pavlovitch. Está delgado, pálido, con los ojos encarnados, pero es bueno. Siempre me dice: hay que estudiar Fenia, estudiar...

—Siempre fué un buen chico.

—Y Frenef va a escribirme. ¿No se enfadará usted mamá porque nos hayamos besado en

Vologda? Fué solo una vez y fui yo quien lo quiso.

—Bueno, bueno, duerme, estás cansada.

—Y pronto, pasado mañana, recibiré mi primer sueldo. Por medio mes, 400 rublos. Papá se alegrará mucho. No me daba siquiera para comprar polvos dentífricos. Le daré a usted todo el dinero. No quiero dárselo a él.

—¡Qué tonta eres! No importa, ya le preguntaré yo. Pero ahora, duerme, pequeña, duerme.

—A papá no le quiero nada, mamá, pero a usted la quiero mucho.

—Está bien, hija mía, está bien.

—¿Me llamará usted mañana a las ocho?

—Sí, sí, duerme.

—¿Habrá te mañana, mamá?

—Naturalmente. ¿Cómo quieres que te deje marchar a trabajar sin tomar el te?

—Buenas noches, mamá.

—Duerme, hija, duerme.

16 DE MAYO

Me desperté porque Boris me sacudió por los hombros y me gritó al oído:

—¡Fenia, querida Fenia, despierta!... Ya he llegado... Mamá, Fenia sigue durmiendo...

—¡Boris, querido Boris!

—¡Al fin has dado signo de vida! ¿Dormiste? Ya ves cómo hemos llegado...

Y alegremente me cubrió de besos.

¡Mamá, el samovar está dispuesto! Es la primera vez que me voy al trabajo habiendo tomado el te.

Como pan con el te. No un trozo pequeño, sino todo lo que quiero. Y mamá me da además un trozo para llevármelo.

Llego contenta a la oficina. Siento yo misma que voy sonriendo alegremente. Grito tan fuerte que yo misma me asombro:

—¡Buenos días, Elena Ilinichna!...

—Buenos días, buenos días. ¿Qué te pasa que estás hoy tan alegre?

—¡Ah, Elena Ilinichna, ha llegado mamá!

—¿Su madre? ¿Seguramente del campo? ¿Ha traído algo? ¿Sí?

—Naturalmente... Nada de particular. Un poco de leche, queso, manteca y también un poco de pan seco...

—Pan. Pues ya puede estar satisfecha... A mí me gusta mucho el te con pan seco.

—¿Quiere usted, Elena Ilinichna, que se lo traiga mañana?

—¡Qué dice usted, querida, muchas gracias!

—Se lo traeré, Elena Ilinichna.

—No, no ¿por qué dice esas cosas?

—Debe usted aceptar, Elena Ilinichna. Desde el momento que yo la quiero, debe, debe... De todas formas no está bien que no acepte.

—Está bien, querida, pero en estos momentos no hay que hacer regalos. Los tiempos son malos... Todo está muy caro...

—Elena Ilinichna, debe usted aceptar. Me río de los malos tiempos. He dicho que se lo traeré y lo haré.

—Bueno, bueno, vaya a trabajar, querida

Me siento en mi mesa. ¡Ah, Marussia!... ¡Con qué verguenza me mira! Me mira y sonríe.

—¡Qué feliz soy, Marussia! Y mamá me ha dicho que Sergio vendrá pronto.

—¿Y quién es Sergio?

—Mi hermano. Estaba con permiso en nuestra casa en el campo. ¡Qué inteligente es! ¡Horriblemente bueno e inteligente!

—¿Y es guapo?

—A mi parecer, sí. Alto. Rostro curtido. .

—Me gustan los hombres morenos.

—... Ni bigote ni barba. Y unos labios admirables cuando sonríe... Un hoyito aquí. Y una sonrisa alegre, bondadosa. Una cara muy simpática. Se ve en seguida que es un intelectual.

—¿Ha estudiado?

—¡Oh, sí... como todos nosotros! Y además sigue estudiando. Sabe inglés, alemán, francés... Y además, cuando no estaba en el frente era siempre director. En el frente organizaba todas las secciones de enseñanza. Y lo comprende todo, entiende a todos los hombres. Es extraordinario cómo me comprende. Le quiero con locura.

—¿Y cómo es su nariz?

—¿Su nariz?..., como la mía... ¡Oh, no, miento, la mía parece una patata!...

—No, Fenia, no, no se parece en nada a una patata.

—Déjame, no me has comprendido. Su nariz es larga como la mía. Ni ancha ni estrecha. En un término... medio... En fin, justamente, una nariz rusa. Pero, en líneas generales, la cara de Sergio no es rusa.

—¿Y a quién se parece?

—A un aviador francés.

—¿Pero a qué aviador? No todos los aviadores se parecen. ¿Qué edad tiene?

—Bah, no sé cómo explicarte... No lo sé yo misma. 20, 22 o 23 años. Es alto. Y una sombra de bigotes negros.

—Me gustaría verlo.

—¡Oh, Marussia, en conjunto no puede de-

cirse que sea un muchacho guapo! Pero a mí no me gustan los bigotes, me parecen, sabes... propios de peluqueros. Con mejillas encarnadas. ¿Y tú amas a alguien?

—No, no amo a nadie...

—Sergio...

¡Dios mío, cómo he hablado! Elena Ilinichna me dice:

—Bueno, querida, ¿ha terminado? Trabaje.

¡Qué repugnante es esta Elena Ilinichna! Y se ha atrevido a pedirme pan seco. Ahora nos impide continuar charlando.

—Perdóneme, Elena Ilinichna, ¡soy tan feliz hoy! Y además Frenef llegará pronto también. Le quiero mucho, Marussia.

—Vamos, Fenia, trabajemos. Elena Ilinichna va a enfadarse.

—Es verdad, Marussia. Trabajemos...

Mamá hará te cuando vuelva a casa. Qué feliz soy, Dios mío. ¡Ah, mamá, mi buena, mi querida mamá! No sabes cuánto he sufrido aquí... Ahora estoy bien.

17 DE MAYO

Hoy he recibido mi primer salario. Por medio mes 400 rublos.

Y no estaba del todo contenta cuando Tiurín, nuestro cajero, me dió los billetes. Me

daba miedo guardármelos en el bolsillo. Ahora que ya están dentro del bolsillo, que permanecen en él. Papá se alegrará mucho probablemente. Dirá que es el primer dinero que gano independientemente, con mi trabajo, que hay que economizarlo, etc., etc... ¡Todo esto es muy desagradable!

En casa he tardado un buen rato, sin saber por qué, en dar el dinero a papá. Ceno y tanteo los billetes. Me cuesta trabajo decir que he ganado dinero. Al fin, digo con aire sombrío:

—Este es el dinero... que he ganado...

—Ah, ah, eres un as. ¿Cuánto?

—No sé, cuéntelo usted mismo.

Papá, sin observar aparentemente el tono de mi respuesta palpa, separa y cuenta cuidadosamente cada billete, guardándolos en seguida en una cartera negra.

—... Eres un as, hija mía. Recuerda esto: es el primer dinero que ganas independientemente, con tu trabajo. Para tí esto debe ser agradable también. ¿Eh, eh?

18 DE MAYO

La llegada de mamá no ha influído del todo sobre papá. Diríase incluso que lo contrario. Hoy ha encontrado un pretexto para no re-

partir con nosotros su ración de pan. Se ha puesto aparte... ¡Qué conflicto más desagradable!

Hoy debía llegar Sergio. Estaba ya poniéndome el sombrero para marchar al trabajo, cuando han llamado.

Nadie esperaba tan pronto a Sergio. Mamá fué a abrir tranquilamente la puerta. Y repentinamente temblé de pies a cabeza al oir su grito de alegría: "¡Sergio!"

No he acabado de ponerme el sombrero y llevándole en la mano me precipito hacia la cocina. Sergio está de pie con abrigo gris y sonríe.

—¡Sergio, Sergio, qué alegría me das!

—No te alegres demasiado, porque esta misma tarde parto para el frente.

—¿No te puedes quedar hasta pasado mañana, Sergio?

—No, es imposible. Denikín va a tomar Moscú...

Y Sergio mira unas veces a mamá, otras a mí o a Boris y sonríe constantemente. Después, señalando con la vista mi sombrero:

—¿Trabajas, Fenia Alexadrofna?

—Sí, sí, trabajo hace ya muchos días. No puedes imaginarte qué pocas ganas tengo de ir hoy a trabajar.

Durante un buen rato charlé con él sin detenerme. Me escuchaba sonriendo ligeramente y moviendo los labios. En la oficina estuve hablando de él a Marussia durante todo el día.

Volví a casa triste. Sabía que Sergio habría partido ya. Mamá me recibió llorando. Será porque Sergio se ha marchado... Pero no, veo en su rostro una preocupación particular. ¿Qué ha pasado, Dios mío?

—¿Qué ocurre, mamá?

—¿Por qué? Nada...

Mamá hizo un gesto con la mano y de pronto tuve miedo.

—¡Mamá, querida mamá, qué pasa, qué ocurre?

—Bueno, te lo diré. He reñido con papá.

Con lágrimas en los ojos me contó:

—... Ha sido Sergio el motivo. Es verdaderamente lastimoso. Le estaba preparando algo para su partida. Había encendido el samovar y había cortado varios pedazos de pan, para todos. A él, naturalmente, le había dejado su parte. Pero al llegar comenzó a chillar. Le dije que éramos tres y que cada uno no habíamos comido más que un cachito pequeño. Pero me contestó: "A partir de mañana me separo de vosotros. ¡Trabajo más que todos, gano más pan que ninguno y no quiero que me lo co-

máis!" ¿Qué contestarle? Vive separado—le dije—y que Dios le acompañe.

Tengo los ojos llenos de lágrimas. Pero son lágrimas de impotencia, de rabia, de odio ardiente. Consuelo a mamá, la beso y mis labios gritan por sí solos:

—¡Egoista, egoista! ¡Egoista insensible! ¡Te odio! Sergio marcha para el frente y no quieres darle un pedazo de pan. Has ofendido a mamá. Papá no piensa más que en sí mismo. Mírele tal cual es, mamá... Ya se lo había dicho...

De pronto nuestros ojos se encuentran y detienen. ¡Cómo me asusta la expresión de los suyos! En ellos arde mi mismo fuego. Me parece, Dios mío, que vamos a odiarle juntas.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo. Me marcho, me meto en un rincón, me tapo los ojos con las manos.

No comprendo nada de lo que por mí pasa. Pero en mamá hay todavía más odio feroz que en mí misma.

19 DE MAYO

Alejandro ha oído evidentemente hablar de la llegada de mamá. Hoy ha venido a vernos.

Como siempre se presenta tímido, abatido y, naturalmente, hambriento. Pide algo que comer con los ojos únicamente. La mirada afa-

nosa, hambrienta de sus ojillos grises es más elocuente que todas las palabras. Vive muy mal, según dice. Le dan 500 gramos de pan por día. Para comer, una sopa clara. Su trabajo, físico, es duro: limpiar el corral y la calle.

Ha venido a casa de sus padres. Ha mirado en torno suyo con desconfianza y escogiendo el rincón más obscuro, se sienta. Desde su sitio mira a todo el mundo con ojos compasivos, suplicantes.

Mamá le ha dado algunas provisiones. Alejandro las recibe torpemente, sin dar siquiera las gracias. Ha colocado el paquete sobre sus rodillas y lo sostiene con una mano. Y él mismo se ha hundido todavía más como si el paquete le aplastara.

Tengo compasión de él. Siento una gran lástima cuando veo la expresión primitiva de su rostro abatido, enflaquecido, miserable. De pronto, mi mirada cae sobre sus rodillas... Sobre las rodillas tiene unas provisiones... ¿Qué es esto, Dios mío? Siento claramente que a través de mi piedad se eleva un odio de hambrienta. Tenemos hambre, y le damos parte de lo poco que nos queda. Dos o tres días y ya no tendremos qué comer.

¿Qué es esto? ¿Me voy pareciendo a papá?

Me he acostado y me he asegurado mentalmente durante un buen rato que tengo lástima de Alejandro. Después he escuchado a mi corazón. ¡Es imposible, Dios mío, dar a nadie parte de los que nos queda! Nosotros mismos tenemos hambre.

20 DE MAYO

De las provisiones que trajo mamá queda justamente para tres días. Cuando lo pienso me estremezco angustiada.

Papá sigue con aire sombrío cada pedazo de pan que entra en nuestras bocas; casi me ahogo de rabia al notarlo. Pero no dice nada. No comparte su pan con nadie. Recibe, sin embargo, una libra y tres cuartos y yo tan solo media libra, mamá, media libra. Boris, cinco octavos de libra. Nosotros tres nos lo repartimos y lo comemos juntos con frecuencia. Mamá y Boris reciben su pan en los almacenes municipales, y, en los últimos tiempos, con grandes interrupciones. Felizmente recibo el mío con absoluta regularidad.

No sé lo que piensa mamá, pero me parece que entre ella y yo e incluso Boris existe una especie de alianza. Esa alianza está dirigida contra papá. Y papá lo presiente.

Tengo miedo, miedo de pensar en esto.

21 DE MAYO

Vamos a trasladarnos. Vivir cuatro en una sola habitación es difícil. Y además es indispensable que nos traslademos por culpa de Antonina. Mamá y ella riñen todos los días terriblemente. No he visto todavía ninguna mujer tan mala y grosera como Antonina. Me parece que nos envidia solo porque tenemos víveres... ¿Pero no comen ellos bien sin necesitar nuestros víveres?

22 DE MAYO

Se acaba, se acaba...

Comemos el último puñado de la harina que trajo mamá. Habrá, pues, que arreglarse con las raciones que nos dan, pero a veces pasan tres o cuatro días sin dar pan a Boris ni a mamá.

¿Cómo vamos, pues, a vivir, Dios mío?

Durante una semana he comido hasta hartarme; ¿pero ahora, ahora?

25 DE MAYO

Hemos encontrado un alojamiento en el Campo Nuevo, gratuito y amueblado.

Mamá no tiene ganas de marcharse inmediatamente a vivir tan lejos. Dice que tendrá mucho camino hasta Correos y papá hasta la

fábrica. Papá trabaje en Vassilievski Ostrof, cerca del puerto, ¿cómo podrá llegar todos los días a las ocho de la mañana? Pero es papá mismo quien más insiste... Primero porque en el Campo Nuevo es más fácil que en el centro de la ciudad aprovisionarse de madera para el invierno, y segundo porque se puede comprar con mayor facilidad patatas a los aldeanos.

Pero esta mudanza al extrarradio me parece casi una locura.

Hemos recibido una carta de Vania, el hermano que está en el frente del Sur. Nos promete enviar un paquete.

27 DE MAYO

El hambre, el hambre, el hambre.

Papá, según creo, gana 1.200 rublos por mes y yo 800. Además, cada uno hacemos una comida en el restorán y nos dan una ración de pan. Es muy poco. Hay para morirse de hambre en una semana.

Ayer papá y mamá tuvieron una larga y dolorosa conferencia. ¿Cómo vivir, cómo vivir? Decidieron comprar cada día dos libras de patatas y una libra de remolacha.

Pero esto cuesta 250 rublos y para poder hacerlo necesitaríamos 7.500 por mes. Mamá propuso vender poco a poco todas las cosas.

Papá se cogió la cabeza entre las manos con aire de mártir y calló un buen rato. Después dijo con voz sorda:

—Bueno, puesto que no hay más remedio venderemos. ¡Dios mío, Dios mío!...

Después papá levantó la cabeza y miró a mamá en los ojos. No ví sus ojos porque me volvía la espalda, pero, sin duda, eran capaces de asustar a cualquiera. Y mamá lloraba:

—Acaso venga Dios en nuestra ayuda. Vania promete enviarnos un paquete.

Papá hizo un gesto de desesperación y se puso a contar el dinero.

—Toma, mujer, esto es para mañana. Compra según lo convenido.

Estaba sentada en un rincón y lo veía todo. No lloraba porque no tenía ya lágrimas. Pero Boris, sentado en otro rincón, lloraba amargamente.

Me volví y, sin quererlo, puse la mirada en nuestro viejo reloj que no marcha más que bajo el impulso de las pesas. El péndulo, tic tac, tic tac...

Le miré durante un buen rato y no lloraba. Pero cuando me acosté y metí la cabeza bajo las ropas, las lágrimas comenzaron a correr. Mojé toda la almohada.

28 DE MAYO

Hoy mamá marchó temprano al mercado para vender un vestido.

Mamá no tiene más que cuatro vestidos. Antes de partir colocó los cuatro sobre la mesa y estuvo un buen rato escogiendo. Movía la cabeza, suspiraba y se limpiaba las lágrimas. Escogió el vestido verde.

Salimos juntas: mamá iba al mercado, yo a Correos.

Por el camino la cabeza me daba vueltas.

30 DE MAYO

En Correos hago lo posible porque no vea nadie que tengo hambre. Estoy siempre riendo, bromeando, charlando. Pero hoy Marussia me miró de pronto y me dijo con aire singular:

—¿Por qué, Fenia, te has vuelto tan mala en estos últimos días?

Tuve miedo repentinamente, pero levanté los ojos y dije con aire indiferente.

—No soy mala. ¿Quién te lo ha dicho?

Pero todas contestaron a coro rápidamente:

—Es mala, es mala...

—Lo lleva escrito en la cara...

—Está enamorada...

—Dinos, Fenia, ¿de quién estás enamorada?

En mi pecho se encendió una gran cólera

contra ellas. Pasé revista a sus rostros curiosos y grité con voz estentórea:

—¡Dejadme en paz, dejadme en paz, por Dios!...

Tiré el portaplumas contra una de ellas y corrí al lavabo. Oí todavía unas voces que me perseguían:

—Mirad que monada...

—Es una imbécil...

—Mala...

No saben, Dios mío, que tengo hambre.

31 DE MAYO

Hoy no siento hambre.

Al llegar por la mañana a Correos veo una carta para mí. Mi corazón comienza a latir como un loco. Y además, es una letra desconocida... ¿De quién será? ¡Si fuese de Sergio Ivenef!

La abro nerviosamente y leo. Es verdad. Dios mío, es de él. Me pongo a llorar de alegría. Afortunadamente he llegado al trabajo un poco temprano. No ha venido todavía nadie y leo la carta una segunda, una tercera, una cuarta vez y lloro libremente. La releo hasta que llega Marussia.

Corro delante de ella blandiendo la carta.

—Marussia, lee, lee...

Miro con atención la cara de Marussia mientras lee. Sin duda va a asombrarse de que me quiera. ¿Me envidiará acaso? No, no. Es buena. No me envidiará.

Por la cara de Marussia pasa una sonrisa acariciante, pero sus ojos parecen mostrar un desencanto. Al fin me dice con lentitud:

—Te escribe como a una chiquilla...

Su voz es sincera, cordial, pero me siento herida y tengo mil réplicas dispuestas.

—No comprendes nada. Bueno, pero compréndelo. Acaso, después de todo... Una chiquilla, no me parece mal. Me gusta. Compréndelo.

—Pero no te enfades, Fenia. Lo comprendo perfectamente. Es un amor de juventud, un amor puro. En una palabra, un primer amor...

—Justamente, justamente, el primero...

—Todavía no he amado a nadie.

Marussia habla con voz triste y repentinamente me da lástima. Como si yo fuese rica y ella pobre. Todavía no ha amado a nadie. ¡Y yo que he amado ya varias veces!

—Ya amarás, Marussia, ya amarás. Mírame... Sin amor no puedo vivir... Me asombra que tú... No, no... ¡El amor es una gran felicidad!...

Cuando llegaron las demás, no pude con-

tenerme y enseñé la carta a Elena Ilinichna.

—¿Quiere usted leerla, Elena?

Cogió la carta con una malsana curiosidad. Mientras que leía sus labios se plegaban de más en más en una sonrisa despreciativa.

—¿Es verdad que le quiere tanto? ¿A usted, a una chiquilla?

Estuve a punto de enfadarme otra vez, pero oí a tiempo decir a Marussia:

—Va a hervir el agua del te.

¡Que tonta es Elena Ilinichna! Cree que no se me puede amar. Seguramente son celos.

1 DE JUNIO

Noticias espantosas: a partir de hoy disminución de la ración de pan.

Mi corazón dejó de latir cuando lo oí decir, después comenzó a latir muy fuerte y muy rápido.

A papá le han disminuído poco. Con su carnet cívico debe recibir en lugar de una libra, 500 gramos. Su media libra suplementaria sigue recibiéndola como antes. Pero mamá y yo no vamos a recibir sino media libra cada dos días. Y Boris cinco octavos de libra cada cuarenta y ocho horas.

¿Cómo vamos a vivir?

2 DE JUNIO

Nos hemos mudado de casa al fin.

Antes de la mudanza me oprimía un sentimiento penoso. Me parecía que nos íbamos a morir de hambre en el nuevo alojamiento.

Pero papá insistió con perseverancia y nos trasladamos.

Mamá tampoco quería marcharse. Pero ahora que se ha decidido todo, trabaja con entusiasmo y arregla su nido. Debe alegrarse mucho de que Antonina no esté con nosotros. Pero a mí todo me es penoso en la nueva casa. Las habitacines son pequeñas, bajas. Las ventanas estrechas y la vivienda sucia y obscura. Los papeles son grises, despintados, manchados con huellas de chinches aplastados.

Y estas paredes grises y despintadas sepultan mi alma en una gran tristeza.

3 DE JUNIO

La restricción del pan y el hecho de que a papá no le hayan disminuído su ración suplementaria nos ha unido más todavía contra él. Continuamos ocultando en el fondo de nuestras almas el odio, pero esto no importa mucho. Poco a poco, contra nuestros deseos, se lo dan a entender así miradas sombrías, gestos, movimientos involuntarios. Cada vez se aleja más de nosotros.

Incluso mamá se ha negado a dormir con él en la misma cama porque tiene piojos.

Pero bien sé que no es por los piojos... .

5 DE JUNIO

Vendimos ya la ropa de cama. Gracias a ello hemos podido comprar todos los días dos libras de patatas y una de remolacha o berza. Por la noche mamá hace cocer para todos una sopa de legumbres. Me pongo a la mesa con mucha hambre, pero como la sopa de mala manera. Todos los días sopa, sopa, sopa...

Nuestra vida ha vuelto a ser igual que la que llevábamos antes de la llegada de mamá. Vuelvo de Correos y me acuesto. Me acuesto hasta la hora de la sopa. La como y vuelvo a acostarme.

Con frecuencia, como antes, me paso buenos ratos delante del espejo, sin pensar en nada. No veo ni ojos ni nariz. Distingo algo pálido, arrugado, pero el pensamiento no recoge ninguna impresión.

Hoy he vuelto a mirarme. Y de pronto he visto claramente en el espejo a Boris. Se le ve acostado en el diván. Con la cabeza apoyada en la mano mirando al techo. ¡Qué delgado ! pálido está!... Me estremezco y siento miedo. Tengo miedo, sí, tengo miedo de volverme y verificar. Acaso es peor aún la realidad. ¡Qué espantoso está! Absolutamente inmóvil... Tam-

bién sus ojos están inmóviles. Luego, de pronto, me estremezco con más fuerza todavía: acabo de ver mi propio rostro... También pálido y con ojos hundidos. Me horrorizo. Sí, sí, estoy aterrada no por Boris, sino por mí misma. Comprendo, comprendo. Tengo miedo a morir de hambre. ¡Dios mío, soy también egoísta... como papá! No, no, también tengo compasión de Boris.

Sin mirar a Boris corro a la cama y hundo el rostro en la almohada.

7 DE JUNIO

Hace cuatro días que no dan pan en los almacenes. No tenemos más que la comida soviética, la miserable sopa. Mamá sigue alerta, pero cuando llega papá por la noche y dice: todavía nada, se debilita de un golpe y se pone triste.

De pronto he observado ayer tarde que Boris, sentado en un rincón, con la cara entre las manos, lloraba moviendo los hombros puntiagudos. Le eché una mirada... y continué indiferente. No tenía ganas de saltar de la cama.

Me volví contra la pared y me puse a temblar de miedo. Cerca, delante de mis ojos, se arrastraba un chinche delgado. Parecía una hoja de papel y no se movía apenas.

Es horrible, horrible que haya un chinche

delgado. El chinche me sugirió una idea. Quise matarle y no pude. Comencé a castañear los dientes. Miraba el chinche que apenas se movía y no podía comprender nada. Después, de pronto, dí un salto y me eché sobre Boris...

—¿Boris, querido Boris, por qué lloras?

Callaba.

—Dímelo pronto, Boris... ¿Quieres pan? Papá lo traerá hoy.

—No. No quiero. Papá recibe media libra de más en la fábrica...

Parece que el corazón se me rompe dentro del pecho. El techo se mueve y la habitación se llena de niebla, de niebla... Papá recibe media libra de más... También yo le odio por eso...

Me vuelvo y poco a poco torno en mí. Me acuesto con la cara vuelta hacia la pared y comprendo que el chinche se ha marchado ya.

8 DE JUNIO

Hoy, al fin, papá ha traído pan. Para cinco días de una vez.

Los carnets de mamá y Boris no valen más que para el almacén de la fábrica donde trabaja papá. Trae su ración separada ya de las de mamá y Boris. Envuelve la suya en un cacho de papel y la encierra en el armario.

10 DE JUNIO

Hoy hemos vendido un mantel. Continuamos

comiendo todos los días nuestra sopa. Sin ella seguramente habríamos muerto ya. Pero en Correos me esfuerzo por estar siempre alegre, riendo, charlando

12 DE JUNIO

Hoy hemos vendido otra cosa. Ya no sé qué. No me interesa. A veces caigo en la desesperación. ¡Si está tortura terminase pronto!... ¡Sería mejor morir de una vez! ¿Arrojándose al agua?... ¡Oh, no, no puedo! Vuelvo de Correos en tranvía por el puente de la Trinidad. El Neva brilla al sol. Desde la ventana se ven las olas pequeñas relucir a los rayos solares y correr hacia el golfo. El Neva es bonito, pero no quiero arrojarme a él, no puedo.

15 DE JUNIO

¡Dios mío, Dios mío! Han disminuído otra vez las raciones de pan. No recibiré ya más que un octavo de libra por día lo mismo que mamá; papá media libra, más su ración suplementaria. Lo odio, odio a mi propio padre por culpa de esa media libra suplementaria. ¿Cómo vamos a vivir? En Correos continúo, sin embargo, riendo y charlando constantemente. Yo misma estoy asombrada. Siento, bajo mi alegría, un vacío inmenso, ¡hambre! A veces oigo mis propias palabras como a tra-

vés de una niebla y no las comprendo. Dentro de mí experimento diversas impresiones fortísimas: ¿Cómo no traic... narme? No tienen necesidad de saber que tengo hambre.

Pero en casa doy libre salida a mi tristeza. Todo el resto del día permanezco tumbada, inmóvil, en la cama. Toda vida interior se ha extinguido en mí. Mi corazón está envuelto en perpetuas tinieblas. A veces hago un esfuerzo desesperado para pensar en Frenef. Su última carta era de Moscú. Me escribía que pronto tendría que marchar al frente. Después, no he recibido ninguna otra.

Pero ni el pensar en Frenef me excita. No siento más que un dolor reconcentrado en el corazón.

En mí, en mamá y en Boris crece el odio contra papá. Ahora... le engañamos. Su propia hija le engaña en unión de su mujer para robarle una patata diaria. ¡A lo que hemos llegado, Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! Y lo más terrible es que me doy cuenta de que es una cosa vergonzosa no instintivamente sino tras largo razonamiento. En mi corazón no hay más que un odio creciente contra mi padre.

A mi regreso de Correos, mientras que me desnudo, Boris me hace darme prisa. De inr-

paciente que está no hace más que moverse. Sus hombros delgados, puntiagudos, se agitan frenéticamente. Tiene ya cara de viejo. Murmura sin parar:

—Bueno, Fenia, más rápida, más rápida...

Esto significa que mamá ha vendido algo y que se ha guardado parte del dinero, con lo cual ha comprado dos libras de patatas y una libra de remolacha y las ha preparado exclusivamente para nosotros.
remos de prisa, como unos ladrones, con ros-

Rápida, rápida... Papá va a llegar... Cometros malhumorados, aterrados ante cualquier ruído. No nos importa que papá no coma; recibe media libra de más... Tan solo Boris tiembla cada vez más...

Cuando hicimos esto por vez primera, en el fondo de todos nosotros alentaba un poco de vergüenza. Está mal, es malo, es deshonroso. ¿No tiene hambre también papá? ¡Y cómo sufre! Lo ve todo, lo comprende todo. Sí, pero recibe media libra de más, ¡media libra!...

Hemos acabado ya de comer. ¡Qué poco es! Necesitaríamos más, mucho más. Una montaña entera de comestibles. ¡Que pudiésemos comer hasta hartarnos!

La segunda, la tercera vez comimos sin el menor remordimiento. Tan solo un instante

pasó por mi mente un pensamiento desagradable:

—¡Nos vamos convirtiendo en animales!

Sí, pero papá recibe media libra de más...

17 DE JUNIO

Se debilita mi memoria. En casa ya no me acuerdo de lo que me ha ocurrido en Correos y en Correos no puedo recordar lo que me ha pasado en casa. La oficina de Correos es una mancha obscura y enorme, y la casa otra mancha enorme y obscura; y las dos manchas se confunden...

Hoy, en el tranvía, volviendo de Correos, me esforcé por recordar qué cosa buena me esperaba en casa. Agucé, aguce mis pensamientos y de pronto recordé:

—¡Ah, sí, mamá quería vender algo hoy! Por tanto, tendremos nuestra patata. Vamos a comer.

Papá parece darse cuenta de que le robamos y controla a mamá cada vez con mayor cuidado. ¡Mamá miente soberbiamente, pero a mí me aterra que llegue a adivinar la verdad! Si lo averigua, ya no podremos comer patatas suplementarias.

¡Con tal de que no lo averigüe, Dios mío!

18 DE JUNIO

En torno a nuestra casa, como en todas las

de "Campo Nuevo" corre un balcón. Hoy, al volver a casa, observé en el balcón una gorra de uniforme. Me pareció conocida, pero no pude hacer un esfuerzo para recordar a quién pertenecía.

En casa se han dado cuenta de mi llegada. Boris baja corriendo la escalera y me grita:

—¡Fenia, Fenia, Sergio ha llegado y trae harina!

En lugar de contestarle le agarro por los hombros y le grito malhumorada:

—¿Por qué quieres engañarme, por qué?

—Pero, Fenia, te juro que es verdad...

Grito nuevamente, pero ya es otro grito muy diferente. Echando a un lado a Boris me precipito en la habitación. ¡Es verdad, es verdad! Sergio está sentado a la mesa y sonríe amarga y dulcemente al verme:

—Sergio:

Me arrojo a su cuello. Le beso nerviosamente y comienzo a llorar. El me mira y me dice tiernamente:

—Bueno, llora, llora... Los tiempos son malos para todos.

Mamá me mira y ríe. Boris también. Las caras de todos exhalan satisfacción. Mis lágrimas son lágrimas de alegría.

Sergio ha estado dos días en casa. La ha-

bían enviado no sé a dónde en comisión y se ha detenido dos días en nuestra casa. Ha traído un poco de harina: nada más que q[illegible] libras en total. Pero no importa. Como siempre, su llegada me exaltó. Le hablé largamente de todo, de Correos, de Marussia, de Fre[illegible] Durante dos días me interesé por todo y viví una verdadera vida.

21 DE JUNIO

Sergio partió ayer.

Todo volvió de un golpe a la antigua normalidad. En los días que estuvo con nosotros nos comimos toda la harina. En mi memoria estos dos días habían transcurrido como un film cinematográfico y después todo se había nuevamente apagado.

Volvemos a la sopa, a la patata robada a papá. Retorno completo a lo de antes.

23 DE JUNIO

Dan el pan con largos intervalos. Con frecuencia pasan tres o cuatro días sin repartir pan. Y tenemos que vender, que venderlo todo. Mamá dice que pronto no habrá ya nada que vender.

¿Cómo vamos a vivir?

25 DE JUNIO

Para llegar a Correos necesito hora y media de camino y otro tanto para volver.

Hay que contar en ese tiempo, veinte minutos de tranvía. Me arrastro paso a paso, con desesperante lentitud de mi casa a la parada del tranvía, y a continuación desde el puente Mikhailovski hasta la oficina de Correos. Llego cansada, deshecha. Y tengo que reir, charlar, bromear, si no creerán que estoy hambrienta.

Cuanto más tiempo pasa más difícil me es continuar fingiendo. ¡Si supiesen! ¡Qué tortura responder a sus bromas tontas, crueles, con otras bromas tan idiotas! Me duele el pecho. Tengo la cabeza vacía. Y el estómago también.

Pero hoy no he podido contenerme. El hambre me ha destrozado.

Llegué muy cansada. No podía siquiera dar los buenos días. Me senté en mi mesa y de pronto noté que no podía sostenerme. Oculté la cabeza entre ias manos y caí sobre la mesa.

Repentinamente sentí débilmente posados en mi nuca y en mi espalda, miradas curiosas, asombradas. Esperan. Seguramente creen que voy a representar alguna farsa. ¡Pueden creerlo, me tiene sin cuidado!

Una apatía y un cansancio infinito se apoderan de mí. Me tiene todo sin cuidado. ¿Qué? ¿Una voz?

—¿Fenia, qué te pasa imbécil? Hay que trabajar.

La voz interrumpe secamente mi apatía viene de lejos. La oigo como en un sueño. Y como en un sueño siento que levanto la cabeza y comienzo a moverla. Y unas palabras raras:

—¡Pan, pan, pan, pan!...

—No hagas el tonto, Fenia.

—¡Dadme pan, aunque no sea más que un cachito!...

Alguien me toca el hombro con la mano. Veo, confusamente, los cabellos de oro de la directora:

—Basta. Hay que trabajar.

Comprendo, conscientemente, que es preciso trabajar. Y en mí, muy profundamente, se agita una gran vergüenza por no haberme podido contener; pero sigo moviendo la cabeza. Mis ojos no se separan de los cabellos de oro.

—¡Dadme pan, pan, aunque no sea más que un cachito!...

Hace un gesto con la mano y quedo sentada con los ojos abiertos. Miro fijamente no sé qué.

—¡Dadme pan, un pedacito!

Después veo confusamente que Marusia sale. No sé cuando volvió, pero delante de mí encontré un pedazo de pan.

—¡Come, Fenia!

Oigo estas palabras e intento recordar. Quiero y no puedo. Miro el pan sin verlo.

Muerdo el pan y de pronto lo comprendo todo. Como moscas a un panal de miel, acude a mis mejillas el rojo cálido de la vergüenza. Doy un salto como si me hubiesen picado. Miro con terror a Marussia, pero el pan continúa fuertemente aferrado a mis manos.

—Come, come, no te importe, come.

Sus ojos están también asustados y me miran acariciantes. Y continúa murmurando con voz apenas perceptible:

—¡No te importe, no te importe, come!...

Siento que las lágrimas corren por mis mejillas. ¡A lo que he llegado, Dios mío, Dios mío! ¡He pedido un cacho de pan, lo mismo que un mendigo!

Pero vuelvo a oir la voz todavía irritada de Elena Ilinichna:

—¡Comedianta!

Ignoro por qué no me hieren estas palabras y el reproche que encierran. Pero me estremezco oyendo la voz severa de Marussia que replica:

—¡No se puede fingir de esa manera!

No me atreví a levantar la cabeza en todo el día, y volví a casa con el convencimiento de

que en mi espíritu se habían borrado todas las cosas.

Sólo quedaba el hambre, ¡el hambre! ¡¡el hambre!!...

27 DE JUNIO

Interrupciones de pan.

Hace cuatro días que no recibimos nuestra miserable ración.

28 DE JUNIO

Tampoco hoy ha traído papá pan.

29 DE JUNIO

Hoy tampoco. Pero papá recibe su media libra.

30 DE JUNIO

Hace siete días que no se distribuye pan. No comemos más que la sopa, la sopa y lo que le robamos a papá. Papá recibe con regularidad su media libra suplementaria; ¿pero nosotros, nosotros?...

Hoy apenas si he podido arrastrarme desde Correos hasta la parada del tranvía. En cuanto llegué a casa me metí en la cama. Y siento dentro de mí un enorme vacío gris. Pero en lo más profundo de este vacío late la esperanza de que hoy, hoy mismo, papá traerá todo lo que no ha traído en estos días.

Llaman.

Me levanto vacilante. ¿No ha traído nada? ¿No ha traído nada? Y de pronto quedo inmóvil, aterrada, oyendo la voz llorosa, aguda, de mamá, una voz plena del dolor del hambre:

—No ha traído nada aún. ¡Para qué sirve entonces ese almacén diabólico! ¡Vamos a morirnos todos de hambre!

Después oigo la voz de papá, irritada, tormentosa:

—¿Por qué me gritas a mí? ¡Tengo yo la culpa? También yo estoy hambriento. No tengo más que mi media libra...

Y repentinamente, en la voz espantable de mamá, el dolor y la desesperación infinitos, se truecan en un odio bestial:

—¡Tú, al menos, tienes tu media libra! ¡Media libra, media libra, pero nosotros, no tenemos nada!

La oigo pronunciar con una claridad feroz estas palabras: "media libra". Me siento azotada por un odio ciego, irrazonable. Corro, débil, vacilante, hacia la puerta y grito como una loca ante la cara asustada, aterrada, de papá:

—¡Media libra, media libra, media libra! ¡Y habla todavía! ¡Come media libra de más!... ¡Y hace ocho días que nosotros no comemos nada, nada, nada!...

Es como si quisiera vengar en él cuanto odio ha acumulado en mí el hambre. Las palabras salen feroces, crueles. Siento que en mis ojos arde un odio espantoso. Pero mamá continúa, de pronto, con un furor insensato:

—¡Media libra, media libra... y todavía hablas! ¡Hace ocho días que no comemos nada, nada, nada!...

La cara de mamá es tan aterradora que me da miedo. ¿Qué es esto? Malo, malo. Pero padre no dice nada. Tiene razón papá, sin embargo. Pero esto me lo dice la razón, no el sentimiento. ¡No tengo ninguna compasión de él!

Papá está ante nosotros y nos mira como una bestia herida. Un dolor tierno se pinta en sus ojos hundidos. Unos gestos nerviosos desfiguran su cara delgada y amarillenta. Unas llamaradas coléricas brillan un momento en sus ojos, pero se apagan en seguida. No queda en su cara otro gesto que el de un gran sufrimiento.

Mira en torno suyo. Lo examina todo con la mirada dolorosa de una bestia perseguida; nos mira a su mujer y a su hija, y, de pronto, haciendo un gesto raro con la mano, se sienta y deja caer la cabeza entre las manos...

Mamá le mira un momento, después se mar-

cha a la cocina a preparar nuestra miserable sopa.

¡Cómo le odio, cómo le odio por culpa de esa maldita media libra!

1 DE JULIO

Papá no ha traído pan tampoco hoy. Se repitió la escena de ayer.

2 DE JULIO

Hoy no ha habido tampoco pan.

3 DE JULIO

Todavía no.

4 DE JULIO

Hoy ha dicho papá que mañana habrá pan. El recibe todos los días su media libra suplementaria.

Come parte en la fábrica misma y el resto lo trae a casa.

Pero no lo reparte con nadie y se lo come con la sopa.

5 DE JULIO

No es verdad... Hoy no ha traído pan tampoco.

No nos arrojamos furiosamente sobre él, le preguntamos solamente con los ojos, en silencio. Nos respondió, sin decir palabra, con una mirada tierna, dolorosa, elocuente: "No". Y algo semejante a reconocimiento pasa por su

mirada porque no le atormentamos. No sabe que ya no nos quedan fuerzas para hacerlo.

Nos sentamos a la mesa para comer nuestra sopa. Como siempre, papá saca del bolsillo un cachito de pan. Es el resto de la desgraciada media libra.

Me asombro de verle comer pacientemente y no todo de un golpe. ¡Es un gran egoísta! Egoísta incluso para sí mismo.

Corta el pedacito en rajas muy delgadas. Después las echa sal. Antes no comía nunca nada tan salado. Es para beber después más te. El te llena el estómago.

Corta el pan, lo echa sal y lo coloca delante de él. Pero Boris no se puede contener y dirige a los pedazos miradas hambrientas.

¡Pobre chiquillo! Tiene todavía fuerza para mirar. Es, piensa, la media libra de papá. Es inútil pedir. Pero no puede contener las lágrimas. Comienza a llorar.

De pronto papá, sin decir palabra, deja un cachito delante de Boris.

Tras dejarlo rehuye nuestras miradas. Mira fijamente las otras rajas de pan y aplasta cuidadosamente la sal con un dedo. Después, con un esfuerzo, mastica. ¡Pero cómo le tiemblan los bigotes!... Los pelos del bigote están pegados, mojados. Qué raro se le ha puesto el bi-

gote! Y los labios blancos, la cara pálida, seca, llena de arrugas. ¡Pero las sienes, las sienes! ¿Dónde está el pelo tan bonito que tenía antes papá? ¿Y sus manos? Me da miedo mirarlas... ¿Y los ojos? ¡Dios mío, Dios mío, pobre papá!...

¡Qué lástima le tengo al pobre papá! Acaba de dar un pedacito de pan a Boris. Es bueno. Pero no tiene nada.

Boris, sin mirar el trocito, coge el pan y entorna débilmente los ojos llenos de lágrimas. Mamá dice con voz temblorosa:

—Bueno, Boris, no llores más. Papá acaba de darte pan.

Todos callamos. Algo invisible y bueno nos empuja hacia papá...

6 DE JULIO

Todavía no han venido Dmitri y Antonina a vernos en nuestra nueva casa.

Cuando me encuentro con Dmitri en Correos, no me mira siquiera. No vendrá nunca a saludarme el primero. Jamás se interesará por nuestros sufrimientos. Sé, sin embargo, que viven bien. Casi todos los días comen carne. Es doloroso y triste ver cómo se portan. Pueden, no ayudarnos, pero podían mostrarnos, al menos, un poco de simpatía.

Los encuentros con Antonina son todavía

más crueles. Es una extraña. Y además, e mala. Sabe perfectamente que estamos pasando mucha hambre, y en cuanto me ve comienza a hablarme de lo bien que comen. Enumera todo lo que han comido durante la semana. Se jacta de tener nuevos trajes, nuevos zapatos y me pregunta cuándo me compraré otras botas, puesto que las que llevo están estropeadas.

Siento un deseo irresistible de liarme a golpes con ella. De darle, de pronto, un puñetazo en la nariz. Pero me contento con apretar en silencio los dientes.

De vez en cuando, cuando me pregunta cómo marchamos, le respondo con aire satisfecho:

—Vamos bien. Vania ha enviado un paquete.

¡Y que vivan tales personas!

9 DE JULIO

Experimento un extraño sentimiento de ligereza física.

Me ocurre corrientemente por la mañana. Cuando no empieza a darme vueltas al mismo tiempo la cabeza, es una cosa hasta agradable. No tengo que hacer un esfuerzo para mover las piernas. Camino por la calle y no me doy cuenta de que ando sobre piedras puntiagu-

das. Me parece que marcho por un camino llano o que vuelo. Se me ensancha el pecho y el corazón me parece inmenso, inmenso y ligero como un balón.

Lo más agradable es que puedo experimentar todo esto cuando quiero. No tengo más que cerrar los ojos y respirar profundamente tres o cuatro veces. Entonces puedo no pensar en nada.

Pero a veces la cabeza comienza a darme vueltas y tengo que sentarme en seguida. Una vez intenté acostarme, pero me pareció que la cama se agitaba y me dolió el pecho.

11 DE JULIO

Alejandro viene a vernos cada vez más a menudo. Tímido, delgado, pálido y con ojos de hambriento. Tiene hambre y viene a buscarnos para ver si puede comer algo.

Mamá no le echa nunca y le da lo que puede. Pero tan solo mamá. Papá le mira de lado con aire sombrío cuando come la sopa. Pero Alejandro es en aquellos instantes infinitamente feliz.

Yo me he vuelto más avara, peor que papá. Veo perfectamente que papá va de mal en peor y continúo odiándole. Está dispuesto a dejar perecer de hambre a su propio hijo. ¡Egoísta, egoísta!...

Pero continúo tratando a Alejandro tan mal o peor que papá. Tengo compasión de él, pero me da una rabia inmensa verle comer un poco de nuestra miserable sopa. No me atrevo a mirarle y tengo los ojos fijos en el plato, pero casi mentalmente susurro constantemente:

—¡Cómo es, Dios mío, Dios mío! ¡No tenemos nada que comer y todavía viene!

No me atrevo a concluir porque sé que es algo muy doloroso para Alejandro. Hace como que no oye, ve ni comprende. Pero siento que arde de dolor, de vergüenza, de despecho. Le tiembla la cuchara en la mano. Pero el hambre es más fuerte. Come rápido, asustado, miserablemente.

En los últimos tiempos Alejandro comenzó a venir a vernos casi todos los días. Se ve que se muere de hambre. Lo comprendo, pero no puedo contenerme y... no le saludo. Le trato cada vez peor.

Ayer llegó tímido y asustado como siempre. Me tendió tímidamente la mano. Pasé por su lado como si no lo hubiera visto.

Pero hoy, hoy, le diré claramente que esto no puede continuar. Debiera darle vergüenza comernos nuestra comida de hambrientos. Nos estamos muriendo lentamente.

Ha llegado.

Sin atreverme a levantar los ojos paso por delante de él, entro en la cocina donde está mamá y grito indignada:

—¡Otra vez, otra vez ha venido!

Mamá nota, naturalmente, nuestro descontento cada vez que viene Alejandro y sufre por nosotros y por él. Cuando papá y yo gruñimos mamá se calla como una culpable y no se atreve a contestar. Pero esta vez no se puede contener y replica conservando, sin embargo, su aire de culpabilidad:

—¡No grites más, Señor! ¿Dónde irá, si no?

—No, no, es imposible. Si le dejamos vendrá todos los días.

—¡Pero, por Dios, cállate, mujer!

—¡No quiero callarme, no quiero!

Alejandro aparece de pronto en la puerta Tiene tal aire de sufrimiento que me callo inmediatamente. ¡Me mira; me hace daño su mirada!

No digo una sola palabra y me marcho al comedor.

A pesar de todo Alejandro se sienta a la mesa.

13 DE JULIO

Hoy, al despertarme, ví de pronto pasar ante mis ojos manchas rojas, azules, verdes.

Aterrada grité:

—¡Oh, mamá, mamá, tengo los ojos malos... veo manchas rojas, verdes, azules!...

Cerré los ojos y continué viendo las manchas. Los abrí y las manchas palidecieron.

Pero mamá me tranquilizó:

—Es porque en la oficina trabajas con luz artificial.

Era verdad. Las manchas desaparecieron pronto. Pero durante todo el día me dolió la cabeza, más fuerte que nunca.

15 DE JULIO

He cobrado mi mes.

Ordinariamente este día se presenta en las oficinas de Correos e incluso en nuestro despacho una cantidad enorme de vendedores de galletas y de pastas. Saben perfectamente que nunca nos vemos hartas y que todas vamos a comprar alguna pasta o galleta. Pero yo no he comprado nunca nada. Hoy no quiero comprar nada tampoco.

—¿Por qué, Fenia, no compras nada?

Pero ¿cómo comprar? Tendría que robar a mamá y a Boris. También ellos tienen hambre. Sin embargo, tengo un hambre terrible. ¡Ah, esas ladronas han venido aquí con sus pastas a incitarnos! Vienen solo por atormentarnos.

Tengo un miedo espantoso a que mi cara me traicione:

—¡Oh!, no. Tengo por principio no comprar galletas a las vendedoras callejeras.

—¿Por qué?

—Porque es antihigiénico. ¡Sabe Dios por qué manos pasarán!

Hago un gesto despreciativo. Me resulta fácil. Unicamente el gesto es un poco, un poco de hambrienta... No importa, en la oficina no lo comprenderán; si acaso Marussia únicamente. Pero Marussia sabe ser delicada.

Para volver, sin embargo, hay que cruzar por entre una nube de vendedoras. Las galletas son grandes, apetitosas. No puedo, no puedo. ¡Qué hambre tengo! Y además, ¿si compro una qué? Una sola: en casa no lo sabrán. Diré que me han descontado para el sindicato... Una, una sola. Aquella grande...

Un paso, después me detengo. Una galleta singularmente grande me hiere los ojos. Mi mano tiembla febrilmente y resbala en el bolsillo... Con un gran esfuerzo doy un paso hacia adelante. Me veo ante la vendedora de la galleta grande. Después veo otra galleta más grande todavía. ¡Qué hambre tengo!

Voy a comprar...

Me detengo y en seguida encuentro con la

mirada la mayor de todas. Ya estoy dando el dinero cuando de pronto recuerdo:

—¿Y mamá? ¿Y Boris? ¿Qué voy a decirles? Están hambrientos también... ¿Dios mío, voy a parecerme a papá?

Guardo rápidamente el dinero y paso. La vendedora, estupefacta, me grita:

—¿No lo quiere, señorita, señorita? Tenga... son muy buenas estas galletas... no las encontrará usted mejores...

Pronto, pronto, a casa.

17 DE JULIO

Me he adentrado profundamente en la monótona vida que llevamos. Nada puede asustarme ya. Lo que me ocurrirá en el futuro me tiene sin cuidado. Seguramente moriremos pronto.

Ayer he vuelto a ver en la pared un chinche delgado. No temblé como hace algunas semanas. Lo tiré tranquilamente al suelo y lo aplasté.

—Esto es lo que nos sucederá a nosotros... ¿Y qué? ¿Qué más da?

19 DE JULIO

Estoy infinitamente cansada por haber viajado en un tranvía lleno. He tenido que ir de pie.

A mi lado se había colocado un hombre

gordo, barrigudo. En seguida su cara lustrosa, su pelo repugnante, su barba sucia, me fueron profundamente desagradables. Sobre todo sus ojos demasiado dulces. Era de esos hombres que desnudan con la mirada a todas las mujeres. Le miré con rabia. ¡Qué gordo está! Tiene una gran panza. Ha debido comer bien. Su mujer estará en casa y seguramente será delgada como un pez. Y este hombre gordo huele horriblemente a sudor.

Miro y de repente el rostro del hombre se me enturbia... ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Dos narices y tres ojos? Y esos ojos se han hundido, agrandado y me miran como a través de una espesa niebla.

Sacudo la cabeza para ahuyentar este fantasma, pero el hombre tiene ya cuatro ojos, y los dos del medio se reúnen formando uno sólo oblongo... ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

Me aterro y me marcho al otro lado de la plataforma. El hombre, descontento, me sigue con la mirada.

21 DE JULIO

Observo nuevamente que a menudo siento un gran odio por personas desconocidas. Y lo que sucede en mi alma se lee fácilmente en mi cara. Se ve inmediatamente mi odio. Me quedo estupefacta cuando en mi rostro aparece una

expresión de asombro y odio. Quien me mira se encoge de hombros, mira sin comprender y pasa rápidamente.

¿Qué es lo que me sucede?

23 DE JULIO

Esta mañana, cuando marché al trabajo, mamá me dijo con tono acariciante:

—¡Pobre Fenia, ya no eres ni tu sombra!

Corrí en seguida al espejo. Una cara blanca, descolorida. Pero poco delgada. Unicamente las venas de las sienes resaltan un poco.

Después el espejo pareció cubrirse de niebla y tuve una gran piedad de mí misma. ¡Pobre de mí, pobre de mí, pobre de mí!... ¡Es seguro que voy a morir pronto, Dios mío!...

Lloré mientras andaba hasta llegar a la parada del tranvía. Y durante todo el viaje seguí llorando.

25 DE JULIO

En los últimos tiempos me despierto a menudo por la noche y lloro. A veces, cuando me despierto, tengo los ojos llenos de lágrimas.

En tales momentos, sin saber por qué, todos los menudos incidentes de nuestra horrorosa vida, reviven en mi memoria. Pasamos nuestra vida arrastrándonos día tras día. Papá, mamá, Boris y yo estamos cada día más pálidos y delgados. Los miro y me miro como de lado.

Nos comparo tal como éramos hace un mes y como somos ahora. Y un terror inmenso se apodera de mí. Muerdo nerviosamente la almohada y trato de dormirme. Pero el sueño no llega. La habitación está obscura. Oigo suspirar dormido a papá. Boris gime débilmente, mamá gruñe...

Después llega la aurora, después el día. Hay que levantarse e ir a trabajar. Ya he visto a través de los párpados entornados, levantarse a papá. ¡Qué horrible está en camisa!

Una camisa blanca y una cara más blanca aún. Los ojos se le han hundido profundamente y están completamente apagados... Están muertos. Papá se desabrocha la camisa, se la quita y comienza a buscar piojos. ¡Es un esqueleto, Dios mío! Unos brazos asombrosamente blancos, redondos, sin músculos, delgados, delgados. Unidas a ellos están las manos sucias, anchas como palas. ¡Qué delgado está! ¡Si pudiera cerrar los ojos! ¡No verlo!

Pero no puedo cerrar los ojos. Miro fijamente y no me atrevo a hacer el menor movimiento.

Ya marchó. Ahora es mamá quien anda por las habitaciones dormidas, silenciosas; está preparando el te de la mañana. ¿Para qué? De

todas las maneras no hay pan. ¿Vamos a beberlo sin nada?

Después se extiende el día y, al fin, llega la noche. La noche es el momento más espantoso. La habitación está en silencio. Papá, mamá, Boris y yo estamos acostados. Nos da miedo apagar la luz. La bombilla luce en el techo con toda su fuerza. Sé que todos, desde la cama, estamos mirando esta ampolla de luz y pensando que morimos lentamente. A veces, en medio del silencio y la luz, se oye un sollozo débil, disimulado, de Boris. Nadie le consuela. Nadie tiene fuerzas para consolarle.

Si se corta la corriente, la escena es más terrible todavía; quedamos a obscuras. Es terrible porque sé que cada uno está acostado en su rincón, sin dormir. Porque sé que todos morimos lentamente. Y nadie se ocupa de los demás.

Después tengo la esperanza de que todos, al fin, se han dormido. Pero de pronto resuena en el silencio la voz dolorosa de papá:

—¿Habrá todavía algo que poder vender?

Mamá no responde rápidamente. Pasa un minuto, otro. El silencio y la obscuridad se extienden sobre la habitación, y al cabo de un rato la voz de mamá dice:

—¿Pero qué? ¡Ya no queda nada!

Nuevamente pasa un minuto, dos, tres y un suspiro desesperado de papá resuena lúgubremente:

—¡Oh, Dios mío!

Tan solo a la hora de la comida, cuando ingerimos nuestra miserable sopa, revivimos un poco. Todos hablamos del temor y el peligro común. Pronto no podremos comer ni siquiera la sopa. Habrá... pues, que morir. ¡No importa!

27 DE JULIO

¿Qué significa esto?

Hoy papá ha vuelto con cara alegre y sin quitarse el abrigo se ha parado en medio de la habitación y ha sacado un periódico del bolsillo:

—¡Bueno, alegraos!

Mamá pregunta con voz agotada:

—¿Por qué?

Y yo pregunto también:

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Alegraos! Los obreros tienen derecho a importar libremente. Tú, la madre, vas a marcharte al campo a traernos pan.

¡Pan, vamos a tener pan! ¡Oh, Dios mío! En nuestra casa, en el campo, hay todavía cuatro puds de harina... ¿Pero cómo podrá marchar mamá? Está más pálida, más débil

que ninguno. No llegará. Se caerá en el vagón. Debe ir papá.

Pero mamá se santigua alegremente:

—¡Gracias, Señor!

Papá lee en voz alta el decreto publicado en el periódico.

Le escuchamos ávidamente. Papá insiste en que debe ir mamá, y yo le miro a la cara y pienso:

—¡Egoísta, egoísta, egoísta! Una vez más, egoísta. Mamá está más débil que él. Puede caerse en el vagón y morir.

29 DE JULIO

Mamá marchó ayer durante mi ausencia, mientras que me encontraba en Correos. No esperaba que su partida fuese tan rápida.

Llego como siempre después de las seis y veo en seguida que en sasa reina el mayor desorden. En la mesa hay tres galletas, extraordinariamente grandes.

—¿Cómo es esto, Boris?

—Se ha ido mamá...

Parpadea y le tiemblan los labios. Va a llorar. Le da miedo quedarse con papá.

Todo esto se lee claramente en su cara. Pero no en vano se aprieta contra mí como buscando una protección contra papá. ¡Pobre,

pobre pequeño! Huérfano. No... no permitiré que papá—¡egoísta!—le toque...

Por la noche llegó el egoísta, trayendo veinte kilos de patatas. Las puso sobre la mesa y las repartió cuidadosamente en diez partes iguales... Hizo esta operación con gran cuidado. Dos veces contó las patatas de cada montón y sacó el total. Levantó los ojos hacia mí y dijo con tono amenazante:

—Ten cuidado, arréglatelas para que haya para diez días.

Pone aparte un montón. Es el montón preparado para mañana. Los demás los guarda. Mi mirada es desconfiada, mala. No lo observa. Después de contarlo todo otra vez, dice amablemente:

—Bueno, mamá se ha ido, tenemos que vivir solos.

De pronto observa mi mirada huraña. Se extingue repentinamente en sus ojos y en su voz la amabilidad. Un gesto de sufrimiento pasa por su cara amarillo-pálida, arrugada como un pingajo. Se levanta despacio y se marcha a la otra habitación. Boris le acompaña con una mirada de susto. Se aprieta más fuerte contra mí. Le beso y lloro, acompañando la marcha de papá con una mirada huraña, desconfiada.

9

31 DE JULIO

Vivimos ahora de una manera rara. Papá, para sí; nosotros, para nosotros. Nada nos une. Mucho, por el contrario, nos separa. Somos completamente extraños...

Me estremezco y tiemblo por mamá. Mamá se ha caído, seguramente, en el vagón y la llevan al hospital. Acaso está muriéndose en este momento.

Boris está muy inquieto. Cada hora, cada minuto vigila la expresión de mi cara. Si estoy tranquila, está tranquilo; si lloro, llora también. Esta mañana me preguntó de pronto:

—¿Y si mamá hubiese muerto, Fenia?

Y me miró con ojos aterradores.

Aquella pregunta y su terror me hicieron estremecer. Con un gran esfuerzo pude calmarme y le respondí tranquilamente:

—No digas tonterías, seguramente no tardará mucho en volver.

Pero por la noche tuve el mismo presentimiento negro. Todo el día había estado pensando en mamá y por la noche, de pronto, comencé a llorar como una loca. Boris se acercó, me abrazó y dijo:

—No llores, Fenia. Sé por qué lloras. Temes que haya muerto mamá.

—No, Boris, no es por eso. Es porque tengo hambre.

Pero Boris repitió lenta, insistentemente, abrazándome más fuerte cada vez:

—No, no, sé la verdad. Temes que mamá haya muerto. No llores, ya sé lo que hemos de hacer.

Le besé a través de mis lágrimas y le pregunté:

—¿Qué haremos, Boris, qué?

—No hay que llorar, Fenia. Nosotros moriremos pronto también.

¡Es verdaderamente una solución!... ¿Cómo no había pensado antes en ella? Si mamá muere, nos morimos nosotros y todo se soluciona.

Con alegría le digo:

—¡Es verdad, es verdad, querido Boris! Pero hay que inventar cómo morir.

—Ya he pensado en ello. ¡Nos tiraremos juntos al Neva! Está muy cerca. Pero juntos.

—¿Y papá?

—Papá vivirá seguramente.

El tono de Boris es serio. Sus ojos de niño miran tranquilamente. Hace largo tiempo que lo ha pensado todo. ¡Es un as! No es como yo que no hago más que llorar.

Después, repentinamente, pienso en Sergio,

en Vania, en Alejandro. ¿Y ellos, qué van a hacer?... Boris debe saberlo.

Le pregunto tímidamente:

—¿Y Sergio, Vania y Alejandro?

Boris responde con seguridad. Veo que piensa en todo.

—Vivirán. Será algo penoso para ellos, pero son mayores y nosotros pequeños. Pueden vivir sin nosotros. Vania llorará seguramente, pero Sergio lo comprenderá todo. Es muy inteligente.

¡Qué bien habla! Sí, sí, escribiré a Sergio y no se enfadará. No debe enfadarse. Lo comprenderá todo...

1 DE AGOSTO

Cada vez tengo más miedo por Boris. Tengo un miedo mortal a que papá le deje morir de hambre. Pero que lo intente solamente y yo... yo...

A veces me ataca sin razón un odio enorme contra Boris. Comienzo a chillarle y le golpeo. Boris no protesta siquiera. Parpadea rápidamente y comienza a temblarle el labio inferior.

Y de pronto me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Le abrazo y lloro.

—Boris, querido Boris, perdóname, perdona...

Me abraza, se echa a llorar y responde:

—No me enfado, Fenia. Sé... que tienes hambre y que mamá se ha ido.

Como ahora Boris no come nada casi hasta por la noche, papá le da todos los días 50 kopeks. Boris va al café soviético más cercano donde toma un poco de agua caliente y teñida. Le dan, además, un caramelo.

Pero hoy, al volver de la oficina, me dí cuenta de que Boris no estaba como de costumbre. Parecía mucho más cansado y tenía los labios más secos.

Le pregunté:

—¿Qué te pasa?

Bajó los ojos y me contestó con lágrimas en la voz:

—No... no he tomado el te hoy.

Repentinamente mi desconfianza contra papá aumentó. Tenía un mal presentimiento.

—¿Por qué?

—Pa... pá... dice que no me dará más dinero. Me ha dicho que no tomo el te, que me gasto el dinero en comprar caramelos. Dice que es un gasto inútil y que puedo esperarme sin comer nada hasta que todos volváis...

Oí sus sollozos y no me atrevía a dar crédito a mis oídos. No sentí odio contra papá, sino un furor inmenso, espantoso. ¡Qué horror! ¡Cómo ha podido atreverse a negar 50 kopeks a

su hijo para que tome el te! ¡Es un monstruo, un verdadero monstruo! ¡Le destrozaré con mis propias manos! ¡Pegaré a mi propio padre! Le arañaré en el cuello, en los ojos, en todo el cuerpo!...

—Boris, querido Boris, no llores. Yo le hablaré. Ya le diré... ¡Qué demonio! No le permitiré, no le permitiré...

Esperándolo paseo por la habitación durante casi dos horas. No puedo contenerme más. ¡Qué venga pronto!

Llaman.

No había tenido aún tiempo de quitarse el sombrero cuando comencé a escupirle en la cara con un odio inextinguible:

—¿Por qué... por qué, no le ha dejado nada para el te?

Vaciló. Se asustó un poco. Después volvió a ser dueño de sí mismo. Miró de lado por sobre sus lentes y dijo con aire gruñón:

—Porque es inútil... De todas las maneras no toma el te. No necesita más que un caramelo... No se morirá. Bien puede esperarme.

—Estoy... estoy asombrada... ¿No le da vergüenza... no le da vergüenza? ¡Sería usted capaz de alegrarse si nos muriésemos en seguida!... ¡Sí, sí, sí!...

Papá continuó absorto. Luego fijó sus ojos

inmóviles en mí, comenzaron a temblarle los labios y se acentuaron las arrugas de su frente, signo de tormenta próxima. Dió un puñetazo en la mesa y replicó:

—¿Pero cómo te atreves a hablarme en ese tono? ¡Te lo prohibo! ¡Cállate!

Estuve callada un momento, pero no tuve miedo. Me agaché como si estuviese dispuesta a saltar sobre él Después, de pronto, me sentí agitada por un acceso de furor terrible. Y grité como una loca y todavía más fuerte que él.

—Bueno, pues sí, me atrevo a hablarle a usted así! ¡Hago lo que quiero, puesto que usted obra como le da la gana! ¿No le gusta a usted la verdad?

Se apagó su cólera. Me miró de nuevo y no supe si estaba aterrado o asombrado.

—Sí, sí, usted no nos quiere... ¡No en baldo hemos presentido Boris y yo que sin mamá usted nos haría imposible la vida!...

—¡Oh, Señor!

Me callé con la boca abierta. ¿Qué le he dicho? ¿Es verdaderamente tan malo para sus hijos? ¿Es verdad, verdad?... ¡Ah, qué cruel soy!...

Veo que el rostro de papá refleja un gran dolor. Le tiembla nerviosamente la barbilla. No digo ni una sola palabra más.

A la mañana siguiente dió a Boris sus desgraciados 50 kopeks

2 DE AGOSTO

Todavía algo raro.

Cuando Alejandro venía a vernos estando mamá en casa y se ponía a comer, yo contaba cada cucharada de sopa que comía. Y papá estaba de mi parte. Lo sabía.

¿Pero ahora?

Viene todavía a vernos. Tiene muy mala cara. Sufre de hambre bastante más que nosotros con toda seguridad. Mira tímidamente los rincones. Piensa seguramente que nadie le invitará a cenar no estando allí mamá.

Hoy ha vuelto a venir. He puesto toda mi alma en un saludo cordial. Se asombró y casi se echó a llorar. Pero papá le dijo con aire malhumorado:

—Buenas noches!

Alejandro me miró con aire tímido, suplicante y se marchó, con las espaldas encorvadas, a la otra habitación. Sabía que sin mamá, no podía esperar que le invitásemos a cenar.

Pero me senté a la mesa y grité:

—Ven a cenar, Alejandro.

Grité y me asusté un poco... ¿Qué va a decir papá? No importa. Alejandro cenará.

Papá me miró asombrado y murmuró de mal talante:

—¿Qué? ¿Pero te has vuelto loca?

Sostuve su mirada con firmeza y sin bajar los ojos continué llamando con insistencia:

—¡Ven a cenar, Alejandro!

Durante un minuto estuvimos así, con los ojos fijos el uno en el otro. En mi pecho ardía un solo deseo. ¡Te está bien, egoísta!... No dejarás morir de hambre a un hijo tuyo. Ya es bastante desgraciado de por sí. ¡Pobre Alejandro!...

Al fin, papá bajó los ojos. Ni siquiera miró a Alejandro cuando éste vino a cenar.

3 DE AGOSTO

Alejandro ha vuelto a venir hoy.

Le he recibido con la misma cordialidad que ayer. Se da perfecta cuenta de ello. Se sienta a la mesa con mayor tranquilidad. Después de cenar se prepara a marchar. Pero oigo que se ha detenido un momento en la cocina.

Papá, según costumbre, está tumbado en la cama. Boris y yo estamos en el diván abrazados estrechamente.

De pronto siento un escalofrío, tengo un presentimiento horrible, inexplicable. Repentinamente vuelve a mí la desconfianza habitual. Pero no puedo comprender sobre quién recae

mi desconfianza... ¿Qué acaba de ocurrir, Dios mío? Tiemblo y escucho. ¡Ah, es Alejandro, Alejandro!... Ha hecho algo en la cocina. ¡Quiere robarnos algo! ¡Robar, robar!...

Rechazo nerviosamente a Boris que se asusta, y con la cabeza baja, estremeciéndome, me precipito en la cocina.

Alejandro está de pie cerca de la mesa y me mira fijamente con un aire raro.

Me tiro sobre él gritando como una loca:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces?

Recuerdo de pronto que bajo la mesa había dos libras de patatas preparadas para mañana. Me precipito a la mesa: no queda una sola patata. Le miro y se turba. ¡Es verdad, Dios mío!...

—Nos has robado...

Me arrojo contra él como una bestia feroz.

—¡Devuélvenos, miserable, devuélvenos, nuestras patatas!...

—Devuélvenos nuestras patatas, devuélvenoslas, miserable!...

Parece no oírme. Una atención espantosa le hace fruncir las cejas. Veo confusamente que le tiembla el dedo pequeño de la mano izquierda. Mueve los labios para decir algo. Al fin, susurra:

—No... no he cogido vuestras patatas.

mi desconfianza... ¿Qué acaba de ocurrir, Dios mío? Tiemblo y escucho. ¡Ah, es Alejandro, Alejandro!... Ha hecho algo en la cocina. ¡Quiere robarnos algo! ¡Robar, robar!...

Rechazo nerviosamente a Boris que se asusta, y con la cabeza baja, estremeciéndome, me precipito en la cocina.

Alejandro está de pie cerca de la mesa y me mira fijamente con un aire raro.

Me tiro sobre él gritando como una loca:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces?

Recuerdo de pronto que bajo la mesa había dos libras de patatas preparadas para mañana. Me precipito a la mesa: no queda una sola patata. Le miro y se turba. ¡Es verdad, Dios mío!...

—Nos has robado...

Me arrojo contra él como una bestia feroz.

—¡Devuélvenos, miserable, devuélvenos nuestras patatas!...

—Devuélvenos nuestras patatas, devuélvenoslas, miserable!...

Parece no oirme. Una atención espantosa le hace fruncir las cejas. Veo confusamente que le tiembla el dedo pequeño de la mano izquierda. Mueve los labios para decir algo. Al fin, susurra:

—No... no he cogido vuestras patatas.

Pero estoy segura, espantosamente segura, de que las ha cogido:

—¡Devuélvelas, devuélvenoslas!...

Se turba más cada vez. Una atención febril lucha en él con la indiferencia provocada por el hambre. Triunfa la indiferencia. Se desgarra mi corazón. Rujo cada vez más furiosa:

—¡Devuélvenoslas, devuélvenoslas!...

Y repentinamente un nuevo acceso de furor. ¡Ah, nos ha robado a nosotros, a unos hambrientos! El, él...

Como un gato rabioso me tiro sobre él y hundo mis uñas en sus hombros huesudos, fuertes.

—¡Papá, venga, papá! Alejandro ha robado nuestras patatas... ¡Pronto, pronto! ¡Va a marcharse! ¡Devuélvenos, miserable ladrón, nuestras patatas! ¡Devuélvenoslas!

Papá acude en camisa, esquelético, aterrador, medio llorando.

Agarro a Alejandro por los hombros y digo a papá:

—¡Papá, papá, nos ha robado nuestras patatas! ¡Cójale! ¡No quiere devolvérnoslas!

El cuerpo delgado de papá se estremece. Tiemblan sus brazos redondos, desnudos, delgados, sin sombra de carne, con unos puños enormes en los extremos. Los dedos sucios de

sus pies se crispan y parecen clavarse en el suelo.

—¡Devuélveme, canalla, las patatas!

Yo grito más fuerte todavía que papá:

¡Papá, papá, le tengo bien sujeto! ¡Regístrele! ¡Pronto, pronto!

Alejandro mira en torno suyo como una bestia perseguida, y encuentra en todos los rostros un odio feroz. Su indiferencia hambrienta ha quedado rota. Se aterra. De pronto, comienza a sacar, lentamente de sus bolsillos, una tras otra, las patatas y murmura con labios temblorosos:

—¡Tomadlas, tomadlas, tomadlas!...

Se vuelve y, con la cabeza hundida entre los hombros, se marcha lentamente.

Papá no le acompaña ni con la mirada. Encorvado, delgado, alto, en camisa, cuenta sus patatas. Después las aprieta contra sí y al marcharse me dice:

—¡Eh, idiota! ¡Ten luego compasión de ellos!

Quedo pensativa en medio de la cocina. ¡Qué he hecho? Alejandro está también hambriento. Más hambriento que nosotros. Debía haberle dejado... ¿Llevarlas? ¿Y qué hubiéramos comido nosotros mañana? ¿Y Boris?

Estoy en medio de la habitación inmóvil

como un catalépsico y los pensamientos parecen arderme en la cabeza antes de llegar al cerebro. De pronto todo se borra ante mí y unas lágrimas de impotencia asoman a mis ojos.

4 DE AGOSTO

Hoy hemos recibido la primera carta de mamá.

¡Alabado sea Dios! Antes todos los días estaba preocupada: ¿por qué no escribirá? Seguramente ha muerto ya... ¿Habrá personas tan duras de corazón que, sabiéndolo, no nos hayan comunicado tan triste noticia?

Y claramente, como en una cinta cinematográfica, veía a mamá muerta.

Voy en el tranvía y veo ante mí a mamá muerta, con el rostro helado. Voy por la calle... y lo mismo. Siento que las lágrimas corren por mis mejillas. Comprendo confusamente que las gentes que me ven se detienen y me miran.

En la oficina, Marussia, después de mirarme, pregunta cordialmente:

—¿Todavía nada?

—Nada.

Hoy ha llegado una carta. Mamá dice que ha llegado bien y que envía con la carta un paquete de pan. Espera traer algo de pan seco,

trigo, y dos o tres puds de harina. Pronto volverá.

Boris, yo e incluso papá, releemos veinte veces la carta.

Por la noche comimos nuestra miserable sopa. Repentinamente me detuve con la cuchara en el aire. Miré la sopa con un sentimiento raro, alegre:

—¡Pronto dejaremos de comerte!

Y papá me miró y sonrió también.

Boris también comenzó a reir.

6 DE AGOSTO

Desde que recibimos la carta de mamá estoy tranquila respecto a su suerte. Creo que no ha pasado nada y que volverá pronto.

Esperando el paquete estaba ayer en Correos alegre y tranquila, cuando, de pronto me vino a la mente un pensamiento terrible:

—¡Y Boris está sólo en casa, Dios mío! ¡Puede pasarle algo de la impresión! Puede volverse loco de un golpe... ¡Sí, sí, seguramente le va a pasar algo malo hoy!

Me estremecí en medio de espantosos presentimientos. No puedo trabajar. Una niebla espesa me oculta todas las cosas. Entre la niebla distingo claramente la débil figura de Boris pálida y delgada. Corre al Neva. Pestañes ho-

rrorosamente y de repente se tira de cabeza al agua...

No puedo contenerme y pido permiso para marcharme. Corro a casa como si tuviese alas. Cuando llego a casa apenas puedo contener las lágrimas oyendo tras la puerta su débil vocecita. Pero me contuve y le pregunté con aire indiferente:

—Buenos días, ¿cómo estás?

—Bien, Fenia; seguramente llegará pronto mamá.

Esta mañana me preparaba para marchar al trabajo cuando nuevamente tuve un mal presentimiento. No, no debo marcharme. Puede pasarle algo. No iré.

Me quedo en casa. No le dejo apartarse un paso de mí. A mediodía le doy yo misma la cacerola con que va a buscar su comida al restorán de niños y le llevo hasta la puerta.

Le hablo como una madre.

—¡Bueno, querido Boris, vé tranquilo!

Hago el signo de la cruz sobre él y espero a la puerta. Le sigo con la mirada.

Balancea ligeramente su cacerola y sigue la empalizada. A su lado, sobre la empalizada. marcha una sombra delgada... Y repentinamente me agarré nerviosamente a la empalizada.

¡Qué delgado y pálido está! Hasta ahora no me he dado completa cuenta. ¡Es aterrador, aterrador y doloroso. Anda balanceando su cabecita sobre el cuello. Tiene los hombros delgados, puntiagudos, más alto uno que otro, las piernas delgadas como flautas. ¡Qué pálido, qué miserable está, Dios mío! Me parece que va deshaciéndose ante mis ojos. No llegará hasta el restorán. Mira la sombra esquelética. Va a caer... Va a morirse en la calle.

Tiemblo, como si tuviese fiebre, mientras espero su retorno.

Espero, espero, espero...

¿Por qué tarda tanto? Ha caído, seguramente ha caído, quizá... haya muerto. Voy a correr a buscarle, ¡a buscarle!...

Pero a lo lejos aparece una silueta. Corro a su encuentro. Le abrazo, le beso, lloro.

—Boris, querido Boris, ¿por qué has tardado tanto? ¿Qué te ha pasado?

Levanta su cara envejecida, arrugada. Y dice con emoción:

—No, no has tardado mucho... ¿Qué te pasa?...

No acabé, pues Boris me miraba extrañado y con lágrimas en los ojos me dijo:

—Te quiero mucho, Fenia. No tengas miedo.

ya no quiero tirarme al Neva ahora. Mamá volverá pronto.

Antes de la llegada de papá preparé las patatas. Como siempre, siguiendo el ejemplo de mamá, robé una patata de las dos libras. Lo hacemos todos los días. La cortamos en cachitos y la ponemos sobre el fogón para que se ase rápidamente, antes de la llegada de papá, y nos comemos la mitad cada uno.

Pero hoy le cedo mi parte:

—Ten, Boris, para ti entera, cómela.

Nuevamente me mira como ayer. Las mismas lágrimas que ayer en sus ojos fijos en el suelo. Y dice casi en voz baja:

—No, Fenia, come tú también...

7 DE AGOSTO.

Hoy ha llegado, al fin, el paquete.

Mamá le ha enviado a Correos a mi nombre. Lo he recibido en la correspondiente ventanilla y llevado a mi oficina.

Todas me rodearon inmediatamente:

—¿Qué te envían ahí, Fenia?

—¡Pasteles, seguramente!

—¡No, probablemente manteca!

—¡Abrelo pronto, Fenia!

Pero repentinamente despierta en mí un sentimiento de avaricia. ¿Cómo? Si lo abro aquí tengo que repartir un trozo a cada uno. Nos

quedará muy poco. Antes no era así. Cuando mamá volvió del campo di pan seco a Elena y fui yo misma quien se lo ofreció. Pero ahora las cosas han cambiado mucho.

Digo con brusquedad:

—No son ni pasteles ni manteca. Es, sencillamente, pan, nada más que pan...

Pedí permiso para dejar el trabajo y volví apresuradamente a casa.

No había entrado aún en el corral cuando ya grité:

—¡Boris, Boris, ven! ¡El paquete!

En el paquete venían tres panes. Uno pequeñín, otro grande y un tercero más grande todavía. Miro a Boris con aire astuto y le digo:

—Esto lo ha hecho mamá adrede. El mayor es para papá, el mediano para mí y el pequeño para tí.

Pero Boris me respondió con aire más astuto todavía:

—No, Fenia, lo ha hecho así sin pensar.

Cortamos el más pequeño en tres partes iguales y comemos. La parte de papá queda sobre la mesa y parece mirarme.

Miro disimuladamente a Boris; Boris ha comprendido y está dispuesto. Está conmovido; también yo estoy conmovida.

Le digo vacilante:

—¿Nos lo comemos?

Pero mis ojos dicen al mismo tiempo:

No, no. ¡No debemos hacerlo!

Boris comprende naturalmente mi muda plegaria, pero tiene hambre y además... y además papá recibe su media libra suplementaria.

—No sé. Como quieras... Vamos...

Pero en estos momentos he podido dominarme. Y respondo alegre y fuertemente:

—¡No merece la pena! ¡Se enfadaría! Y, además, también él está hambriento.

8 DE AGOSTO

No ha quedado nada para hoy del paquete de ayer, ni un solo pedazo. Pero hoy hemos tenido suerte.

Hacía cerca de dos meses que no recibíamos pan con nuestros carnets. Todos los días lo mismo: nada, nada, nada. Pero hoy papá ha recibido todos los atrasos.

Llega con un gran saco a la espalda y dice alegremente:

—¡Alegraos, alegraos, hijos míos! ¡Traigo todo el pan de estas últimas semanas: ¡Qué cansado estoy!...

Boris y yo gritamos al mismo tiempo:

—¿Cuánto, cuánto?

—Dieciocho libras en total.

—¿Y cuánto para nosotros?

—Para vosotros ocho libras y diez para mí.
Está alegre, es casi feliz, diez, diez libras para él sólo; para nosotros ocho tan sólo; y papá recibe, además, media libra suplementaria...

Pero me siento pronto a la mesa. Sonrío. Tengo el cuchillo en la mano y ante mí, en la mesa, hay un pan entero. Papá tiene también su cuchillo en la mano. Ante él hay también un pan. Miro a Boris que sonríe y me dice:

—¡Vamos a comernos en seguida ese pan!

Repentinamente observo que la parte de papá es demasiado pequeña para diez libras. Corto mi pan con voluptuosidad y pregunto a papá:

—¿Papá, por qué tiene usted tan poco? Ahí no hay diez libras

Me contesta con una sonrisa parecida a la de Boris:

—No, porque cuando fuí a buscar el pan no pude contenerme y me comí cerca de dos libras en la misma fábrica.

Boris me grita:

—Bueno, comámosnos inmediatamente el pan...

Papá acaba de cortarse tal pedazo de pan que me pone de buen humor. Me alegro recordando las delgadas rajitas que se cortaba an-

tes. ¡Qué sea siempre así, Dios mío!... ¡Si papá no fuese egoísta!... ¡Qué bien estaríamos!

Mastica un buen bocado con su boca desdentada y dice con una sonrisa acariciante:

—Esto está muy bueno, hijos míos...

Nosotros dos le interrumpimos a la vez:

—¿El qué, el qué, papá?

—Esto, hijos míos, de no hacer economías, de comer hasta hartarse. Pero mañana tendréis que volver a comer con contagotas. Por la mañana un pedacito, por la noche, otro. Como hago yo.

—Sí, sí, sí...

Con la sopa hemos comido Boris y yo dos libras de pan cada uno. Después de comer, papá, para festejar el acontecimiento, envía a buscar te. Contra su costumbre hace comprar dos raciones de te y dos caramelos para cada uno... Como hay mucho pan que comer con él, el te sabe muy bueno...

Durante el te mido con la vista el pan de papá y el nuestro. Nuestro pan es ya mucho menor que el de papá. Y, sin embargo, todavía tengo hambre.

Digo a Boris con tono seguro:

—¿Ya no querrás más, verdad? ¡Hay que dejar para mañana! ¿No, Boris?

Pero Boris replica:

—No, Fenia, dame un poco más. Lo comeremos con el te. No gastaremos mucho más ¿Quieres, Fenia?

Tampoco yo puedo contenerme:

—Bueno, está bien, comamos otro poco...

Corto el pan. Quería cortar dos trocitos pequeños, pero he separado dos grandes pedazos. ¡Ya no nos quedan más que tres libras! ¡Qué lástima!

Miro con dolor el pan que tengo en la mano y digo bruscamente a Boris:

—Bueno, si nos lo comemos no hay por qué lamentar nada. ¿No es cierto, Boris?

—Claro que sí, Fenia, naturalmente...

Papá ha envuelto cuidadosamente su pan en un papel. Se levanta y dice:

—¡Gracias, Dios mío, al fin he podido hartarme un día!

Nos levantamos también nosotros. Señalo mi barriga, a Boris le digo sonriente:

—Estoy llena. ¿No tendrás hambre, verdad? ¿Estás lleno, Boris?...

—¡Oh, sí, Fenia, estoy harto!... Pero mira que buena es la corteza de abajo. Fíjate que bien cocida está.

—¡Eres un tragón! Pero bueno, nos comeremos la corteza de abajo y después dejaremos en su sitio el pan, sino nos lo comeremos todo

—Sí, sí, Fenia. Hay que guardar el resto.

Papá está completamente aturdido. Se ha tumbado sobre la cama sin desnudarse, sin quitarse siquiera las botas; está fumando en pipa y leyendo un periódico. De vez en cuando nos mira por encima de los lentes y sonríe tiernamente. Boris y yo estamos en un rincón medio tumbados. Charlamos sin parar de mamá y reímos al acordarnos de que hemos podido hartarnos. Al cabo de media, de una hora, siento de pronto que tengo un hambre terrible, que todavía tengo hambre. ¿Se lo diré a Boris? No está bien. Papá gruñirá mañana: "Mira una muchacha que no ha sabido contenerse. Todavía en Boris podría pasar".

Decido no decir a Boris ni comer nada, sino ir tan sólo a ver el pan en el armario.

Me levanto. Bostezo intencionadamente y me marcho. Pero, Boris:

—¿Dónde vas?

—Quédate, volveré en seguida.

Me mira con aire astuto, sonríe y dice:

—Ah, sí... también yo voy...

—¡Bandido! No hay manera de engañarte Está bien, ven, vamos. Cogeremos un cachito

Lo corto y digo:

—¡Somos unos idiotas, Boris! Vamos a comernos todo el pan.

—¡Oh, no, Fenia, me parece que somos muy listos!

Y me mira con aire todavía más astuto.

—Bueno, vamos a acostarnos en seguida, si no lo comeremos todo.

—Vamos, Fenia

Boris coge el pan con los dientes y se desnuda rápidamente. No come. Le pregunto estupefacta:

—¿Por qué corres tanto a desnudarte y no comes el pan?

—Mira, Fenia, voy a desnudarme y a comer el pan en la cama. ¿Te parece bien? Cuando se come en la cama el pan entra directamente a la garganta.

Nos metemos los dos bajo la colcha. Continuamos charlando. Comemos el pan, dándole pequeños bocados. De pronto observo que Boris duerme y tiene un poco de pan en la mano.

Acabo de comer el trozo de Boris. Ya estaba medio dormida cuando papá dió una vuelta en su rincón y tosió. Miré y vi a papá en camisa dirigirse sin ruido hacia algún sitio... ¿Dónde va, Dios mío? Tuve miedo.

Después, a través de la entreabierta puerta vi que se dirigía hacia el aparador. ¡Ah, ah la puerta del aparador chirrió!... Y en el silencio de la casa resuena el ruido de un cr-

chillo al caer. En seguida, renace el silencio:

—¡Ah, ah, también! ¡Qué tonto!

Tranquilizada me metí bajo la colcha y comencé a reir sin maldad... ¡Ah, tú tampoco has podido contenerte! Y aún querrás darnos lecciones... ¡Ah, papá, papá!

Por primera vez, después de largo tiempo, soñé. Y por la mañana podía recordar claramente todos mis sueños.

9 DE AGOSTO

Por la mañana cuento alegremente mis sueños a Boris:

—Imagínate que hace ya mucho tiempo que no soñaba y esta noche, de pronto, he visto a los dos Sergios: al nuestro y a Sergio Frenef. ¿Qué te parece?

Boris sonríe como ayer y dice:

—Seguramente papá traerá hoy otras dieciocho libras de pan.

Después piensa durante medio minuto y añade seriamente:

—Es una broma. Pero probablemente recibiremos carta de mamá o de nuestro Sergio... no de tu mal Sergio.

Me enfado porque no comprendo que está bromeando:

—¿Cómo te atreves a hablar así? Mi Sergio

no es malo... mi querido Sergio Frenef. Será... será ya comandante en el ejército rojo...

He estado a punto de decir que será general, pero me acordé de que ya no hay generales en nuestro ejército...

Boris no me hace caso. Me guiña un ojo y me dice conciliador:

—Bueno, será lo que quieras, pero ahora vamos a comer pan con el te.

Tomamos el te y nos comemos el resto del pan de ayer. Después de comernos el último bocado tengo miedo de repente:

—¿Qué haremos mañana, Boris?

Boris también está triste.

—Me parece mentira que hayamos tenido tanto pan ayer y que nos lo hayamos comido. Es verdad y no puedo creerlo.

Hoy estoy libre. No tengo que ir a la oficina. Después de tomar el te me tumbo en la cama. Boris se calienta al sol en el balcón.

De pronto corre hacia mí alegre y triunfal. Trae una carta.

—¿No te lo había dicho? ¿Lo ves? Y es de nuestro querido Sergio, no del tuyo. ¡Mira, mira, lee pronto!

Cojo la carta, la abro y miro la firma. Sí, es de Sergio... Recorro con la vista las primeras líneas, pero Boris me tira de la manga:

—¡Lee alto!

—Sí, sí, escucha, Sergio está en Chernigof...

Recorro otras cuantas líneas y digo:

—Ha estado hace poco en comisión en Moscú...

De repente me callo.

—Fenia, Fenia, ¿por qué te callas?

—Es... pera, Bo... ris...

¿Qué dice, Dios mío?... Me escribe que en Moscú ha ido a ver a Frenef. Frenef tenía ante sí una carta no abierta aún de Catalina. Conozco a esa Catalina. Es Ekaterina Iliina. Continúo, continúo... Leyeron la carta juntos y Catalina decía a Frenef: "Querido Sergio, deseo que vuelvas a Petrogrado. Quiero que me escuches. ¿Es cierto que quieres besarme? ¿Quieres? Confiesa pronto que es verdad..."

¿Qué es esto, Dios mío?

Siento que Boris me tira de la manga, se me cierran los ojos y me duele el pecho. Dejo caer impotente la carta sobre la mesa y pongo las manos sobre las rodillas. Vuelvo a coger nerviosamente la carta interminada. Mi mirada cae sobre el reloj que está al otro lado de la habitación. ¿Qué hora es? ¿Qué hora? No comprendo nada... ¿Qué es esto, Dios mío, Dios mío?...

Repentinamente comienza a dolerme el co-

razón. Estoy mala, estoy mala. Tirito. Comienzo a llorar. Caigo sobre la silla como muerta. Después siento nuevamente que Boris me tira de la manga.

—¿Qué te pasa, Fenia? ¡Dí, Fenia, querida Fenia!

—¡Boris! ¡Sergio me engañaba! ¿Por qué, Dios mío, por qué? ¡Qué mala estoy! ¡Y decía que me querría siempre! ¡Y me ha besado inclusive en Vologda! Y ahora...

—No es verdad, Fenia. Es imposible.

Es Boris quien dice esto, pero me parece oír a mi propio corazón... ¿Es o no es verdad? Es verdad, es verdad.

No me quiere. Quiere a Catalina.

Y de pronto salto, rechazo a Boris y corro a la habitación.

—Si es así... ¡Bueno, bueno! Le diré la primera: naturalmente, entre nosotros... Cree que va a humillarme. Suplicar su amor. ¡Nunca, nunca!... Voy a escribirle la primera. Le arrojaré a la cara... Ya veo: son las tres y media. No hace falta, no hace falta, no hace falta...

Boris me sigue corriendo y afirma a través de sus lágrimas:

—Fenia, no hace falta, eso pasará...

—No, Boris, esto no pasará nunca... ¿Por qué, por qué? ¿Cómo no le da vergüenza? Men-

tía. Me engañaba ¡Qué mala estoy, Dios mío!

De pronto, como una nube enorme, un nuevo pensamiento cayó sobre mí y obscureció todos los demás. Me acerqué al espejo y comencé a mirarme ávidamente.

—Sí, sí, ahora comprendo. Soy casi una chiquilla. Catalina es mayor que yo. No es ella la culpable, es él, ¡él! ¡Es una vileza por parte suya! ¡Pero no me importa!... ¡Ah, Sergio, Sergio! ¿Jara qué mentir? ¿Por qué engañarme? ¿Crees, porque todavía llevo trenzas, que puedes engañarme? No, no, te demostraré... No hay que jugar conmigo. Es deshonroso, deshonroso, vil. Ya verás cómo no soy una chiquilla, ¡aunque llevo trenzas! Podías haber dicho que era Catalina quien te gustaba y no yo... ¡Sí, sí, sí!...

Por la noche, cuando todos estuvieron dormidos, intenté varias veces escribir una carta, pero las lágrimas me lo impidieron. Las lágrimas cubrían mis ojos y caían sobre el papel.

¡Está bien! No le quiero ya. Lo he borrado para siempre de mi corazón. Mañana le escribiré.

No pude dormirme en toda la noche... tan pronto lloraba como murburaba:

—No le quiero, no le quiero, no le quiero.

Pero, no obstante, me parece que todavía le quiero.

10 DE AGOSTO

Apenas me había despertado cuando ya estaba diciendo:

—No le quiero, no le quiero, no le quiero.

He olvidado que hay que ir a trabajar. He olvidado incluso que hoy no tenemos pan. Me pongo en seguida a escribir mi carta. Y no le tuteo. Le llamo de "usted".

"Sergio...

"Es inútil mentir, lo sé tódo..."

Repentinamente me pregunto: ¿pero qué es en realidad lo que sé? ¿Todo? Sí, sí, está bien claro que no me quiere ya...

"... y no volveré a escribirle nunca. Todo ha terminado entre nosotros..."

¿Terminado? Comienzo a llorar al escribir esta palabra, me tiembla la pluma, pero continúo:

"... Creo que usted mismo comprenderá cuán doloroso y desagradable me es decirle todo esto. ¿Pero para qué vamos a andarnos con embustes? Ahora son ya completamente inútiles. Lo que se ha roto podrá recomponerse pero nunca estará como antes. Lo que se arregla no queda como nuevo. ¿Se acuerda usted de unos versos que yo le declamé un día?

¡Qué dolor me atenaza el corazón!
¡Cuán duradero es el recuerdo
De lo que nunca volverá,
De lo que deseamos olvidar!...

"Parecido es el dolor que siento en estos momentos. Pero ya no soy una chiquilla como usted cree. Podrá dolerme mucho todo esto, pero sabré borrarlo de mi memoria para siempre. Lo borraré porque me siento ofendida como mujer y porque no quiere vivir con un fardo tan agotador.

"Adios, Sergio Frenef... Ha cometido una gran falta no comprendiendo que ya soy una mujer. Ame a Catalina y que Dios le conceda que ella le ame también.

La que no será nunca suya, *Fenia.*"

La carta está escrita ya. Lloro. ¿Ha terminado, pues, todo? ¡Qué palabra más terrible, Dios mío, "terminado"! Sí, sí, "las rosas deshojadas, las casas destruídas". ¡Por qué lloras, Fenia?

Marussia dice: "Un primer amor, puro, joven". ¿Pero dónde está? Ya no existe. En mi corazón todo está roto, deshecho, arrastrado. . Para siempre.

¡Adiós, Sergio, adiós!

Escribo la dirección, pero en el sobre cae una lágrima, encima justamente del nombre

"Sergio". El nombre parece ensancharse y, de pronto, le beso.

Cambio el sobre. Hay que dominarse. N, merece mis lágrimas... ¡Ah, Sergio, Sergio!

Me tiembla la mano al depositar la carta en el buzón. No importa, acabo de enterrarle para siempre.

Pero estuve llorando todo el día y me parecía que, no obstante, seguía amándole.

11 DE AGOSTO

Mamá ha llegado hoy. Ha traído dos "puds" de harina, veinte libras de trigo y quince de pan seco.

Está sentada, con la boca entreabierta, con las manos colgando de una manera rara, cansada. Los sacos, abiertos, están a sus pies. Se ve la harina de color amarillo marrón. Un poco más allá está el grano. Todos—papá, Boris y yo—estamos en torno de ella mirando silenciosos. Miramos el grano, la harina, y no decimos nada.

De pronto, Boris comienza a sollozar.

Por la noche hemos cocido unas galletas y hemos comido hasta reventar.

14 DE AGOSTO

Hace tres días que comemos hasta hartarnos y estamos ya desconocidos. Todavía nos encontramos pálidos, delgados, pero ya nos

hallamos llenos de vida. Boris salta como una cabra sobre sus piernas delgadas como flautas y a cada instante pide una "galleta". Mamá se la da siempre, pero veo que trata de hacerlo en ausencia de papá.

La detestada sopa ha desaparecido de la mesa, pero en lugar de hablar alegremente como antaño, papá nos lee en alta voz el periódico.

He recobrado mi costumbre de mirarme todos los días en el espejo. Espero con impaciencia el momento en que retornarán los colores a mis mejillas. Observo a papá, mamá y Boris con la misma impaciencia, para ver cuándo tienen mejor aspecto. Sólo han pasado tres días y Boris tiene ya mejor cara y mamá también; papá, en cambio, no ha variado en lo más mínimo. Es doloroso ver su silueta delgada, encorvada, su rostro amarillento, sus brazos largos y delgados.

En casa hay unos sacos llenos de comestibles. Están colocados en un rincón del comedor. No puedo pasar cerca de ellos sin mirarles con pavor.

15 DE AGOSTO

Hoy nos ha asombrado papá durante la cena. Ha comido cerca de cuatro libras de pan y ví

en sus ojos que todavía se hubiera comido de buena gana varias más.

16 DE AGOSTO

Corro a la oficina alegre, revivida, muy parecida a como era en el campo. Y en seguida entablo alguna conversación.

—¡Elena, Elena! Tenemos para hoy pastel de berza, ¿saber hacer la pasta?

—No, no sé hacer esa pasta, pero, en cambio, sé hacer unos pasteles que te harían chuparte los dedos. No me gustan los pasteles de berza.

—A mí, sí, a mí me gustan mucho...

Hablo de pasteles, de berzas, de cien cosas comestibles diversas, mientras que antes me disgustaban tales conversaciones. Me enfadaba siempre y decía que eran charlas de glotones y que únicamente los animales podían hablar constantemente de tales cosas.

¡Qué alegre estaría si no fuese por Sergio Frenef!

17 DE AGOSTO

Por primera vez, durante el verano, he ido al cine. Volví a casa tarde, hacia las once. Nada más entrar en casa me estremezco. Alejandro está sentado a la mesa y devora un montón de galletas. Lleva un capote de soldado del ejército rojo. Pero antes que el capote atrajo

mi vista el aspecto extraordinario de sus piernas, inverosímilmente delgadas y sus pies enormes, calzados con botas militares.

No había vuelto desde la noche de las patatas. Y esta vez me ha mirado con aire aterrado y me ha dicho con una voz sollozante:

—He sido movilizado. Pasado mañana parto para el frente. Acaso no volvamos a vernos más.

Y con la tela gris de su capote se limpia las lágrimas. De pronto me siento acometida de un asombro desagradable ¿Por qué llora? ¡Cobarde, cobarde!...

Acababa de sentir por él compasión y remordimientos, pero ese gesto cobarde lo ha borrado todo. Le digo casi colérica:

—El frente es el frente. Sergio y Vania partieron voluntariamente. ¿A qué llorar?

Pero Alejandro me responde:

—Sí, sí, tú puedes hablar porque te quedas en casa...

¡Dios mío, ha parpadeado lo mismo que Boris! Y el labio inferior le ha temblado idénticamente. ¡Vaya un defensor de la patria! No hay que contar con él. No puedo ver llorar a un hombre. ¿Y si tiene que atacar? ¿Cómo va a sostenerse? ¡Y es un obrero! ¡Le da miedo

defender a su mismo Gobierno! Le gritó casi furiosa:

—¿No te da vergüenza?

Y hasta media hora después, cuando ya se hubo marchado, no sentí compasión por él. Pero incluso esa compasión era despreciativa. No he podido decidirme a besarle. Le he dicho sencillamente como despedida:

—Que Dios te proteja, vete, no llores, y ten cuidado, ten cuidado...

18 DE AGOSTO

Sigo creyendo que amo a Fronef. No puedo olvidarle. Siento gran amargura y despecho.

Cuando me duermo le veo en sueños. Me besa en los labios y mis labios sienten el calor de los suyos. Oigo incluso su voz dulce, acariciante:

—¿No me olvidarás, querida Fenia?

Sí, sí, no soy yo, sino tú quien ha olvidado. ¿Para qué necesitabas mentir? ¿Para qué engañarme? Ya no soy una chiquilla.

19 DE AGOSTO

¿Por qué está papá tan delgado y débil? Come mucho, más que todos nosotros, pero continúa igual de delgado. Me da miedo pensar en su delgadez, pero es tan visible que a pesar mío lo hago constantemente. Pero seguramente mejorará.

Yo estoy completamente resucitada. Tengo ganas de ir al teatro, al cine. He visitado dos veces a Marussia.

27 DE AGOSTO

Hemos recibido una carta de Alejandro desde Smolenk; después, ninguna noticia. Escribe que pronto le enviarán al frente polaco.

Sé que si estuviese vivo y sano hubiera escrito otra vez.

28 DE AGOSTO

¿Por qué no habrá cambiado todavía papá? Continúa tan débil, tan deshecho y tan pálido como antes. Hace ya bastantes días que todos hemos cambiado favorablemente, que estamos más gordos, más alegres, y él continúa delgado y triste. Por segunda vez ha pasado toda la noche sin mezclarse en nuestra conversación. Permanece de pie cerca de la estufa, pone las manos a la espalda y mira hacia el techo.

29 DE AGOSTO

El paquete que Vania anunciaba en una carta de hace bastantes semanas no ha llegado hasta hoy. En él venían una docena de libras de ladrillos y cerca de ocho libras de grano mezclado con arena.

Felizmente no lo hemos recibido durante el período trágico del hambre. De ser así, acaso nos hubiésemos vuelto locos.

1 DE SEPTIEMBRE

¡Pronto, Dios mío, van a agotarse las provisiones! ¿Va a volver la misma dolorosa vida? ¿Otra vez la sopa soviética? ¡Ya no tenemos nada que vender!

Y que cosa más rara: cuanto más se ensombrece el porvenir en casa, más alegre y bromista me muestro en la oficina.

Voy a menudo a casa de Marussia, tan sólo por no estar en la mía.

Otro disgusto: hace tres semanas que no recibimos carta de Sergio, cuando antes nos escribía regularmente todas las semanas.

Me da miedo pensar en esto. Sacrifico mi amor propio y consiento en acompañar a Marussia al teatro y al cine. Hubo un tiempo en que no podía soportar la vergüenza de que otro pagara nada por mí.

2 DE SEPTIEMBRE

Han aumentado la ración de pan. Mamá y yo recibimos de nuevo media libra cada dos días, y papá tres cuartos y, además, su desgraciada media libra. Al recordarlo un escalofrío me recorre el cuerpo.

5 DE SEPTIEMBRE

¡Qué horror!

Hacía mucho tiempo que no había visto a Nicolás Pavlovitch en la oficina de Correos

pero no me dí cuenta de ello. Mas ayer oí decir de pronto:

—¿Cómo, no lo sabe? Murió en julio. Una parálisis al corazón. Dicen que de hambre.

Quedé inmóvil. No comprendía nada. Miré a mi interlocutor sin verle siquiera la cara. Y de pronto ví esa cara y lo comprendí todo, ¡todo! Un terror insensato, animal, se apoderó de mí... ¿Y nosotros, nosotros? ¿Vamos también a morir de la misma forma? Pronto se agotarán las provisiones. Ya no queda mucha harina. Y nada de grano...

Después, me dió vergüenza y pregunté:

—¿Cómo ha sucedido? ¿Por qué, por qué?

—Muy sencillo: un agotamiento completo de las fuerzas. No tenía que comer. Dicen que su padre está también a punto de morir.

¿No tenía que comer? ¡Qué sencillo! Sí, sí, muy sencillo. ¡Y creo que estoy hambrienta!... ¡Ah, sí! Seguramente aquel día no comió su arenque en Correos para llevárselo a casa y repartírselo con su padre. ¡Qué bueno era Nicolás Pavlovitch!

Y repentinamente enrojecí. Recordé, de pronto, que ya no habría nadie que me impulsara a estudiar. Y pensé en esto casi con alegría... ¡Qué horror!

Comienzo a llorar. Pero siento que no lloro

por Pavlovitch, sino por mamá, por Boris, por mí. También nosotros... vamos a morirnos de hambre.

Volví completamente abatida. Durante la cena no pude decir que Nicolás Pavlovitch había muerto de hambre, contentándome con llorar silenciosamente. Después de la cena todos parecían tan abatidos como yo. De pronto mamá dijo muy bajo, muy bajo:

—No queda harina más que para mañana.

Estas palabras me dieron ánimos y dije muy bajo también:

—Nicolás Pavlovitch ha muerto de hambre.

Todos bajaron los ojos y callaron. Pero Boris comenzó a llorar silenciosamente, mamá se santiguó y papá se puso todavía más pálido.

Mañana volveremos a comer sopa si queda algo que vender.

7 DE SEPTIEMBRE

Hoy he ido al trabajo teniendo hambre y anoche comimos la sopa.

Seguimos sin cartas de Alejandro y Sergio.

10 DE SEPTIEMBRE

¡El hambre, el hambre, el hambre! Todos volvemos a debilitarnos.

15 DE SEPTIEMBRE

No queda casi nada que vender. Ayer hubo una nueva y atormentadora conferencia. Bo-

solvimos no hacer sopa más que cada dos días.

Y nuevamente se recibe el pan con grandes interrupciones. Cada cinco o seis días. Papá sigue recibiendo su media libra suplementaria.

20 DE SEPTIEMBRE

Me da vueltas la cabeza. Por la mañana vuelvo a ver manchas rojas, verdes, azules. En la calle las personas se desdoblan. Todo ha vuelto igual que antes. Por la noche en la casa reina un silencio de muerte. Ayer, por la noche, me desperté al oir un ruido. Me esforcé durante un rato por comprender lo que pasaba. Al fin, comprendí... Mamá lloraba. No le pregunté nada y me volví en siencio contra la pared.

Lo que más me aterra es papá. Se seca y envejece visiblemente. Vuelve de su trabajo con una cara asustante. Gime, tose, se queja de que se le hinchan las piernas y le duelen. Pero nadie se hace eco de sus quejas... Recibe media libra de más.

Antes de tumbarse está un rato de pie, ante la estufa apagada, con las manos a la espalda. Permanece así dos o tres horas. Me asusta su inmovilidad de muerte, sus ojos apagados. Mira fijamente el techo, sin mover los párpados.

Después se marcha a su cama solitaria.

25 DE SEPTIEMBRE

O llega ya el otoño o el hambre lo tiñe todo con colores sombríos. Incluso los coches de los tranvías, que eran antes de un rojo brillante, me parecen ahora grises, grises...

No puedo pensar en nada. Sólo en el fondo de mí se mueve una inquietud porque todavía no hemos recibido ninguna carta de Alejandro ni de Sergio.

30 DE SEPTIEMBRE

A Dmitri le ha llegado también una desgracia: Antonina ha caído enferma. Ha pedido a mamá que vaya a arreglarle la casa. He intentado disuadirla, pero mamá se ha ido en compañía de Boris. Comprendo, naturalmente, que pueden comer hasta hartarse en casa de Dmitri. Antonina y Dmitri siguen viviendo bien.

Al volver de Correos no pensaba como de costumbre en nada. Pero, de pronto, sentí un gran terror. ¿Cómo voy a poder vivir sola con papá? ¿Y para qué vuelvo? Sería mejor que me fuese a dormir a casa de Marussia. Ahora no tengo tiempo. Pero con papá, no puedo, no puedo...

Llegué. Tan pronto como miré a papá volví a experimentar el mismo sentimiento. No, no

puedo vivir con él. ¡Es horrible! Siento una indecible angustia en el pecho.

Voy a salir.

Estoy sentada un minuto para descansar. Después digo a papá:

—Bueno, hasta la vista, me marcho.

Veo inmediatamente que le da miedo quedarse sólo. Pregunta con voz rara:

—¿A dónde vas?

—A ver a Marussia. Hay una reunión en su casa.

Calla un momento. Un rastro de vida pasa por sus ojos muertos.

—No vayas. Estás cansada. Es tarde.

Está de pié, inmóvil, cerca, como siempre, de la estufa apagada. Me horroriza mirarle. No, no puedo, no puedo.

—No, no, papá, voy a salir.

No replica, pero se aparta lentamente de la estufa y se marcha dulcemente a la cocina... Después vuelve con un puchero en las manos y dice con voz temblorosa:

—Está bien, vete; ¡pero no busques tres pies al gato! Me ha sobrado un poco de sopa. Cómela y que Dios te proteja, después dormirás.

Está tranquilo y coloca ante mí el puchero. Estoy estupefacta. Tengo hambre y compasión de papá, y no puedo continuar con él.

—Miré con ávidez la sopa. No puedo contenerme. Como glotónamente.

Y papá está todavía más tranquilo y me mira con ternura.

Tras comer la sopa me levanto y me arreglo de nuevo. Siento yo misma que estoy completamente colorada. Pero no puedo, no puedo continuar con él... ¡Qué me pasa, Dios mío! ¡Pobre papá! Se ha puesto repentinamente nervioso y me mira asustado.

—Bueno, hasta la vista, papá.

No responde. Estoy un minuto mirándole a la cara y... me doy la vuelta y echo a andar. Doy tres pasos y miro hacia atrás, temblante de asco, de vergüenza y de dolor por papá.

Se debilita, se encorva. Cierto orgullo le sostiene. Y su cara delgada, amarillenta, parece una máscara inmóvil, espantada. ¡Que venga tras de mí!... ¡Dios mío, Dios mío!

La cabeza me da vueltas, se me obscurecen los ojos. Voy a quedarme, ¡a quedarme! Corro a él, le beso con ardor y.... de pronto, oigo mi propia voz:

—Bueno, querido papá, me marcho...

No dice nada. Ahora, encorvada, me marcho

1 DE OCTUBRE

Hace ya dos semanas que en la oficina y en el edificio entero de Correos, todos están con-

movidos y esperan con alegría un acontecimiento.

Todos se reúnen, susurran en los rincones, murmuran durante el trabajo. Me disgusta. Estoy sentada, trabajando, sin importarme lo que dicen ni lo que tanto les alegra.

Hoy Tiorín, nuestro jefe, me preguntó de pronto:

—¿Pero usted, Fenia Alexadrofna, no desea que los blancos lleguen pronto?

—¿Qué lleguen los blancos? ¿Adónde?

—¿Pero no sabe usted que Petrogrado será atacada muy pronto? Yudenitch se acerca...

¡Ah, he aquí por qué todos susurran y murmuran! Repentinamente recuerdo que oí confusamente decir hace mucho tiempo que los blancos avanzaban. Sólo que no creí que fuera sobre Petrogrado, sino sobre cualquier ciudad alejada. Papá no ha dicho nada en casa. Hace ya mucho tiempo, desde que nos comimos el último puñado de harina, que no lee en voz alta el periódico y no habla con nosotros... ¡No, no tomaron nuestro Petrogrado!

Digo a Tiorín:

—Es una tontería, han atacado veinte veces Petrogrado sin conseguir nada, y ahora van a volver a atacar en balde.

Por la noche pregunté a papá:

—¿Es cierto que los blancos atacan Petrogrado?

Mamá levantó hacia mí los ojos asustados, después miró a papá.

Papá calló un instante y dijo sin alegría:

—Es Yudenitch. Ha atacado varias veces sin conseguir nada; ahora le pasará lo mismo.

2 DE OCTUBRE

Hoy he llegado un poco tarde a la oficina. Cuando llegué todos están reunidos y nadie trabaja. Están en un corro y ya no murmuran, hablan abiertamente. Todos tienen los ojos brillantes y las caras alegres. No me indigno al ver estas caras y estos ojos. No saludo a nadie y me pongo adrede a trabajar. Soy la única que trabaja y escucho lo que dicen.

En el grupo dicen que pronto no habrá nada de pan, que todo saldrá para el frente, que en el ejército rojo todos están hambrientos, que hay muchachos muy jóvenes y que Yudenitch tomará Petrogrado. En cuanto lleguen los blancos habrá nuevamente pan a tres copeks. Habrá de todo en cantidad y los comunistas serán exterminados.

Oigo y de pronto me estremezco angustiada. ¡Sergio y Vania, son comunistas, Dios mío!

¿Y qué? ¡No habrá pan! ¡Vamos a morirnos todos de hambre!

¡No, no, no tomarán Petrogrado!

De pronto abandono mi sitio y corro al grupo:

—¿De qué os alegráis? ¡No tomarán nada, no conquistarán nada!

Todas callaron, después se miraron y, por último, se echaron a reir.

—¡Ah, ah, ah! ¡Fenia Alexadrofna es comunista!... No, no lo seas, Fenia Alexadrofna, van a ser exterminados todos los bolcheviques.

—No lo creáis. ¡No tomarán Petrogrado!

Huí de allí y volví a trabajar.

La pluma saltaba en mis manos. Y no veía más que manchas, manchas, manchas.

Por la noche, contra su costumbre, papá trajo el periódico y lo leyó en voz alta. Escuchamos con atención, con un interés angustioso. Mamá sobre todo. Y aunque no comprendió nada de los telegramas del frente, pensaba en Sergio y en Vania. Y en Alejandro.

7 DE OCTUBRE

A la oficina de Correos traen los periódicos a mediodía. Todos nos tiramos sobre el chico para apoderarnos de alguno.

La mayoría de las veces soy yo la primera

que lo coge porque estoy sentada junto a la puerta. Leo nerviosamente, primero para mí, luego en voz alta. ¡Los blancos avanzan, avanzan, Dios mío! Dicen que están ya muy cerca.

Continúan tratándome como una bolchevista. Nadie sabe lo que me pasa. Yo misma no lo comprendo: ¿quiero que los blancos triunfen o que les derroten? Dicen que habrá mucho pan. Comeremos hasta hartarnos. ¡Pero Sergio, Vania!... Son comunistas. ¿Qué desear, Dios mío?

A mamá le pasa algo muy parecido. Hoy, cuando papá leía el periódico, gritó de pronto con voz alterada:

—¡Que vengan si quieren! No me importa ya. ¡Con tal de que termine todo esto!...

¡Qué grito más terrible! Le salió directamente del corazón. Quisé mirar la cara de mamá, pero no pude. Se... se... Ha estado pensando seguramente en Sergio y en Vania, pero... también en que ya hemos vendido todo, en que... nos moriremos de hambre.

Todo esto significaba su grito. Pero el ruido se extinguió en seguida. Ahora todo está en silencio.

A mí me tiene sin cuidado lo que pueda pasar. Quisiera pensar, pero no puedo.

10 DE OCTUBRE

¿Van, realmente, a tomar Petrogrado? Cada vez se acercan más.

Papá ha llegado hoy singularmente disgustado. Antes de quitarse el sombrero ha dicho:

—Están muy cerca ya. Pronto comenzará, sin duda, una batalla.

Pensó durante medio minuto y añadió:

—Bueno, hay que tener cuidado. Se dice que fusilan familias enteras de soldados rojos por el sólo hecho de encontrarse estos en el frente. Recoge todas las cartas de Vania, Sergio y Alejandro y quémalas:

Le interrumpí en medio de la frase y grito indignada:

—¡Es una tontería! Si quieren saberlo, lo sabrán.

Siento ganas de decirle que es un cobarde, un cobarde. Tiene miedo de las cartas de sus propios hijos. ¡A qué extremo ha llegado, Dios mío! Y ahora cuando ya ni a mí me importa vivir, sigue temblando por su propia vida. ¡Cobarde, cobarde! Pero me responde conmovido:

—¿Pero qué dices? ¿Cómo van a saberlo?

—Muy sencillamente. Lo sabrán. Sí, yo misma les diré que soy hermana de varios comunistas. ¡Me río de los blancos! ¡Pueden fusilarme si quieren!

Papá grita aterrado:

—¡No digas tonterías, idiota! ¡Cuando digo que hay que quemar las cartas es porque es preciso hacerlo.

No hemos quemado las cartas, sin embargo. Hemos resuelto esperar hasta el último instante.

En las calles están colocados unos telegramas: "Volosovo ha sido tomado por el enemigo". Y en Correos todo el mundo está contento.

Nuestra oficina se ha convertido en un Club. Desde por la mañana se reúnen todos y discuten alegremente las noticias del frente. Me preguntan:

—¿Y ahora que ya han tomado Volosovo, vas a continuar discutiendo, Fenia Alexadrofna?

Quien me hace esta pregunta es Tiorín. Tiene las piernas separadas, las manos en las caderas y espera mi contestación.

Le veo reirse y siento un deseo malsano de morderle la garganta. Salto sobre la mesa y quiero gritar a todos que..., pero se apaga mi grito de repente y digo tranquilamente:

—¡Ya me es igual!

Tiorín abre los brazos y dice con ironía:

—¡Eso está bien! ¡No le importa! ¿Y quién

era la que decía, hace, no hace mucho, golpeando el suelo con el pie: "No vendrán, no vendrán"?... No tiene importancia, sin embargo, Fenia Alexadrofna, sus convicciones son firmes.

Pero repetí de nuevo:

—¡Ya me es igual!

Rió y se marchó a. grupo.

12 DE OCTUBRE

Se oye ya el ruido de los disparos. Están muy cerca.

13 DE OCTUBRE

Diríase que el ruido de fusilería se acerca. Hace mucho que no se distribuye pan. ¿Qué será de Sergio? ¿Y de Vania?

14 DE OCTUBRE

No he cerrado ojo en toda la noche.

Estoy muy inquieta en mi lecho. ¡Cada vez suena más cerca el cañón!... Tiembla la casa, los cristales retumban débilmente, débilmente. ¡Si Dios quisiera que cayese un obús sobre la casa! Que nos matasen a todos. Que un obús enorme cayese encima de mi cama. Ardería repentinamente la habitación. Todo desaparecía de un golpe. Tengo un poco de compasión de papá, de mamá, de Boris. Pero desearía morir.

15 DE OCTUBRE

Esta mañana he ido a trabajar, sin embar-

go. En las paredes hay colocados nuevos telegramas: "El ataque del adversario es inminente". Las gentes, de pie ante los telegramas, tienden el cuello y leen con avidez. Unos ríen, otros tienen caras inquietas y turbadas.

Me reciben en la oficina con unos saludos alegres:

—¡Alégrese, Fenia Alexadrofna! Todavía está usted viva. Ya no quedan más que unas horas de hambre.

Antes de terminar el trabajo entra un chico que grita alegremente:

—¡Han cortado los puentes, han cortado los puentes!

Y de todas partes se elevó este alegre clamor:

—¡Ah, ah! ¡No durará esto mucho tiempo!

—¡Tienen miedo los cobardes!

—¡Esto marcha!... Ya lo verán.

—¡Pronto comeremos pan blanco!

Después siguieron gritando. Pero ya no podía comprender nada. Más tarde retorno lentamente a casa sin dejar de oir el ruido de los disparos. El cielo es inmenso y cubierto de nubes. No se ven los obús. Tan sólo cae una lluvia fina; tengo los pies calados. Mamá me esperaba completamente asustada:

—¡Gracias, Dios mío; ya ha vuelto! Creíamos ya que te habían matado.

Tuve fuerzas para contestar:

—¡Si no pasa nada! ¡Qué han de matarme!

E incluso me eché a reír despreciativamente.

La noche pasó lentamente y con la mañana retornó la tranquilidad. Pero la calma, el silencio, era aún más aterrador.

16 DE OCTUBRE

Esta mañana no quería mamá dejarme salir.

—No vayas. Van a presentarse los blancos de pronto en la primera línea. Haz caso de papá y quédate tú también.

Pero me marché. Las calles están silenciosas; no se oye ruido de fusilería. No hay telegramas. Los tranvías no circulan. En las calles dice la gente que la situación es indecisa.

En la oficina me reciben con preguntas ávidas:

—¿No hay nada nuevo, Fenia Alexadrofna? ¿Ningún telegrama?

Hay pocas conversaciones y menos alegría. Se esperan los periódicos y todo el mundo calla. Elena y Valentina no han comenzado siquiera a trabajar.

Seguimos sin periódicos. Son ya las dos. ¿Por qué?

¿Será verdad?...

A más de las dos se presenta un chico con

unos periódicos. Me tiro sobre él y me apodero de uno.

Todo el mundo se ha reunido precipitadamente en torno mío en espera de noticias. El periódico tiembla en mis manos... ¿Qué es esto, Dios mío? "Los blancos se baten en retirada en toda la línea. Nuestra ofensiva se desarrolla rápidamente."

—Bueno, lee, lee.

La cabeza me da vueltas. Los que me rodean comienzan a suspirar los unos, a palidecer los otros. Con todas mis fuerzas les grito:

—Los blancos se baten en retirada! ¡Los nuestros les persiguen! Leedlo vosotros mismos.

Caí sobre la mesa y cerré los ojos. ¡Todo da vueltas! Oigo unas voces como a través de una niebla. Son de Tiorin.

—¿Y por qué se baten esos idiotas hambrientos? Si me encontrase entre ellos les demostraría cómo, con quien tienen que luchar, es contra los rojos.

Respiro un poco. Abro los ojos. Alguien habla conmigo, pero no comprendo nada. Tiemblo toda como atacada por la fiebre. Cierro de nuevo los ojos. Manchas rojas, verdes, azules. Me paso la mano por la frente queriendo alejarlas, pero mi frente está cubierta de sudor

Repentinamente tengo miedo. No digo nada a nadie y vuelvo a casa.

Anduve, según creo, hasta por la noche. Recuerdo que me temblaron las piernas, y que me acerqué a una pared. Y no se oía ningún disparo.

Después, de pronto, me encontré en casa. Mamá hablaba y me quitada el sombrero. Después me llevaba a la cama...

15 DE NOVIEMBRE

Estuve enferma durante un mes. Y todavía estoy mala. Aquella noche mamá me llevó a la cama y no recuerdo nada absolutamente...

....

...Repentinamente se abrieron mis ojos en medio de la noche. Me pareció que no los abría por propio impulso, sino que alguien me obligaba a abrírlos. No me encontré con la negrura de la noche, sino con una obscuridad eterna, inmensa. Estoy tumbada, no sé dónde, no en una cama, sino en un sitio muy alto, muy alto. Estoy colgada boca abajo y miro fijamente hacia arriba. Reina la obscuridad. Siento que en torno mío, en la obscuridad, está el cielo infinito y negro. No lo veo, pero lo siento. ¡Voy a ahogarme, Dios mío!... ¡Voy a ahogarme!... ¡Y cómo me duele el pecho!...

....

Después me encuentro en una habitación. Me despierto y lloro. Mi voz es débil, débil. Lloro y me escucho llorar con alegría. Sí, estoy en mi habitación. Allá, en el rincón, está colgado el abrigo de papá. ¡No, no! No es un abrigo, es un fraile negro. Pero, ¿por qué tiene los brazos y la cara levantados hacia el techo? ¡Ah, no!... No es un fraile. Es papá vestido de negro, sin cara. Tiende hacia mí sus brazos negros, largos. ¡No, papá, papá! ¡Soy yo, Fenia, Fenia!...

....

Después, seguramente, se hizo de día. Papá y mamá, vestidos de negro, se movían en torno mío y no tenían caras aún. Luego, ví brillar una ventana tras la que, sin duda, lucía el sol. A continuación me pareció que nuevamente se hacía de noche. Todo en torno mío había vuelto a ponerse negro. Bajo el techo, en el aire, está colgada una chiquilla vestida de blanco. Y sobre el vestido se ven gotas de sangre. Seguidamente me pareció que el día volvía, luego retornó la noche. No recuerdo cuántas veces...

....

Una voz me despertó y sin abrir los ojos comprendí que era de día. En seguida oí la voz de mamá:

—¡Más vale que se muera si no ha de poder restablecerse! ¡Qué tortura, Dios mío!...

Me estremecí agitada por un dolor conocido. Estuve a punto de abrir los ojos, pero me contuve. ¿Por qué no he muerto, Dios mío? ¿Por qué?

Oí que se marchaba mamá y comenzó a llorar...

....

A continuación vino lo peor. Tuve un apetito inmenso y no había nada que comer. Nunca en mi vida había sufrido hambre tan inmensa. Lloré durante toda la noche y sólo con grandes trabajos me pude contener y no comenzar a comerme mis propios dedos.

Quiero morir, morir, ¡morir!...

....

Ayer me levanté por vez primera. Me abrigué bien y me senté al lado de la ventana. Puse mis manos en el reborde. El corral estaba vacío. Veía cómo el viento agitaba los árboles. Mi cerebro estaba vacío. Ni un sólo pensamiento en la cabeza.

Ví, de pronto, en el borde de la ventana, mi mano blanca, delgada. Me estremecí. Después acerqué la mano a mis ojos. Estaba delgada, esquelética y la piel suave, casi transparente. Estaba muy bonita.

Después estalló en mí un odio inmenso, irresistible, contra todos. Estalló repentinamente y murió en seguida. Vacilando, volví a la cama y me acosté de nuevo. Me acurruqué bajo la manta y me puse a sollozar, con la cabeza hundida en la almohada.

16 DE NOVIEMBRE

Poco a poco voy levantándome un rato más cada día y andando. Mamá asegura que debo morir o restablecerme. Pero no tengo fuerzas para nada. Me levanto media hora y después me paso tumbada el resto del día. Todo me es indiferente, nada me importa lo más mínimo. Ni lo que ha pasado ni lo que pasará. No siento más que hambre y no sueño más que con pan.

20 DE NOVIEMBRE

Ningún cambio. Sigo sin fuerzas.

25 DE NOVIEMBRE

Mamá me mira y llora. A menudo me dice:

—¡Más valiera que te murieses inmediatamente!

No contesto nada unas veces; otras:

—¡Me da igual!

26 DE NOVIEMBRE

Esta mañana he recordado que hace mucho tiempo que no hemos recibido carta de Sergio. Rápidamente le pregunto a mamá si ha venido alguna durante mi enfermedad.

Antes de responderme comprendí que no se había recibido ninguna. Se llenaron de lágrimas sus ojos y esto fué suficiente. No le dije una sola palabra, pero mi corazón comenzó a revivir y a llenarse de todo el dolor de una persona viva.

Por la noche llegó Sergio sin ser esperado. Pero tan delgado y tan pálido como nosotros. Vestía un uniforme de prisionero de guerra. Había estado enfermo con el tifus más de dos meses y no había querido escribir por no inquietarnos. Durante su enfermedad el hospital ardió y su uniforme personal desapareció. Felizmente pudo salvarse de las llamas.

Cuando llamó, estaba, según mi costumbre, acostada. Nadie esperaba que fuese él y no presté la menor atención a la llamada. Después, repentinamente se oyó en la cocina el grito de mamá:

—¡Sergio! ¡Sergio!

Al principio no comprendí; pero Sergio entró y en seguida se dirigió a mi cama. Comencé a temblar como atacada por la fiebre. Después me puse a llorar.

Sergio ha traído una treintena de libras de pan.

27 DE NOVIEMBRE

Comienzo a encontrarme mejor. Creo que

dentro de tres o cuatro días podré ir a trabajar.

Hasta hoy no he observado que todos han adelgazado en estas últimas semanas. Sobre todo papá. Su cara es la de un condenado a muerte. Mamá me ha dicho que se le han hinchado terriblemente las piernas.

1 DE DICIEMBRE

Durante todo este tiempo han comido, según creo, dos veces por semana la sopa. El pan era distribuido, como antes, con grandes interrupciones. Había días en que mamá y Boris no comían más que la comida soviética. Papá seguía recibiendo su media libra suplementaria. No puedo imaginarme siquiera cómo han podido vivir así.

Mañana es domingo. Espero ir el lunes a trabajar ya.

2 DE DICIEMBRE

Papá ha caído también enfermo...

Hoy no ha ido a trabajar; ha estado tumbado y gime:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!...

Miro su pecho, asustantemente huesudo, su frente amarillenta llena de arrugas, miro con una curiosidad tranquila, malsana, fatigada. ¡Sí, sí, cae enfermo tú también! Yo he estado enferma, y no recibía la media libra suplemen-

taria. Y cuando vuelve hacia mí sus ojos asustantes, tiernos, miro a otro lado indiferente.

A mediodía trajeron del restorán la comida de Boris y mamá. ¡Ah!... El carnet de papá se ha quedado en el restorán de la fábrica. Tendrá... tendrá... que estarse hambriento. Y no le darán su media libra.

Nos sentamos a la mesa, para comer entre cuatro, dos raciones soviéticas. Veo que papá se levanta también. Ha sacado de la cama sus piernas delgadas, amarillas. Tuerce los gruesos labios y gime más fuerte adrede:

—¡Dadme una cucharada!...

Mamá, sin decir palabra, ha puesto cerca de su cama un taburete con la comida. Nos sentamos en torno. ¿Y papá?... Papá coge su cuchara. De debilidad no puede más que sentarse con gran trabajo sobre la cama. Le tiembla la cuchara en la mano... Comemos rápidos y él despacio; veo que sus ojos mortecinos miran con ansia esta miserable sopa. Quiere darse prisa, pero la cuchara choca contra sus dientes, contra su tembloroso mentón y la sopa se le cae por encima del pecho, sobre las rodillas, pero sigue mirando ansiosamente lo que queda en el puchero. Veo todo esto y un odio conocido—aunque algo cansado ya—se alza en mí contra papá. Y siento, además, una gran tris-

teza: tengo ganas de llorar. No comprendo por qué; si es por mí, por papá o por los demás.

Por la noche, cuando hicimos hervir la sopa, pidió que se la sirviésemos en la cama en una taza aparte. Le llevé su parte con el mismo odio, sin fuerzas, que me había acometido por la mañana. Comió un poco y dió un gemido:

—¡Oh, Dios mío, me es imposible comer esta sopa! Si... quisiérais comprarme un huevo para hacer una tortillita. Y algo agrio para comer con el te...

Me dí cuenta en seguida que era imposible acceder a su petición y sentí un placer salvaje. Cuando estuve mala no me dieron nada de eso... Mamá se pone colorada de rabia al oír a papá.

—¿Pero te has vuelto loco, o qué? ¿Con qué voy a poder comprar un huevo y algo agrio? Compréndelo tú mismo.

Pero papá no puede comprender nada. Presa de un terror extraño murmura que vendamos algo. Nos mira con ojos aterrados y gruñe. Después se vuelve contra la pared y calla. Y un minuto después gruñe con voz sorda, cansada:

—Ya sabía que no podía esperar el menor

socorro de vosotras. Voy a morirme. ¡Perdónanos, Dios mío!

Mamá y yo nos miramos al oir estas palabras. Pero ni ella ni yo respondemos. Por la noche le dije a papá:

—¿Quiere usted te?

¡Síiiii!...

Le serví el te y le dí mi propio pedazo de pan, que Sergio había traído de no sé donde.

3 DE DICIEMBRE

Hoy he ido por primera vez a trabajar.

Todavía es de noche cuando me visto. En un rincón la cama de papá. Está tumbado y sigue gimiendo. Me duele mucho oirle. Mamá ha marchado a buscar agua.

Me visto con trabajo y sin saber por qué me acerco a papá. No ha comido el trozo de pan de ayer ni bebido el te. Está tumbado de cara a la pared. Le digo en voz baja:

—Me voy a trabajar.

Pero, sin volverse, me dice:

—Pero, ¿cómo podrás llegar así hambrienta, después de una enfermedad? Cómete por lo menos mi pan de ayer. No quiero que...

Quedé asombrada. Por vez primera pensé que verdademente estaba enfermo. Lo mismo que yo. Después pensé repentinamente:

—¡Todo eso es mentira! ¡Está fingiendo!

Nuevamente gime:

—¿Lo has cogido? ve y que Dios te acompañe... ¡Oh, oh!...

—Lo he cogido, papá. Tranquilícese... Me marcho...

Salgo completamente cansada. Cerca de la puerta de la casa encuentro a mamá. Vuelve con un cubo lleno de agua. Va encorvada, apenas puede con el peso del líquido.

Sin darme cuenta de lo que hago la cojo el cubo y quiero llevárselo. No puedo... Le digo:

—Papá me ha dado el pan de ayer.

Creo que va a replicar algo entre irónico y despreciativo, pero me dice con tristeza:

—Bueno, está bien, vete.

En la oficina continúo en el mismo estado de inconsciencia. Me preguntan:

—¿Por qué estás tan callada, Fenia?

—Por nada, papá que está muy malo... y se-gu-ra-mente... se morirá...

Alguien exclama con colérica estupefacción:

—¡Con qué tranquilidad lo dice, Dios mío! ¡Es increíble!

Luego, cuando regresé a casa, volvieron a calármeme los pies. Creí que caería enferma de nuevo. Y me alegré mucho. Esta vez con toda seguridad, me moriría.

Cuanto más me aproximaba a casa, más segura estaba de que iba a morir muy pronto. No me alegraba ya, sentía un odio suave contra todos: papá, mamá, Boris y hasta Sergio.

Una vez en casa, me quité malhumorada las botas y las tiré a un rincón. No digo nada a nadie. Sergio está acostado, mamá en la cocina, papá continúa quejándose. No sé cómo me he acercado a su cama. Le miro y me asombro. Está envuelto en la colcha hasta el mentón. La cabeza se vuelve, de pronto, hacia mí y me mira con terror. Tiene los ojos completamente hundidos, los labios blancos, los bigotes caídos. Su frente, más amarilla todavía, está cubierta de sudor. Los pocos pelos que le quedan le han caído sobre la frente y están pegados por el sudor. Abre los ojos y me mira. ¡Qué ojos más brillantes tiene ahora! Tras largos esfuerzos se mueven los labios y pronuncia trabajosamente:

—Has llegado, Fenia...

Me duele la cabeza. Le miro como a través de una niebla espesa. Luego siento una gran alegría . Sobre una silla hay una tortilla y una botellita de ron. Seguramente lo ha comprado mamá... ¡Alabado sea Dios! Corro a la cocina y le pregunto a mamá:

—¿Cómo está papá?

Mamá se limpia los ojos con el delantal:

—Muy mal. Esta mañana ha estado en el hospital soviético.

—¿Qué dice usted, mamá? ¿Cómo ha podido ir solo?

—Sí, solo... Nadie podía ir con él... El médico ha dicho que es muy peligroso. Hay que llevarle inmediatamente a un hospital. Estamos esperando el coche del "Socorro de Urgencia".

—¿Y vendrán hoy a por él, mamá?

—Así lo han prometido. En el hospital podrán cuidarle mejor.

Y me mira con ojos suplicantes.

—Naturalmente, mamá. Allí estará mejor, le darán todo lo que necesite y el médico le verá todos los días.

Miento a sabiendas, lo hago porque mamá me ha suplicado con la vista que lo haga así.

El coche llegó a las once de la noche. Dos enfermeros con blusa blanca entraron en la habitación. Les miro con terror. Los dos están de pie en medio de la estancia, debajo de la lámpara eléctrica. Uno tiene una cara ancha, redonda, parecida a una O; el otro, más delgado, mira un momento y dice:

—Creíamos que estaba peor. Puede bajar por sí sólo.

Mamá llora y viste al enfermo; a papá le tiembla el labio inferior lo mismo que a Boris. Mira unas veces al enfermero, otras a mamá y murmura:

—Sí, sí, yo mismo bajaré.

Y mamá corrobora:

—El mismo bajará.

Me acerco al enfermero gordo y le digo lentamente:

—Sí; bajará por sí sólo.

Pero, al oir mi propia voz, comienzo a llorar. Corro a la otra habitación. Me limpio los ojos y vuelvo. Papá está aviado ya y mirándonos con ojos lastimosos, parecidos a los que ponía Alejandro, pregunta a mamá:

—¿Y cuándo iréis a verme?

—Mañana, mañana por la mañana. Todos, todos. Dormiremos un rato y en seguida iremos. No tengas miedo. Iremos, iremos todos.

Debo besar a papá, pero no puedo, ¡no puedo! ¡Tiene los bigotes húmedos, pegados por el sudor, repugnantes!...

Se marchan los enfermeros. La cabeza de papá vacila débilmente y cae sobre su pecho. Ya están en la cocina.

De pronto siento remordimiento, quiero besar a papá. Le alcanzo en la cocina. Pero no

pudo todavía. Un enfermero se vuelve y pregunta asombrado:

—¿No viene nadie acompañándole?

¡Ah, ah! Papá no esperaba más que esto. Levanta con trabajo la cabeza y nos mira con ojos suplicantes. Pero el enfermero, como si hubiera leído en nuestras caras la respuesta, añade:

—Vamos a llevárnosele en seguida.

Ya se lo llevan. Por la puerta abierta oigo el ruido de unos pasos y los sollozos de mamá. Y nuevamente siento remordimiento. Hay que despedirle, hay que decirle adiós. Bajo corriendo como una loca la escalera. Llego a la puerta de la calle. El espantoso coche está allí. En el pescante destaca un cochero envuelto en una manta, no se le ve la cara. Papá está ya instalado en el coche. Mamá llora. ¡Dios mío, Dios mío, hay que decirle adiós! y acompañarle.

Me meto dentro del coche; está muy obscuro. En un rincón está sentado papá; gime. No tengo fuerzas para decirle adiós. E ir con él, me es completamente imposible, ¡imposible!... ¡Qué terrible es esto, Dios mío! Estoy temblando. Y repentinamente, sin despedirme de papá, sin decir a nadie una sola palabra, me tiro del coche. Corro a mi habitación y me

tumbo en la cama. No lloro. Me limito a temblar.

Después llegan mamá y Sergio. La cama de papá está vacía y las ropas caídas. Todos miramos esta cama y nos miramos a continuación, pero no decimos una sola palabra.

Nos dimos prisa a acostarnos. Acostados ya, oigo que mamá y Sergio hablan:

—Mañana temprano iremos a verle.

Y repentinamente grito con una voz aguda, aterrada:

—¡Yo también, yo también!

Sergio y mamá callan. Después, al mismo tiempo, me dicen:

—Bueno, está bien. Tú también.

4 DE DICIEMBRE

Pero por la mañana me he despertado tan infinitamente cansada que no tengo ganas de ir. Prefiero marchar a trabajar como de costumbre. Veo que Sergio y mamá se preparan. Les pregunto:

—¿Tengo que ir yo también?

Y, probablemente sin ninguna intención, me contestan que irán sólos. Me limito a suspirar.

En la oficina el día transcurre lentamente. Espero con fastidio a que termine. No puedo ver a las personas que conozco.

Volví a pie. Los tranvías no circulan. Hago

por empaparme los pies para ver si cojo un reúma. Me desat…cho el abrigo. El viento está mojado y las cal… cubiertas de barro. Siento elevarse en mí una sorda voluptuosidad al pensar que me voy a poner mala y a morirme. ¡Seguramente, seguramente! Tengo los pies calados y me duele la garganta.

En el Kamennostrovski llego a la calle donde está el hospital de Pedro y Pablo. Me detengo aterrada. Papá está ahí dentro. Debería entrar. ¡Pero qué cansada estoy, qué cansada! No puedo... no puedo... Vuelvo para casa.

La puerta de nuestro cuarto, contra lo acostumbrado, no está cerrada con llave. Repentinamente mis pasos se hacen más prudentes. Entro silenciosamente... ¡Qué tranquilidad reina en la casa! Y no está encendida la luz. Todo está obscuro. Seguramente están todos en las habitaciones. Pero no no, mamá está en la cocina. ¿Por qué no se mueve y viene a recibirme? Tiene las manos sobre las rodillas y un aspecto pensativo.

Me acerco con pasos temblorosos. De pronto mamá levanta la cabeza y me mira. ¡Qué cara más informe, más hinchada de llorar y qué ojos más encarnados! Me mira un minuto y vuelve a su antigua postura. En el suelo, a su lado, duerme Boris.

No me atrevo a preguntar. Aterrada abro con precaución la puerta de la alcoba. Sergio está tumbado en el diván boca abajo y no mueve la cabeza al oir mis pasos. No me atrevo a interrogarle. Paso a su lado y me siento en un rincón.

Sergio se mueve de pronto. Y me dice:

—Papá ha muerto anoche...

....

No recuerdo lo que siguió a aquellas palabras. Debí retorcerme de dolor en el suelo como una bestia. Volví a mí porque el pecho y el corazón comenzaron a dolerme horrorosamente. Me puse de rodillas en el suelo. ¡Sí, sí, ha muerto por culpa nuestra. Hasta lo hemos enviado al hospital para que se muriese más pronto. ¡La culpa es nuestra, nuestra!... ¡No, es mía, mía sola! ¡Soy la culpable de su muerte! Caí de nuevo al suelo y comencé a gritar, ahora con voz humana:

—¡Perdóname, perdóname, querido papá! Perdóname...

....

....

Debí de intentar abrirme la cabeza contra el suelo y continuar gritando con un terror loco:

—¡Perdóname, perdóname, perdóname papá querido, querido!...

Sergio se inclina sobre mí, me sacude por los hombros y me dice:

—¡Ahorra un nuevo disgusto a mamá, ahórraselo!; pero no le hago caso y continúo gritando:

—¡Perdóname, perdóname!...

....

Después me senté en un rincón y miré a mamá moverse por la habitación. Me pareció que no tenía cara... Estaba al lado de la mesa. Luego el aire me traía estas palabras:

—Van a cenar...

—¿Pero papá no me ha perdonado?

—¡Déjame en paz, idiota!

Y me cogió de la mano y me sentó a la mesa.

....

Luego se durmieron todos. Pero yo no dormía. Escuchaba a mi corazón. Decía:

—No te ha perdonado, no te ha perdonado...

5 DE DICIEMBRE

Sergio y mamá han ido esta mañana al hospital. Deseaba acompañarles, pero no me atreví a decírselo. Marcharon y me quedé con Boris. Boris lloraba y yo le miraba en silencio.

Después volvieron Sergio y mamá; les acompañan Dmitri y Antonina. ¡Dmitri fuma, Dios mío! ¿Por qué, si ha muerto papá? Saca del

bolsillo dos libras de pan y algo de dinero. Se lo da a mamá:

—Para la carne.

Después... después cruza las piernas y sigue fumando. Tiene cara de haber comido, como siempre, bien. ¿Cómo podrá hacerlo? Le oigo decir:

—Fenia, no ha bebido nada hoy. Enciende el samovar.

....

Bebiendo el te, Dmitri preguntó repentinamente a mamá.

—¿Pero, como ha muerto tan pronto?

Sergio frunció ligeramente el ceño y mamá suspiró:

—Sí, sí, como si se hubiera burlado de nosotros. Anteayer lo llevaron, ayer murió.

Después comenzó a gemir:

—Ah, Dmitri, si lohubiese sabido, ¿habría podido?...

Y repentinamente, como si tuviera miedo, se detuvo. ¡Ah!... "si hubiera sabido"... Sí, sí, ella es también culpable. Papá no la habrá perdonado tampoco.

Le miré llena de odio. Mamá lo comprendió inmediatamente. Ví que se turbaba horriblemente, que le temblaban los labios y que los

ojos se le llenaban de lágrimas. Está bien. Está bien. ¿Por qué le atormentamos?

....

Por la noche había que fregar los platos. Cogí un estropajo y me marché a la cocina, pero ante la puerta me detuve y comencé a temblar, locamente aterrada ante el sólo pensamiento de que había de encontrarme sola en la cocina.

Me mordí los labios hasta hacerme sangre y entré. La cocina es muy pequeña. Todos los rincones están bien iluminados por la luz eléctrica, pero mi mirada encuentra un punto negro: la ventana. ¡Qué negra está! Nuevamente comienzo a temblar. Vuelvo la espalda a la ventana y comienzo a lavar frenéticamente los platos.

De repente un pensamiento hizo ponérseme los pelos de punta. Allá, tras la ventana negra, papá me mira. Lo sé, lo sé. Sí, me mira, sí. ¡No me ha perdonado!

Y, a pesar mío me vuelvo hacia la ventana. ¿Es verdad lo que veo, Dios mío?

—¡Ah!...

Cayeron ruidosamente los platos al suelo, rompiéndose en cien pedazos. Detrás de la ventana negra asoma la cara, blanca, pálida

de papá... ¡Me mira, me mira! ¡Y es alto, alto!...

Una voz llega de la habitación. Sin recobrar mis sentidos me precipito hacia allá. Dmitri, sentado, con las piernas cruzadas, me pregunta:

—¿Por qué gritas? Has roto todos los platos...

—Papá, está allí, allí... No me ha perdonado...

—No digas tonterías, Fenia; en nuestro siglo no quedan ya fantasmas.

Pero cuando mamá quiso instalar a Dmitri y Antonina en la cama de papá, los dos se negaron rotundamente, prefiriendo tumbarse en el suelo.

6 DE DICIEMBRE

Hoy es el entierro de papá.

Por la mañana hemos ido al hospital, donde hemos buscado durante buen rato su cuerpo.

Le buscamos en el depósito de cadáveres. Había montones de cadáveres desnudos: hombres y mujeres juntos. Están tirados sobre unas planchas de madera, con los brazos y las piernas colgando. Uno tiene una mano larga y delgada como una serpiente y unas uñas azules. En otra habitación los cadáveres están tirados sobre el mismo suelo. Forman un in-

menso montón que ocupa toda la estancia. No se puede andar por entre ellos. Empiezo a andar y cuando me doy cuenta estoy pisando a una mujer desnuda de vientre informe; tiene reventada la barriga. Dmitri circula entre los muertos con gran tranquilidad. Les coge por la cabeza, por las piernas. Hemos tardado un buen rato en encontrar a papá.

El cuello de papá es todavía más largo y delgado. Tan delgado como el de un niño pequeño. Tan pronto como ví aquel cuello comencé a llorar. ¡Que cuello más delgado, Dios mío!... La cara tiene una expresión tranquila, casi dulce. Caigo de rodillas ante él y me pongo a besarle en la cabeza. ¡Qué cuello más delgado!...

Después, le metimos en un ataúd y lo llevamos a un trineo pequeño. No pesaba nada. No dejé que nadie más que yo tirase del trineo. En la calle, pasan los tranvías, las gentes parecen malhumoradas.

Llegamos a la iglesia. Ya no lloro, pero mamá continúa sollozando y hasta el cura parece mirarla con curiosidad. Papá saca la cabeza fuera del ataúd y el cuello me parece cada vez más delgado.

Cantan: "Allá donde no hay enfermedades ni tristezas ni suspiros, en la vida eterna..."

¿Pero, por qué no me ha perdonado? ¿Por qué solloza mamá? ¡Ah, sí, sí... Papá no le ha perdonado tampoco. ¡Dios mío! La misa se acaba.

Me estremezco y creo que recobro el conocimiento. Vigilo a mamá con mirada celosa. ¿Cómo va a despedirse para siempre de papá? Mamá se acerca... Se inclina... Lanza un grito espantoso, desgarrador. Miro: tiende los labios... ¿Qué es eso, Dios mío? Acaba de besar a papá por última vez, pero no en los labios, sino en la corona murtuoria. ¡Cómo la detesto!

Oigo decir a Sergio:

—¡Dile adiós, Fenia!

Sí, sí, voy a besarle en los labios, no como mamá. Así me perdonará. Siento confusamente que Sergio me sostiene y me inclina sobre papá, uno de cuyos ojos está medio abierto. ¡Y su cuello, su cuello, Dios mío!... ¡Ah, también yo, como mamá, le he besado en la corona, no me he atrevido a besarle en la cara, en los labios!

¡No puedo besarle en los labios, no puedo! ¡No me ha perdonado, no me ha perdonado!

Huyo de la iglesia como una loca. Huyo y miro la puerta. Van a llevárselo ahora.

Llevan a papá hacia su tumba. Mamá sigue el cortejo encorvada, deshecha. La van sos-

teniendo. Solloza, solloza. Yo voy un poco más alejada.

Después creo que todos echaron tierra en la sepultura y yo también... Luego volvimos a casa y nos pusimos a comer.

7 DE DICIEMBRE

Sí: papá no me ha perdonado.

Esta mañana me he levantado pronto y me he ido a las ocho a trabajar. Era todavía de noche y en el cielo quedaban algunas estrellas. Durante la noche ha nevado en abundancia y la nieve forma montones sobre las empalizadas, los tejados y las calles. Brilla con chispitas azules bajo las estrellas. Se oye el ruído de los tranvías matinales en la primera Línea.

Saliendo de una calle sombría, silenciosa, llego a la parada del tranvía y en seguida veo brillar los faros hirientes de un automóvil. Se ven espaldas obscuras a través de las ventanas del tranvía. Monto y me aterro. El tranvía huele a muerto, lo mismo que allá, en el depósito de cadáveres.

Me tapo la nariz con el pañuelo. Me duelen la cabeza y el pecho. Bajo del tranvía y continúo a pie.

Durante todo el día en la oficina ha olido también a muerto. Antes de terminar el trabajo pregunté tímidamente a Marussia:

—¿No hueles nada, Marussia?

—¿No, por qué?

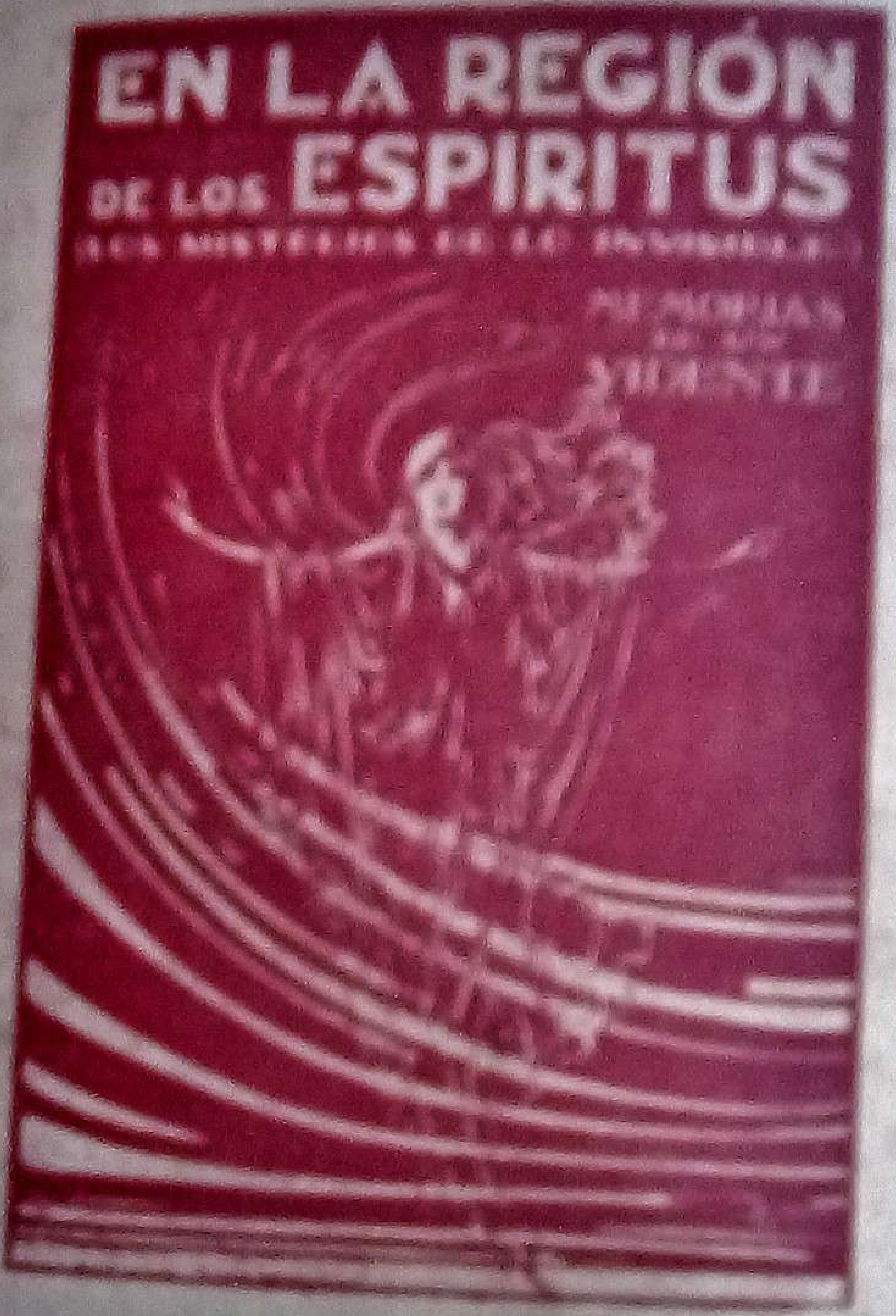
—Es que me parece que huele... que huele a arenques podridos.

Volví a casa en tranvía; continuaba oliendo a muerto. Pero en nuestra casa no había mal olor.

Comemos en silencio la sopa. Mamá llora sin ruído ni descanso. Siento que me mira de una manera rara cuando cree que no la veo. En cuanto la miro, baja los ojos. Cuando se marcha para la cocina, me quedo mirando fijamente su nuca, con una mirada pesada, cargada de odio...

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
14 JUN. 1962
Secc. Control y Cat.



Concesionaria para la venta en librerías:
Central de Ediciones y Publicaciones.
Alcalá, 65. Madrid.

Precio: 4 pesetas

PRINTED IN SPAIN